

A painting of a woman in a pink dress and hat standing on a beach looking out at the ocean. The sky is blue with white clouds and birds flying. The ocean is blue with white waves. The woman is in the foreground, looking towards the sea.

ALFIERI EL MARINO

Obra emanada de dos espíritus

ALFIERI EL MARINO

OBRA EMANADA DE DOS ESPÍRITUS



BARCELONA
1909

PREFACIO

Todo es armónico y solidario en la creación, así en el orden físico como en el moral; todo progresa y se perfecciona; todo marcha, ya sea con inconcebible rapidez, ya con oscilaciones más o menos lentas hacia el objeto final a que los inescrutables juicios del Creador destina su obra.

Del mismo modo que en la tierra se han ido manifestando y adaptando los organismos a las diversas condiciones vitales del planeta, en las distintas épocas geológicas, y han ido constantemente perfeccionándose hasta llegar al hombre, en virtud de leyes supremas, así también se observa un mejoramiento permanente en las condiciones morales de la humanidad, considerada en conjunto, desde las épocas históricas más remotas hasta la actualidad.

Aunque nos sean desconocidas las sublimes leyes que rigen todas estas evoluciones de continuo perfeccionamiento, que no por lo lentas dejan de ser evidentes, vemos, sin embargo, todos los días que la trasgresión de cualquiera de las reglas dictadas por el Creador impone al trasgresor el castigo correspondiente a su falta. El Omnipotente tiene determinado que sus leyes se cumplan, a pesar de la voluntad y del orgullo del hombre, el cual tiene la absoluta necesidad de someterse a ellas con amor y respeto para que se realicen las miras del Creador, o sufrir, de lo contrario, el castigo que su culpa merezca.

Nada más fácil que comprobar estas verdades en el mundo físico, y otro tanto sucede en el orden moral si se

examina detenidamente. El hombre que realiza el mal, por más utilidad que de él pueda prometerse, comienza desde aquel instante a sentir el castigo de su conciencia, cuyas voces acaso se puedan ahogar en muchos momentos de la vida; pero siempre clamará contra el mal realizado en todos los instantes en que, reconociéndose el culpable sobre sí mismo, dirija su vista a esferas algo más elevadas que los goces e intereses materiales y que más satisfagan las aspiraciones de su alma.

¿Qué castigo merece en justicia el espíritu que haya realizado el mal?

No hablemos de la eternidad de las penas del alma que han admitido las religiones positivas, porque tal supuesto es completamente absurdo, injusto y cruel.

Absurdo es, sin duda alguna, suponer que el alma pueda subsistir en un estado permanente cualquiera por una eternidad; pues si tal pudiera acontecer, concluiría por perder con el sentimiento todas las demás cualidades anímicas, o lo que es lo mismo, dejaría de ser espíritu. Ni el placer ni el dolor eternos son posibles, y se oponen a la esencia misma de la naturaleza espiritual, que constantemente se modifica y perfecciona. Si el espíritu realiza el mal, es porque no comprende de antemano toda su transcendencia, y este mal realizado, que a primera vista parece un retroceso, le sirve, sin embargo, para que sepa apreciarle y sentir mejor sus fatales consecuencias. Aun en este supuesto extremo, el espíritu conoce más, y en último resultado adelanta, sin que nunca pueda permanecer en una quietud imposible y de que no hay ni un solo ejemplo en la creación.

La injusticia de las penas eternas es tan evidente, que desde luego salta a la vista. ¿Debe haber relación entre la falta cometida y el castigo impuesto? Admitiendo la

justicia del creador, no es posible dudarlo ni por un solo momento. ¿Es eterno el mal realizado por el hombre? No: pues en este caso mal podrá serlo el castigo. El concepto de las penas eternas deja como consecuencia ineludible a la justicia divina muy por bajo de la humana, y hace del Creador un ser más imperfecto aún que el hombre.

Tres son las condiciones esenciales que debe llenar todo castigo humano si ha de responder al fin con que se impone: 1ª Que sirva de ejemplo a los demás: 2ª Que produzca la reforma moral del culpable y mejore su conducta: y 3ª Que sirva, en cuanto sea posible, de reparación al mal causado; pero con las penas eternas, sólo se podría conseguir, y esto de un modo imperfecto, la primera de las tres condiciones anunciadas, quedando en tal caso el Creador inferior a la criatura. ¿Puede darse impiedad mayor?

El Dios de amor, de bondad y de misericordia, se convertiría, con la eternidad de las penas, en el más cruel de los seres. No solamente habiendo, como hay, millones de hombres que por circunstancias ajenas a su propia voluntad, tienen que condenarse por toda la eternidad, sino que con uno tan sólo que hubiera en tales condiciones, sería motivo bastante en el Creador, admitiendo su infinito amor, para haber suprimido la creación, o por lo menos para no haber creado un ser consciente y reservarle luego a penas eternas e irremisibles. Si tal pudiera suceder, tendría derecho este ser desgraciado de decir al Omnipotente: “Me creasteis por vuestra propia voluntad y no por la mía, y después me condenáis a eternos castigos. Con la existencia de mi espíritu cometéis una crueldad infinita y anuláis el objeto final de la creación, que no puede ser más que el bien. Yo hubiera preferido permanecer en la nada a sufrir

eternamente después de creado, y esto prueba que no podéis ser ni bueno, ni justo, ni sabio”.

No en vano dice la Escritura: “Yo no disputaré eternamente y mi cólera no durará siempre, porque yo soy quien une los espíritus a los cuerpos, y quien ha creado las almas” (Isaías, LVII, 16, Vulg.) “Porque yo sé los pensamientos que tengo sobre vosotros, dice el Señor, que son pensamientos de paz y no de aflicción, para concederos el fin de vuestros males y los bienes que esperáis”. (Jeremías, XXIX, 11). Si existieran las penas eternas, estas palabras serían el más cruel de los escarnios.

El ateo niega a Dios, pero no le insulta, y ¿qué otra cosa que un insulto es suponer que “los elegidos se verán exentos de torturas y que, por otra parte, morirá en ellos toda compasión, porque admirarán la justicia divina”, como dice santo Tomás y han repetido san Bernardo y otros? Si yo tuviera la suerte de ser elegido, ¿habría de ver sin la menor compasión los dolores y las torturas que padecieran mis padres, mis hijos, mis amigos, en una palabra, los seres a quienes más haya amado? No, una y mil veces. Esa gloria indigna y egoísta no haría admirar sino más bien detestar la justicia divina; esto sería una blasfemia a la infinita bondad del Creador. Si tal gloria existiera, yo la renuncio desde luego y prefiero padecer los dolores y torturas, con tal de consolar en sus aflicciones a esos seres queridos de mi corazón.

Por estas razones, y muchas más que en gracia a la brevedad omitimos, no es posible la existencia de las penas eternas; pero ¿cuál es, repetimos, el castigo que en armonía con la bondad, la justicia y la sabiduría del Creador, merece el espíritu que haya delinquido?

Con arreglo a los verdaderos y eternos principios de justicia y de equidad, el espíritu debe conocer por sí

mismo un mal análogo al que voluntariamente haya ocasionado, a fin de que se depure y progrese, y si ha de reparar en todo o en parte el daño causado, devolviendo en bien cuanto mal realizó, no es posible que pueda alcanzarse tal objeto sin que se encuentre en parecidas condiciones a las que tenía cuando realizó el mal, o expresando la idea con otras palabras, es necesaria la reencarnación del espíritu.

Por más extraña que a primera vista aparezca la idea de la reencarnación a los que no se hayan ocupado de este asunto, está, sin embargo, en perfecta consonancia y armonía con los hechos, la razón y las revelaciones religiosas. Ella explica el por qué de las diferencias de inclinaciones y aptitudes del hombre en la primera edad de la vida, hasta entre hermanos gemelos; justifica la causa de que al venir a este mundo se encuentren unos seres dotados de salud, de talento y de bondad, mientras que otros parecen destinados a sufrir continuas enfermedades, a vivir envueltos en la más extrema ignorancia, y a complacerse en el mal ajeno. Estas desigualdades de detalle se sintetizan en una gran armonía de orden superior, de la misma manera que sucede cuando se observan los fenómenos a primera vista irregulares de naturaleza puramente material. Por último, la reencarnación da cuenta razonada de la existencia de otros infinitos mundos en tan buenas o acaso mejores condiciones para ser habitados que esta tierra, mundos que serían completamente inútiles y absurdos si la humanidad no hubiera de tener más existencia orgánica que la terrestre.

Pero considerando la cuestión desde otro punto de vista, ¿qué dice Jesús, refiriéndose a Juan el Bautista? “Él es el mismo Elías que debía venir”. (Mateo, XI, 14). Luego

en su concepto se había reencarnado en Juan el espíritu de Elías. Además, cuando Jesús pregunta a sus discípulos por quién le tenían los hombres, diciéndoles: “¿qué dicen del hijo del hombre? ¿Quién dicen que soy yo? –Ellos le respondieron: Unos dicen que eres Juan Bautista, otros Elías, otros Jeremías, o alguno de los antiguos profetas”, y él dio su sanción a la posibilidad de estos supuestos cuando en vez de enseñarles y disuadirles si estaban en el error, se limitó a preguntar: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Mateo, XVI, 13, 14, 15).

El principio de la reencarnación del alma, admitido por los primeros filósofos desde la mayor antigüedad hasta nuestros días y consignado en los libros sagrados de la mayor parte de las religiones positivas, desde los Vedas hasta el Nuevo Testamento, conduce necesaria y forzosamente a la pluralidad de las existencias del espíritu¹, y para que puedan éstas tener lugar, ostenta la creación infinidad de mundos habitables, a más de esta pobre y obscura tierra, según demuestran los modernos estudios astronómicos².

Pero las circunstancias en que tienen lugar las diversas existencias corpóreas del espíritu varían al infinito, así como también difieren en una inmensa escala las condiciones de vida orgánica en cada uno de los infinitos mundos habitables. La creación, en su inagotable riqueza y grandiosidad, no necesita ni jamás ha necesitado copiarse a sí misma, sino que constante y eternamente presenta, con una grandeza apenas concebible al hombre, cuadros nuevos llenos de belleza admirable, y el espíritu, al recorrer los ciclos sin fin de la creación, va constantemente, y cada vez en más altas esferas,

¹ Véase La pluralidad de existencias del alma, por Andrés Pezzani.

² Véase La pluralidad de mundos habitados, por Camilo Flammarion y Las tierras del Cielo, del mismo autor.

perfeccionándose y acercándose al Creador. Cuanto más se acerca y le conoce, tanto más le ama.

Al irse depurando el espíritu de la materia en encarnaciones más y más perfectas, al ir desarrollando su inteligencia y elevando su conciencia, al contemplar las pruebas porque ha pasado, las faltas que ha cometido y cómo las ha subsanado, los triunfos que ha llegado a obtener y la influencia que ha ejercido en el progreso de los mundos por donde ha pasado, experimenta satisfacciones inefables y sin fin, y si a esto se añade el placer de ver que también le siguen en su marcha ascendente los seres queridos de su corazón, que puede comunicarse con ellos expresándoles el sentimiento de su amor y aconsejándoles si se han retrasado en el camino de la perfección para que todos unidos por los lazos de la voluntad, de la inteligencia y del amor se acerquen más y más a la bondad, a la verdad y a la belleza absolutas, entonces su gloria es inmensa y siempre creciente, y la explosión de sus cantos de amor y de reconocimientos infinitos se elevan en sublimes armonías hasta el Creador.

En su mano tiene, el Ser Omnipotente, el infinito del espacio y la eternidad del tiempo para que toda su obra se perfecciones y responda al bien supremo para que sin duda alguna la ha destinado. No es posible que la creación pueda tener más objeto que el bien, y las leyes que en el orden físico y moral la rigen, por más oscuras y desconocidas que sean al ser contingente y limitado que llamamos hombre, no por eso dejan de ser universales y se aplican igualmente a todos los seres creados. Ante la justicia y el amor infinitos del Creador; en el orden grandioso y en la admirable armonía de la creación, nada se obtiene por privilegio o por gracia; pero todo se

alcanzará a su debido tiempo por el trabajo y el propio merecimiento. Todo hombre llegará algún día a ser ángel.

Infinidad de mundos habitables; infinidad de existencias del alma; progreso continuo e indefinido del espíritu acercándose eternamente a la perfección suprema; solidaridad en toda la creación, tanto en el orden material como en el espiritual; he aquí la grandiosa y sublime armonía del Creador.

J. A.

CUATRO PALABRAS AL LECTOR

¿De qué manera pueden conocer mejor los corazones sencillos las doctrinas espiritistas? ¿Son más necesarios los libros de alta filosofía que sólo entienden las personas ilustradas, o los amenos de sencillas y verídicas narraciones? Estos corren de mano en mano, seduciendo por su forma encantadora y arraigando en el ánimo la purísima doctrina de amor a sus semejantes, que tanto necesita germinar en todas las clases sociales para bien de la humanidad.

Estando en una sensible minoría las personas verdaderamente ilustradas, nosotros cumplimos por nuestra parte la misión que nos hemos impuesto de esparcir por doquiera, envueltas en el aroma de la poesía, las bellísimas máximas de esa doctrina consoladora que tiene por lema bendito la *caridad* y el *amor*.

La lectura de este libro puede hacer un gran bien moral y prestar inefables consuelos a todo corazón lacerado, ya se albergue en la humilde choza del proletario o habite el suntuoso palacio del mayor potentado.

ALFIERI EL MARINO no es una novela, aunque por tal pasará a los ojos de muchos lectores; es una interesante y verídica historia, revelada por dos espíritus elevados, que fueron testigos oculares de los hechos que en ella se refieren, desprendiéndose de su moral que en el mundo no queda sin el conveniente castigo ninguna falta cometida, y presentando con un ejemplo lleno de interés uno de los

fundamentos del Espiritismo: la pluralidad de existencias³. Escuchadla, y si en los corazones incrédulos queda una gota de la divina esencia que en su fondo contienen, ella florecerá, siendo la semilla que dé algún día sus preciosos frutos.

³ Este libro ha sido dictado por una persona de ilustración y respetabilidad que, dormida por medio del magnetismo, repetía las palabras que le dictaba un espíritu, según decía. En nada se han variado de cómo se dictaron las descripciones y los nombres propios de los lugares que se citan de Nápoles y Río Janeiro, puntos en los que, ni la persona magnetizada, ni otra que siempre presenciaba el fenómeno, ni el magnetizador, han estado jamás durante su vida, ni conocían de antemano. Esto, no obstante, son completamente exactas, según se ha comprobado después. Recomendamos esta clase de fenómenos a las personas que no juzgan de ligero, a fin de que los estudien con ánimo imparcial.

El hijo que abandona a sus padres y los sume en la mayor pobreza, haciendo que recaiga sobre ellos el desprecio de sus semejantes y es causa de su prematura y triste muerte, consigue reencarnar en una situación en que conozca por sí mismo males de análoga naturaleza a los que había causado. Por este medio llega a rehabilitarse para seguir después marchando por el camino del progreso y de la perfección hacia su Creador. Tal es la síntesis de ALFIERI EL MARINO.

Si por dicha hubiere un solo lector en quien la vida de Alfieri despierte sentimientos elevados y le haga emprender o le impulse a marchar con más ahínco por el camino de la caridad y del amor, bendeciremos el tiempo que hemos dedicado a este trabajo.

CAPÍTULO PRIMERO

La familia de Pietro

¿Has estado en Nápoles, lector querido? Para los que no conozcan esta deliciosa y pintoresca ciudad, voy a hacer una ligera descripción.

Es una extensa y populosa villa, muellemente recostada, en forma de anfiteatro, en una montaña que defienden tres castillos. Tiene 300 iglesias muy bellas, muchos palacios y lindas casas que terminan generalmente en terrados llenos de tiestos y árboles frutales. Magníficos jardines y paseos la rodean, y a sus pies se extiende, tranquilo y murmurante, el azul Mediterráneo.

Nada más encantador que la deliciosa perspectiva que ofrece su hermosa bahía, circundada de alegres y risueñas islas, que parecen nacer de la espuma del mar.

Allí están la isla de Prócida con sus blancas casas y sus terrados, que recuerdan el Oriente; la de Ischia, que con sus encantadoras viñas y árboles frutales separa el golfo de Gaeta del de Nápoles; la de Capri, donde se recuerda la sombría figura de Tiberio; Cumas con sus espesos laureles y sus espesas higueras; Baja y otros muchos lugares, cuya descripción sería demasiado larga. Volviendo a Nápoles, después de haber visitado la elevadísima montaña del Vesubio, donde aún la imaginación, retrocediendo dos mil años, se la imagina vomitando lava y destruyendo la bonita e infortunada ciudad de Pompeya, hermosa joya de los emperadores romanos, se dejan atrás, Resina, Portici y otros bellos pueblecitos, y cruzando el puente de la Magdalena, se

sigue la ruta para entrar en Nápoles por la *Porta del Carmine*.

La parte más notable de la población es su magnífico paseo *Villa Reale*, el más bello del mundo quizá, que a su frondosidad y elegancia reúne la bellísima vista del azul Mediterráneo y sus frescas y agradables brisas.

La mayor parte de las calles de la ciudad, pendientes y mal configuradas, forman notable contraste con las de Toledo (hoy de Roma) y Chiapa, que son las principales. La de Toledo tiene en uno de sus extremos el palacio de la Villa y el palacio Real, en el otro el Museo Nacional, y en el centro el de Domenico Barbaja, el rey de los empresarios, que en el suntuoso teatro de San Carlos dio a conocer a los grandes maestros Rossini y Donizzetti, y formó los principales cantantes que fueron después la gloria de su siglo.

En esta misma calle de Toledo desemboca la de San José, llamada así por el altar que en ella consagraron al Santo Carpintero, esposo de la madre de Jesús. Casi frente al retablo había en la época de nuestra historia, que fue en el primer tercio del pasado siglo, una pequeña casita compuesta de piso bajo y principal. Habitábanla un honrado matrimonio, llamado Pietro y Marietta, con su hija Francesca. Eran unos pobres hortelanos que tenían un puesto de frutas y verduras en la plaza del *Mercato nuovo*, donde concurrían todas las mañanas para la venta de sus mercancías. Por la tarde iban a la huerta, que estaba situada frente a la bahía, en el camino que se dirige hacia el monte Pausilipo. Con motivo de la ocupación de sus padres, Francesca solía estar casi siempre sola en su casita.

Era una encantadora niña, de diez y seis años, blanca, rubia y sonrosada, de condiciones de carácter angelicales, ocupándose tan sólo en la práctica de las virtudes y en el

tiernísimo amor que sus padres la inspiraban. Con el mayor afán se esmeraba en tener su casa limpia y arreglada para cuando estos volvieran de su cotidiano trabajo, lo que conseguía con poco esfuerzo, porque era hacendosa y activa, y siempre le quedaba tiempo para dedicarse a sus labores y devociones especiales.

En el piso superior tenía su cuarto, que era un pequeño aposento, con un balcón a la calle. ¡Aquel era el santuario de la inocencia y de la pureza!... En un extremo estaba el blanco lecho que aparecía adornado con una cubierta de sarga, color de cereza, ostentando en la cabecera un crucifijo de marfil. Además de esta imagen, a la que rezaba todas las noches antes de entregarse al sueño, tenía a la derecha de su cama, en un sencillo altar, una escultura que representaba la Virgen del Carmen, colocada en el centro de la mesa, entre jarrones de flores y varios adornos, y detrás un cuadro con el retrato de San Pablo. Este lienzo era regalo de un religioso que había protegido siempre a su padre, y como recuerdo suyo, le llevó aquel cuadro con la imagen del santo de su nombre.

Los demás muebles del aposento eran sencillos y en armonía con la pobreza de los dueños de la casa, que poseían apenas lo bastante para sostenerse con el producto de su comercio.

Francesca, que estaba sentada junto al balcón ocupándose en hilar cáñamo, manejaba la rueca con suma facilidad y destreza, lo que demostraba su costumbre en esta labor, y así era en efecto, porque toda la ropa blanca que se usaba en la casa, se había hilado por ella y por su madre. En esta tranquila y sencilla ocupación pasaban ambas las largas veladas de invierno.

Al sentir ruido en la calle, la joven alzó la cabeza y escuchó. A poco se detuvo a la puerta un gran carretón

donde su padre conducía las verduras y las frutas que traía de la huerta, para llevarlas al mercado al amanecer del siguiente día.

-¡Francesca! –gritó con voz un poco fuerte, pero de agradable timbre, el recién llegado. -¡Francesca, hija mía, baja pronto!

La joven, al reconocer la voz de su padre, dio un salto y bajó de dos en dos los peldaños de la escalera, dirigiéndose a la puerta de la calle, donde ya el buen hombre estaba descargando sus canastos. Le abrazó con alegría la tierna niña, limpiando con amoroso anhelo el sudor que corría por su tostada frente, y ayudándole después a colocar todos los fardos en el ancho portalón de la casa, donde entraron también el carretón y la caballería que le conducía.

-¿Sabes, hija mía –dijo Pietro besándola en la frente, - que estás hoy más hermosa que nunca? Tú eres el encanto de nuestra ancianidad y serás el consuelo de nuestros últimos días.

-¡Ah, padre mío! Quiera Dios que lo sea muchos años, y que vosotros a la vez seáis mi apoyo y mi felicidad. Pero mi madre ¿no viene?

-Se quedó detrás –contestó el buen Pietro; -pues te trae con mucho cuidado un hermoso canastillo de uvas, de aquellas de Santa Lucía que tanto te agradan. Mira si es buena, que no quiso exponerlas a los vaivenes del carretón.

-¡Ay! ¡Madre querida! Pues voy a buscarla y la aliviaré de su carga. Ya no me necesitáis, ¿no es verdad, padre mío?

-Puedes ir; pero si tardáis un poco, me comeré yo solo la cena. ¡Traigo un apetito! –exclamó Pietro.

-Eso sí que no –dijo la alegre niña riendo y abrazándole con cariñoso extremo; -antes de cinco minutos estaremos de vuelta.

Y estampando un sonoro beso en la tostada frente del anciano, echó a correr la calle abajo, hacia la de Toledo, en cuya esquina encontró a su madre que regresaba a su casa.

Apenas la vio a lo lejos apareció en su rostro la sonrisa del júbilo, y como una ligera cervatillo, estuvo en dos saltos junto a la anciana, arrebatándole el primoroso canastillo que llevaba lleno de uvas y cubierto de pámpanos y de flores.

-¡Ah! ¡Qué buena sois, madre del alma! ¡Cuánta felicidad! ¿Esto es para mí? –decía levantando en alto el canastillo.

-Las uvas para ti; las flores para la Madonna- repuso la anciana. –No olvidé tu empeño de llevarla todos los días un bello ramo, y aquí están todas las que he podido recoger en la huerta. ¡Como estamos en otoño, hay ya tan pocas!... y estas poquísimas se agostan rápidamente, con esos abrasadores huracanes que nos envía el Vesubio.

Las dos volvieron a su casa satisfechas y contentas. Era la madre de Francesca una mujer del pueblo, pero de tan bondadoso natural y de tan simpática fisonomía, que con sólo verla, encantaba granjeándose amistades duraderas por su carácter dulce y blando.

Los tres constituían una familia honrada, buena y feliz en su modesta esfera. Nunca habían tenido disgustos graves, sino esas pequeñas contrariedades de la vida, que son inherentes a la flaqueza humana, y vivían de su honrado trabajo, que aunque no muy productivo, les bastaba para atender a sus necesidades más precisas. Si hombres honrados había en Nápoles, Pietro estaba

seguramente en primer término; si mujeres hacendosas y buenas, su mujer era una de ellas. ¿Cómo de tronco tan bello y sano no había de brotar una rama florida y pura? Francesca era un ángel de blancas alas y alma inocente, que aun no había sentido el contacto de las pasiones mundanas. Pero esa ley de la naturaleza tenía indispensablemente que cumplirse en la casta y tierna niña.

CAPÍTULO II

El huésped improvisado

La noche avanzaba oscura y tempestuosa; cárdenos relámpagos cruzaban el espacio describiendo flamígeros rayos que iban a sumergirse en las turbulentas olas del agitado Mediterráneo. El fuerte viento del Vesubio abría las maderas de las ventanas, penetrando en el interior de las casas con aterrador estruendo. La familia de Pietro, que había concluido de cenar tranquilamente, se levantó de la mesa; pero aterrorizados los tres por el ímpetu de la tempestad, se pusieron a rezar una salve a la Santísima Madonna.

-¡Esta noche tenemos huracán! –dijo Pietro; -Dios tenga piedad de los infelices que van a sufrir los rigores de la tormenta. Los pobres pescadores que no han vuelto a la playa todavía, van a perecer sin duda alguna; porque la noche se pone cada vez más tenebrosa y el mar ruge como un condenado.

Pietro, sumamente inquieto por las desgracias que otros pudieran sufrir con la borrasca, quiso marcharse a la playa, y ya se levantaba para poner en práctica su idea, cuando sintieron llamar a la puerta con repetidos golpes.

-¡Santísima Madonna! –exclamó Francesca levantándose de un salto, mientras que su madre se santiguaba devotamente, -¡quién llamará a estas horas!

-¡Quietas! Yo iré –dijo Pietro, que ya estaba dispuesto para salir y se encaminó al portalón.

Antes de llegar a la puerta volvió a agitarse el aldabón con mano convulsa, resonó un gemido y se sintió caer un cuerpo pesado.

Pietro, que era hombre esforzado y valiente, abrió sin temor alguno y se encontró una forma humana envuelta en un ancho capote de marino que cayó a sus pies.

Francesca y su madre, que le había seguido, lanzaron un grito al observar aquel bulto, que apoyado en el quicio, había caído dentro al abrirse la puerta.

-¡Luz, hija mía!... trae una luz –gritó la madre.

-No hay necesidad –añadió Pietro. –Es, sin duda, un pobre enfermo que implora nuestro socorro.

Y tomándole en sus brazos como si fuera un niño, lo llevó a la cocina, depositándole sobre un banco cerca del fuego.

Con vivísima ansiedad se acercaron las dos mujeres a contemplarle, temerosas de que estuviera muerto. Era un joven de agradable aspecto, que estaba desmayado solamente. Sus ropas y cabellos estaban empapados en agua, y la palidez más espantosa cubría su rostro.

-Preparad una cama con ropas de lana, y calentadla –dijo en seguida Pietro, -porque está helado y necesita entrar pronto en reacción. ¡Ah!, y poned al fuego una vasija con aguardiente para darle fricciones. Este pobre joven debe ser un náufrago, sin duda, de alguna lancha pescadora, que se habrá perdido en el golfo. El infeliz ha podido ganar a nado la playa; vendría buscando su casa y sólo ha tenido fuerzas para llegar hasta aquí. Socorrámosle, pues, como a un hermano.

En pocos instantes todo estuvo dispuesto para colocarle en un abrigado y limpio lecho, que en un aposento allí inmediato había preparado Francesca. Pietro y su mujer le llevaron, desnudándole el primero y

poniéndole otra ropa interior, seca y limpia, sin que diera muestras de volver en su acuerdo. El buen Pietro se encargó de darle frecuentes fricciones con el aguardiente por todo el cuerpo y muy especialmente por el pecho y las sienes.

A pesar de tan tiernos cuidados, el pobre joven no volvía en sí. Francesca y Marieta le miraban con la mayor ansiedad y la más tierna compasión.

-Padre mío- dijo con profundo interés Francesca; -¿por qué no probamos a darle algún alimento?

-¿Y qué le daremos?... ¡Si no hay nada caliente! – exclamó la pobre madre muy afligida por este contratiempo.

-Vino generoso y algunos bizcochos –repuso Francesca –que todavía debe haber aquí de cuando estuvo padre enfermo.

Y corrió a buscarlos en un pequeño armario que había en un extremo de la habitación.

-Efectivamente –añadió Pietro; -has tenido una buena idea; yo creo que este pobre muchacho está falto de alimento; se conoce en la debilidad de su pulso, y esto se une a la fatiga de haber caído al mar y de luchar con las olas, según lo demuestran sus vestidos empapados en agua.

Le incorporaron para darle en una copita el dorado licor que le presentaba Francesca, y en tanto la buena Marietta le hacía fricciones en las piernas con el aguardiente, merced a lo cual consiguieron que poco a poco fuesen entrando en calor sus ateridos miembros.

-Ya vuelve en sí: siéntole estremecerse –dijo Pietro al cabo de algunos instantes.

La posición que ocupaban los cuatro personajes era digna de un cuadro de Salvador Rosa, el pintor favorito de los napolitanos:

Pietro, a la derecha del lecho, sostenía en sus brazos al joven enfermo, que con la palidez de la muerte en su rostro, apoyaba la cabeza en el hombro del hortelano. Al otro lado, Francesca con la copa de vino y los bizcochos en una bandeja y en la otra mano un candelero con una vela encendida que iluminaba el cuadro en primer término, quedando en la obscuridad el resto de la habitación, que era sombría y espaciosa. Marietta, a los pies de la cama, continuaba sus fricciones reparadoras, y a poca distancia de allí, pero elevada, se veía una hermosa figura de mujer, perceptible sólo a la vista del enfermo, porque apenas abrió los ojos, sus miradas se dirigieron a la angélica visión que le sonreía.

La miró como en éxtasis, y al volver los ojos en torno suyo contempló a Francesca, viendo con profunda sorpresa una marcadísima semejanza en el bello rostro de la joven napolitana con aquella luminosa aparición.

-¡Oh, esto es un sueño! –exclamó incorporándose vivamente. -¿Quién me ha traído aquí? ¿Dónde estoy?

Y miraba a todos como esperando respuesta.

-Estáis entre amigos; nada temáis –le dijo Pietro. – Sólo deseamos vuestro bien.

-Tomad un poco de vino y un bizcocho –añadió Francesca, -porque vuestra debilidad es mucha y apenas podéis hablar.

-Ciertamente –exclamó el joven, fijando en ella con asombro sus grandes y negros ojos. –Debe hacer mucho tiempo que no tomo ningún alimento; pero ¿quién me ha sacado del mar? Recuerdo haber caído al agua con los marineros que venían conmigo desde Capri, y no sé más.

-Tranquilizaos y no os cuidéis ahora de eso; tomad – dijo dulcemente Francesca, presentándole el vaso con vino y un bizcocho.

El joven lo tomó, apuró el vino que contenía la copa, después de haberse comido el bizcocho, y se quedó contemplando con amorosa ternura a Francesca, como si hubiera sido una antigua amiga que volvía a encontrar al cabo de una larga peregrinación. Sólo apartaba de ella los ojos para fijarlos en la hermosa figura que tanto se le asemejaba.

-No sé qué semejanza hay en vosotras –le dijo. –La imagen de mis sueños y tu sois iguales.

-Está loco –murmuró Pietro; -¡qué es lo que dice!

-No estoy loco –dijo pausadamente el joven enfermo.

-¿No veis aquella hermosa señora suspendida en el espacio, rodeada de resplandor y apoyándose en una especie de rosada nube? Pues aquella señora y esta niña que miro a mi lado, tienen un parecido asombroso.

-No vemos a nadie, absolutamente a nadie – exclamaron los tres casi a un tiempo, mirando con espanto al sitio designado.

-Serán visiones de su fantasía –añadió Francesca. - ¡Ea! A dormir; el sueño es reparador y os aliviará.

-Si, sí, es lo mejor que puede hacer- repuso Pietro. – Deben haberle trastornado los sustos de esta noche horrorosa, que le ha cogido en medio del golfo.

Marietta, a su vez, no cesaba de pedir a la Madonna por la salud de aquel pobre joven y por su razón, que creía extraviada.

Ya fuera la intención de Francesca, o la influencia bienhechora de la celeste aparición, el joven se quedó profundamente dormido, restableciéndose poco a poco y entrando en reacción sus miembros entumecidos.

El buen matrimonio y su hija se retiraron.

Mil y mil conjeturas hacían sobre su improvisado huésped, pero ninguna acertada y emitiendo las más extrañas opiniones; por lo cual, después de un rato de discusión, sintieron también la necesidad de entregarse al reposo, lo que hicieron efectivamente, cuando, visitando otra vez al enfermo, se aseguraron de que se hallaba entregado a las dulzuras de un benéfico y apacible sueño.

CAPÍTULO III

Los dos Jacobos

Al amanecer del siguiente día, Pietro tuvo que marcharse a la plaza, pues, como saben nuestros lectores, tenía su puesto de frutas y verduras en el *Mercato nuovo*. Marietta le acompañaba casi siempre para ayudarle en la venta; pero esta vez se quedó por no dejar a Francesca sola con el joven enfermo, el cual continuaba dormido a pesar de que el sol iba poco a poco extendiendo por el horizonte sus rayos de luz y de vida.

Las campanas de Santa Clara repicaban estrepitosamente, llamando a los fieles a la Misa mayor, cuando el enfermo abrió los ojos y se sentó en la cama mirando como despavorido en torno suyo. Francesca y Marietta, que no estaban lejos, acudieron inmediatamente, llevándole un buen vaso de espumosa leche, que la joven le presentó sonriendo.

-¿Queréis decirnos vuestro nombre? –le preguntó Marietta, más curiosa que su hija y rabiando ya por conocer al joven, que, como llovido del cielo, se les había entrado por las puertas de su casa.

-Bebed antes y no habléis –murmuró a media voz Francesca; y volviéndose hacia su madre, le indicó con una mirada que la debilidad del joven no le permitía contestar aun a ninguna pregunta.

La anciana bajó la cabeza convencida por aquel mudo reproche, y se calló. Pero el enfermo, después de haber apurado con avidez el vaso de leche, tan cariñosamente

ofrecido por la hermosa niña, y queriendo satisfacer la curiosidad de la anciana, exclamó:

-Mi padre me llamaba Jacobo Alfieri, mi madre Paolo, que es mi segundo nombre; llamadme vosotras con este último, que era también el de mi padre.

Y al decir estas palabras, que debieron llevar a su mente un penoso recuerdo, prorrumpió en amargo llanto; pero con tan profundos y desgarradores sollozos, que angustió el ánimo contristado de las dos mujeres.

-¡Ah! ¡no lloréis, por Dios!- decía Francesca llorando también. -El dolor es contagioso muchas veces.

-¡Nos afligís! -exclamaba Marietta, cuyas lágrimas brotaron al propio tiempo que las de su hija, a la vista de la inmensa pena que embargaba a Jacobo Alfieri.

-Perdonadme si os aflijo; pero no puedo menos de llorar; soy el más desgraciado de los hombres. ¡Ay! ¡yo quisiera morir! Pedid al cielo que me conceda esta dicha. ¿Por qué me han sacado del mar? Allí hubieran cesado mis padecimientos, terminando mi vida entre las tempestuosas olas que volcaron nuestra barquilla.

-Tranquilizaos -dijo Francesca; -¿quién habla de morir? Siendo tan joven, ¡cuántos días felices podéis disfrutar en el mundo!...

-¡No lo creáis! La dicha ha concluido para mí.

-Eso no lo sabemos nosotros. Sólo Dios conoce nuestro destino en la tierra -dijo Marietta.

-Es verdad -exclamaba Jacobo entre sollozos; -pero no puede hallar felicidad en el mundo, el que ha contribuido a que otros la pierdan. Vosotros que hacéis el bien, seréis felices, muy felices; pero yo que he sido muy malo, y muy ingrato, y muy cruel con quien me había colmado de beneficios, sólo lágrimas y remordimientos puedo hallar en esta triste vida.

Y apenas acabó de pronunciar estas palabras, redoblaron los sollozos del angustiado Paolo, pues así le llamaremos según su deseo.

Francesca, identificándose con su dolor, no podía contener la vivísima impresión que le embargaba.

-¡Ea, calmaos y no haya más llanto! –exclamó Marietta; -ved, señor Paolo, que estáis haciendo sufrir a mi pobre hija, que es un ángel.

Los ojos de Paolo se fijaron en la joven, secándose sus lágrimas como por encanto al oír la oportuna advertencia de la anciana.

-¡Perdón otra vez! –murmuró; -he sido un necio en dejarme llevar por la impresión dolorosa de mi alma. Mi deber, antes que pensar en mis propias penas, ha debido ser el de daros gracias por los afectuosos cuidados que acabáis de dispensarme, y que nunca sabré agradecer bastante.

-No; nada nos debéis –dijo Francesca. –Al seguir los impulsos de la caridad, nos hacemos un bien a nosotros mismos, por la satisfacción que proporciona, y por servir a Dios.

-¡Cuán buena sois! –decía Paolo, cruzando las manos y mirando a las dos caritativas napolitanas con muestras de profunda gratitud. -¿Quién soy yo, para que así os hayáis interesado por mí?

-Un hermano nuestro –dijo Marietta. –A todos nuestros semejantes, tenemos obligación de socorrer y amparar con la más cariñosa solicitud. Pero ante todo, ¿os encontráis bien? ¿Os sentís mejor?

-Perfectamente, señora; el sueño ha reparado mis fuerzas, y, si me lo permitís, voy a levantarme.

-¿No es mejor que continuéis en la cama siquiera hasta medio día? –exclamó Francesca. –Así os podréis completamente bien y en tanto se secarán vuestras ropas.

-Es verdad –añadió Marietta; -están todavía empapadas, a pesar de que las puse esta mañana bien temprano al sol. Las trajisteis anoche chorreando.

-Bien, como gustéis, me quedaré en la cama hasta mediodía –repuso Paolo dócilmente.

Y se reclinó en las almohadas, que Francesca le colocó bien mullidas.

-En tanto nos vamos nosotras a dar las gracias a la Santísima Madonna por vuestro restablecimiento –dijo Francesca. –Dormid, no penséis en nada, ni os inquietéis por nuestra ausencia, que antes de una hora estaremos aquí.

La madre y la hija salieron tranquilamente de la casa, dejando solo al desconocido, sin cuidarse de que pudiera ser un ladrón que les robara sus escasos ahorros. La honradez y la probidad no tienen nunca sospechas del mal; creen que no existe, o si existe, le creen una excepción muy rara. No así los malvados, que todo lo juzgan por sus propios instintos, creyendo el mundo lleno de seres perversos y corrompidos.

Esta es una regla muy segura para conocer el valor moral de las personas. Pero la noble confianza de Marietta y de Francesca no las engañó en esta ocasión; juzgaron desde luego al pobre joven como un ser bueno y sensible, a pesar de las acusaciones que a sí propio se había lanzado.

-Sin duda tiene la cabeza ligera como todos los muchachos –dijo Marietta cuando salía de casa, -y en un momento de extravío habrá causado alguna desgracia de la que hoy se arrepiente.

-Es verdad, madre mía- añadió Francesca. –Su arrepentimiento y sus lágrimas demuestran la sensibilidad de su corazón.

Y siguiendo en este tema, las dos mujeres se dirigieron a Santa Clara.

La joven había hecho dos ramilletes de las flores que su madre le trajo la tarde anterior, y los llevaba para colocarlos en el altar de la Madonna, según tenía de costumbre, mientras había flores en los jardines de Nápoles. Estuvieron un rato en la iglesia elevando al cielo sus plegarias y recomendando a su protegido para que la Santísima Madonna se dignase ampararle en aquella desgracia que tan profunda aflicción parecía causarle.

Cumplido este piadoso deber, se encaminaron a la plaza del *Mercato nuovo*, donde estaba Pietro en su puesto de frutas y verduras.

Apenas las distinguió éste, exclamó:

-¿Y el enfermo? ¿Cómo está? ¿Se ha marchado?

-¡Ah! No, padre mío –contestó Francesca; -ha quedado en casa reposando todavía y está mucho mejor; pero le aflige una grave pena; ha llorado con inmensa amargura.

-¿Y qué será? ¡Pobre infeliz! –dijo Pietro conmovido.

-No hemos querido insistir en averiguarlo –repuso Marietta, -por no aumentar su dolor; pero creo que ya nos lo contará.

En esto se aproximó al grupo que formaba esta honrada y dichosa familia, un nuevo personaje, que vamos a presentar a nuestros lectores.

Detrás del puesto de Pietro había una gran casa, en cuyo piso bajo estaba el despacho de los buques mercantes de la Compañía de las Indias. El personaje que se aproximó a Pietro era el consignatario de esta casa y se

llamaba Jacobo Prats, aun cuando pocas personas le conocían por este nombre, pues más bien le llamaban el catalán, aludiendo a su nacionalidad. Efectivamente, era de Reus, pero llevaba muchos años de vivir en Nápoles. Su aspecto parecía brusco a primera vista, porque su larga y poblada barba negra le daba un carácter imponente, unido a una grave seriedad que le era característica. De estatura elevada y algo grueso, unía a un cabello negro y rizado, cara grande y de facciones acentuadas, una frente muy despejada y negros ojos rasgados sumamente expresivos.

Su edad podía ser entonces de unos treinta años-

-Muy buenos días, señor Jacobo –dijo Pietro estrechando con efusión la mano que el consignatario le tendía.

-Muy buenos, amigo mío –contestó Jacobo; -y estas señoras ¿cómo están?

-Para serviros, señor, estamos buenas gracias a Dios –repuso Marietta.

Francesca no dijo una palabra; pero bajó los ojos y se puso encarnada como una amapola.

-Querida Francesca, ¿cuándo nos casamos? –preguntó Jacobo en tono placentero, pero mirándola con gran interés.

-¡Qué cosas tenéis! Siempre con bromas –contestó la niña, atreviéndose a sonreír; pero sin levantar los ojos, lo cual comunicaba a su rostro una expresión de dulce candidez, que con el sonrosado de sus mejillas le daban un aspecto encantador.

-Vosotras lo tomáis a broma –añadió el catalán; -pero ya sabe el amigo Pietro que os profeso una afección verdadera, y si fuera más joven, que igualaran nuestras edades, me casaría contigo; pero las muchachas sólo

queréis jóvenes de vuestra edad, alegres y risueños, que simpaticen con vuestros caprichos y os lleven los domingos a la pradera de Portici o a la playa de la Mergellina a bailar.

-¡Ay, no señor! –dijo Marietta; -mi hija no va nunca al baile. Todas sus diversiones se reducen a bajar a la huerta a coger flores para adornar el altar de la Madonna.

-¿Y cómo va la venta? –preguntó Jacobo, volviéndose hacia el anciano para evitar aquella conversación, que disgustaba a Francesca.

-Bastante bien, señor Jacobo –contestó Pietro. –Ya voy a recoger, pues apenas me queda lo suficiente para el gasto de casa. No sé cómo me las arreglo, pero el caso es que siempre concluyo la venta antes que los compañeros.

-Es que las muchachas acuden con preferencia a este puesto, porque tenéis don de gentes, señor Pietro, según dicen por ahí; pero yo creo más bien que ese don celestial lo tiene Francesca, y verdaderamente es un ángel en la tierra, no pudiendo ir mal a ninguno que obtenga sus simpatías; por eso yo las busco sin tener la fortuna de encontrarlas.

-No lo creáis así, señor Jacobo –exclamó Marietta; -Francesca os aprecia lo mismo que nosotros, y estamos orgullosos de merecer también vuestra estimación.

-En alto grado es vuestro mi afecto; contad con él y disponed de cuanto soy y cuanto valgo; este ofrecimiento es tanto más de apreciar, cuanto que los catalanes no acostumbramos hacerlo sin sentirlo. Por eso las ofertas de un catalán deben apreciarse, porque son sinceras.

El honrado matrimonio le dio mil muestras de afecto y gratitud, mientras que Francesca se contentaba con sonreír, aprobando de un modo indirecto las palabras de sus padres, pero sin darles asentimiento verbal.

Se despidieron del consignatario, que se retiró a la puerta de su casa, desde donde estuvo mirando a Francesca hasta que la perdió de vista.

-Verdaderamente que esta niña es mi ángel bueno – decía Jacobo para sí. Su presencia y su recuerdo producen en mi corazón un bienestar inefable; tiene algo de angélico y sólo inspira impulsos generosos y dulces sentimientos. Yo la amo y la haría mi esposa si ella me quisiera; pero conozco que no es así, y me resigno sin que me ofenda su desdén. ¡Ah! En todas las ocasiones de la vida, y si cien vidas tuviera la amaría con la misma abnegación y desinterés, prestándole todo mi apoyo si de mí llega a necesitarlo. No sé qué misteriosa simpatía nos enlaza.

Mientras Jacobo se entregaba a estas reflexiones, llegaban a su casa el honrado matrimonio y su bellísima hija, encontrando a Paolo sentado en la cama.

Sin duda debió hacer alguna comparación Francesca entre Jacobo, el consignatario y Jacobo Alfieri, porque al mirar a hurtadillas al joven, volvió a sonreír, apareciendo instantáneamente un vivo carmín en sus mejillas.

A la cándida niña, pura y blanca como la azucena del escondido valle, le bastaba, para sonrojarse, sentir cruzar por su mente un pensamiento atrevido.

“Este es más guapo y más joven”, se había dicho a sí misma, y he aquí la causa de su rubor. Desde luego el juvenil y gallardo Paolo, con su cabellera negra y rizada, sus grades ojos y sus expresiva fisonomía, era más simpático y atractivo que el formal y grave consignatario.

Naturalmente, la familia siguió prodigando sus atenciones al enfermo. Le hicieron levantar para sentarle con ellos a la mesa, y como no pudieran vencer su timidez y su tristeza, le dijo Pietro después de la comida:

-¿Cómo os encontráis, amigo mío? ¿Queréis que avise a vuestra familia, o que os acompañe a vuestra casa?

-¡Ay de mí! –exclamó el pobre joven con los ojos arrasados en amargo llanto. –No tengo casa ni familia; pero si os molesto, me marcharé.

-y ¿adónde iréis? –exclamó vivamente Francesca, sin dar tiempo a que sus padres replicasen. -¡Sin familia! ¡sin hogar! ¿qué será de vos? ¡Dios mío! ¿Esto es posible? ¡Qué cruel infortunio!

Y la niña lloraba porque veía correr las lágrimas por las mejillas de Paolo.

-¿Pues de dónde veníais? ¿Adónde ibais al llegar aquí anoche? –dijo Pietro con sombrío acento.

-Mi historia es larga, señor Pietro; sin embargo, cuando queráis os la contaré con todos sus detalles, y leeréis en mi corazón como en un libro abierto.

-Si, desde luego quiero saberla; pero no ahora; esta noche nos la contaréis, y si podemos aliviaros en algo, lo haremos con mucho gusto –repuso Pietro.

-Entonces me quedaré –dijo el joven volviendo a sentarse, porque instintivamente se había puesto de pie, como para marcharse, al escuchar la intimación un poco brusca del dueño de la casa.

-¿Y dónde os sucedió anoche la desgracia de caer al mar? ¿Veníais en algún buque? –preguntó con cierta timidez Marietta.

-Venía de Capri, señora, donde fui a buscar a mi padre, que estaba allí recogido de caridad por un antiguo amigo; pero no le encontré, desgraciadamente. Pocos días antes de mi llegada, había muerto, maldiciendo mi memoria y mi nombre, sin que yo llegase a tiempo de alcanzar siquiera su perdón.

Nuevas lágrimas y nuevos gemidos acongojaron a Paolo.

-¡Ea! vámonos a la huerta –dijo Pietro levantándose y queriendo de este modo tranquilizar al joven. –Dejemos ahora recuerdos importunos, y cuando estéis más sereno y resignado, nos contaréis las aventuras de vuestra vida.

Acto continuo, toda la familia se puso en marcha hacia el Pausilipo, donde el buen Pietro tenía en arrendamiento la huerta que le surtía de frutas y verduras para su comercio.

CAPÍTULO IV

Historia de Paolo

Borrascosa y terrible había sido la noche anterior, notándose en la playa las huellas de los desastres marítimos. La tempestad había arrojado furiosamente contra las rocas muchas lanchas pescadoras, cuyos restos se veían esparcidos por doquiera. De cuando en cuando se notaban trozos de las velas, los timones, los remos y hasta algunos canastos llenos de pescado, y, por último, no faltaron también despojos humanos que algunos caritativos marineros se apresuraron a recoger piadosamente, para darles sepultura sagrada. Al pasar por aquellos sitios la familia de Pietro, dijo Paolo, mirando con dolor tan tristes despojos:

-Acaso sea alguna de estas lanchas la que me condujo anoche desde Capri hasta aquí.

-Pues ¿Cómo os atrevisteis a embarcaros con una noche tan borrascosa? ¿Por qué os dejaron?

-Ya os he dicho, señor Pietro, -repuso Paolo, -que no tengo familia ni hogar; nadie se interesa por mí. Estoy solo en el mundo, y antes de embarcarme en Capri, para venir a Nápoles, hubiera puesto fin a mis días sin la milagrosa intervención de una figura angélica que se me apareció de repente, haciendo caer de mis manos la cuerda con el nudo corredizo, que ya tenía preparada para colgarme de un árbol. Aquella celeste aparición, que era sin duda el ángel de mi guarda, tenía una gran semejanza con Francesca.

Paolo, al decir esto, miró a la joven con indecible ternura, y al notar la mirada de todos clavada en él, bajó los ojos, se cruzó de brazos y quedó profundamente pensativo, pareciendo por la expresión de su rostro que aún estaba viendo la misteriosa visión que le sonreía, mostrándole el iris bello de una esperanza celestial.

Marietta se persignó devotamente y echó a andar, diciendo en voz baja a su marido:

-Yo creo que este hombre está loco.

Francesca siguió a su madre, no sin alentar con una dulce mirada al joven náufrago, obteniendo otra no menos dulce y cariñosa del apenado Paolo, que la contemplaba como al ángel de su felicidad.

-¿Y os cogió la tempestad en alta mar? –preguntó Francesca, queriendo, sin duda, con este nuevo giro dado a la conversación, desviar del pensamiento del joven dolorosas reflexiones que le asaltaron al referir su conato de suicidio.

-Si, amiga mía –repuso Paolo; -me embarqué para venir a Nápoles, estando el mar sereno; pero a poco se levantó un fuerte viento y empezaron a encrespase las olas; poco después, estando ya en la bahía, se desencadenó de un modo horrible la tempestad, a cuyo potente impulso zozobró nuestra lancha, hundiéndose en las aguas y sumergiéndonos entre las alborotadas ondas a otros tres marineros y a mí.

No sé la suerte de aquellos infelices; quizá se salvaran a nado. Por mi parte perdí el conocimiento, y hasta ignoro cómo existo. Lo atribuyo a un milagro de mi ángel bueno y de la santísima Madonna.

-Sin duda alguna; os salvó y os condujo a nuestra casa, donde llegasteis con toda la ropa empapada en agua. Porque a no ser por tan milagrosa intervención, ¿quién

hubiera podido sacaros del mar en noche tan oscura? ¿Y quién os diera fuerzas para llamar a nuestra puerta? – exclamó Francesca llena de fe.

-Eso mismo estoy pensando desde anoche, y yo creo que el ángel misterioso que me ampara, debía saber que allí encontraría corazones generosos que me socorriesen en mi infortunio.

-Es verdad –añadió Francesca; -parece una cosa muy rara, a no ser que os guiase vuestro propio instinto. Al venir a Nápoles, ¿traíais alguna intención determinada?

-Ninguna –contestó Paolo. –Me lancé al azar, caminando a la ventura, fiado en la bondad de Dios, que nunca desampara a sus criaturas. A nadie conozco en Nápoles.

Paolo y Francesca sostenían esta conversación caminando delante de Pietro y Marietta, que iban un poco más despacio, al cuidado del carretón donde llevaban las frutas y las verduras para el mercado del siguiente día.

Así llegaron a su casa, y dos horas después estaba preparada la familia para escuchar la prometida historia que Paolo les había ofrecido referir.

Francesca quitó la mesa con los retos de la cena y fue a sentarse cerca de su padre en un pequeño taburete.

-¡Ea! –dijo Pietro; -podéis empezar vuestra narración cuando gustéis.

-Os escucharemos con mucho gusto –añadió Francesca.

-Curiosidad grande tengo yo de saberla, señor Paolo –dijo Marietta; -pero si nos habéis de hablar de espectros y apariciones, creed que no me será muy agradable, porque tengo mucho respeto a las ánimas del otro mundo.

-No temáis, querida señora –exclamó el joven sonriendo. –La aparición de que os he hablado no inspira

miedo, sino amor, y sólo la he visto dos veces, una ayer por la mañana, cuando con una mirada hizo caer de mis manos la cuerda con que iba a ahorcarme, y la otra por la noche, aquí, en vuestra casa, cuando al abrir los ojos volviendo de mi desmayo, os encontré a mi lado.

-No haya sido alguna alucinación, señor Paolo –se atrevió a indicar Marietta.

El joven se sonrió con marcada expresión de profundo convencimiento, y alzando luego los ojos al cielo, pareció invocar a la angélica visión que le había inspirado el arrepentimiento y el amor a la vida, para que no le desamparase y volviese otra vez a darle con su presencia nuevas fuerzas para seguir por el camino de expiación y trabajo que le señalaba, como lábaro redentor de sus pasadas culpas.

-Empezad, amigo mío –dijo Pietro –y no hagáis caso de estas mueres, que todo lo que no comprenden lo atribuyen a hechizos y encantamientos, o a extravío de imaginaciones juveniles.

Paolo suspiró profundamente; se cruzó de brazos y bajó la cabeza en actitud de recoger sus ideas. Instantes después la levantó y se expresó de este modo:

-Nací en Gaeta; mi padre, Paolo Alfieri, era cajero de una importante casa de comercio donde le apreciaban muchísimo, porque llevaba más de diez años en su servicio, habiéndoles dado en todo este tiempo infinitas pruebas de su honradez y probidad. Estaba casado con una encantadora mujer; más bien una santa, mi buena y querida madre Lucía.

La voz del joven se alteró ligeramente ante este recuerdo, que conmovió su corazón; pero sobreponiéndose al punto, continuó:

-Fui el único hijo de tan honrado matrimonio. Desde mis primeros años empecé a manifestar un carácter voluntarioso, soberbio y tenar en alto grado; pero mis buenos padres, que me amaban con delirio, no corrigieron estos defectos en la niñez, dejándome crecer con ellos, y este excesivo amor fue su perdición y la mía, porque árbol que crece torcido nunca su tronco endereza.

Llegué a los catorce años y apenas sabía leer y escribir; me mandaban a escuela y ¿sabéis dónde iba? Me escapaba con otros compañeros de mi edad a lo inmensos plantíos de naranjos que rodean a Gaeta. Allí pasábamos el día robando naranjas y siendo a veces perseguidos por los guardas que nos arrojaban a pedradas. Más de dos veces fui a mi casa con la cabeza rota, y siempre le echaba la culpa al dómine de la escuela, diciendo a mis padres que me castigaba extraordinariamente, tomando de esto pretexto para no ir nunca a clase. Todo el afán de mi padre era que yo aprendiese la contabilidad, para que me admitiesen de dependiente en la casa donde él era cajero; pero yo aborrecía el comercio con mis cinco sentidos: mi único deseo era ver tierras, y mi decidida vocación la de marino.

Sin embargo, no podría decirlo, porque todo me lo toleraba mi padre menos estos; decía que sólo se iba a la marina la gente perdida, los haraganes, los calaveras y pependancieros y todos aquellos muchachos que no servían para nada. Pero como la contrariedad es causa a veces de que se desee con más afán aquello que nos prohíben, decidí en mi fuero interno de mi padre y seguir mis propias inspiraciones. A todo esto el tiempo corría y mi buena madre, que era tan cariñosa conmigo, me daba todos sus ahorros, que yo los empleaba en las tres peores cosas que el hombre puede seguir y que son en lo general

los vicios de los jóvenes mal educados, como yo lo estaba; en el vino, en el juego y en las mujeres. ¿Qué había de resultar de esto? A los diez y ocho años era un muchacho perdido. No les echo la culpa a mis padres; era su único hijo y seguían los impulsos de su corazón generoso amándome y complaciéndome mucho más de lo que yo merecía. Mis inclinaciones eran malas, y ellas fueron únicamente la causa de mi perdición.

Habitaba en Gaeta una familia, cuyo jefe era un señor de Roma que se había casado con una gaetana hacía muchos años. Diferentes veces había sido cónsul en varios puntos de América, y como a la sazón estaba sin destino, habían ido a Gaeta a pasar una temporada con la familia. Tenían una hija única, muy linda, de quince años, llamada Rosina, la cual estaba muy mal educada y era tan caprichosa como yo. Nos vimos, y no tardamos en entendernos por medio de señas amorosas que revelaban nuestro mutuo afecto.

Como su casa lindaba con la mía y los jardines de ambas estaban contiguos, aprovechábamos esta favorable circunstancia para vernos y hablarnos muchas veces. Le declaré mi amor y ella, que era una niña apasionada, se impresionó vivamente, y desde entonces no había noche que no saliera a la verja del jardín que comunicaba con el nuestro, pasándonos largas horas en amorosa conversación, ella en la parte de allá y yo en la de acá. Es de advertir que una muchacha llamada Lucrecia, doncella de la madre de Rosina, era hacía tiempo mi novia, y aún cuando aquella muchacha fuese guapa y joven, era natural que me gustara más la señorita que la criada, y no hallando medio de desprenderme de ésta, continué engañando a las dos.

Tuve que hacer prodigios de habilidad para que no me descubriesen unas u otras relaciones y se enterasen nuestros padres, lo que me costaba no poco trabajo, así es que pasaba las noches en vela; la primera mitad de ellas por la parte del jardín hablando con Rosina, y la otra mitad, por la calle galanteando por una reja del piso bajo con Lucrecia. Esto me obligaba a acostarme al amanecer, precisamente a la hora en que mi padre, cansado ya de mi mala conducta y resuelto a hacerme trabajar, entraba a despertarme para que bajase a abrir los almacenes, donde por fuerza me obligó a entrar de dependiente. El trabajar me desesperaba; ni sabía de cuentas ni nunca quise aprenderlas, habiendo empleado todos los momentos de que podía disponer en pasarlos en la ociosidad o en punibles devaneos.

Pero como mi padre se empeñó en dedicarme al comercio, yo, a fin de que no lo consiguiera, lo hacía todo al revés, cometiendo mil equivocaciones a cada paso, lo cual le exasperó de tal suerte, cuando siempre había sido tan bueno para mí, que ya no escaseaba las reprimendas y los castigos, sin que a pesar de esto, dejase de tener cada día una nueva prueba de mi conducta desordenada.

Mi carácter díscolo y altanero de suyo, se agriaba cada vez más, sublevándose por los castigos que me imponían. La aversión que me inspiraba el comercio fue en aumento hasta convertirse en verdadero horror, por cuya razón me escapaba muchas veces, y siguiendo mi inclinación favorita, me iba al puerto buscando las embarcaciones que continuamente llegaban a Gaeta de todos los países, y me pasaba con los amigos que en ellas tenía, los días enteros. Mi irrevocable vocación era la de ser marino; pero mi padre, firme en su propósito, me lo prohibió terminantemente, oponiéndose a mis deseos con

toda su autoridad paternal. Mi poca reflexión me hizo ver en esta persistente negativa motivos de egoísmo, creyendo que, como era hijo único, necesitaba de mí para auxiliarle en sus tareas. Estas ideas me sugirieron pensamientos y proyectos descabellados, poco en armonía con las inclinaciones de mi padre, pero mucho con las mías y con mis sueños de libertad y de aventuras atravesando los mares.

Ya os he dicho que sostenía a un mismo tiempo relaciones amorosas con las dos muchachas, Rosina y Lucrecia. Esta, de humilde origen, y colocada en diferente escala social que su ama, tenía sin embargo mucho amor propio y me proporcionó graves disgustos con su loca pasión. Tuve la imprudencia de darle palabra de casamiento, y lo tomó con tal empeño, que no me dejaba un solo momento de tranquilidad. Insistía en que habíamos de casarnos en seguida, alegando para ello sagrados derechos, y me movía querellas inaguantables, amenazándome constantemente con ir a ver a mis padres para decirles que yo era un infame seductor que la había engañado.

Afortunadamente, el padre de Rosina fue destinado de cónsul a Río Janeiro, para donde debía partir en breve, llevándose a su mujer y a su hija. Yo, que amaba a Rosina más que a Lucrecia, y que deseaba vivamente cortar el lazo que a ésta me unía, queriendo al propio tiempo libertarme del que creía tiránico yugo de mi padre, decidí, en un momento de ofuscación, seguirlos y emprender con ellos la travesía a Río Janeiro

Vendí a Rosina la fineza de que me arrastraba su amor; pero sólo me llevaban mis malas inclinaciones y mi deseo de viajar. Por ella supe todos los preparativos de marcha, el día y hora y el buque en que debían

embarcarse. Era esta la goleta “Santa Lucía”. Mi alegría fue inmensa al saber el nombre de la velera nave que debía llevarnos al otro hemisferio, porque precisamente era mi mejor amigo uno de sus marineros, a quien, después de seis años de grumete, acababan de nombrar marinero de segunda clase.

En el momento me fui al puerto, trasladándome a bordo de la “Santa Lucía” para comunicar a mi amigo Aurelio el proyecto que tenía de abandonar Italia y de hacerme marino.

Al pronto se alegró mucho, porque nos queríamos verdaderamente; pero luego, quedándose pensativo, me manifestó que no me admitiría el capitán, ni como viajero, ni como grumete, ni de ningún modo, sin llevar la debida autorización de mis padres. Esta noticia me aterró, llenándome de desesperación y de cólera, porque aquella autorización no esperaba que pudiese conseguirla.

-Pues bien, haremos otra cosa, -dijo Aurelio condolido de mi situación. -Como zarparemos a eso de media noche, fácil te será esconderte entre los viajeros, que van y vienen a bordo acompañados de las familias y amigos que acuden a despedirlos. Te deslizas entre ellos, subes a bordo y yo me encargo de lo demás.

Le abracé loco de alegría por esta promesa que era mi salvación, y empecé a pensar, lleno de las más deleitosas esperanzas, en los preparativos de viaje.

Ante todo y para que Lucrecia no descubriera mis proyectos, la hice marchar a Nápoles, donde tenía sus padres, diciéndole que antes de ocho días me iría a reunir con ella para celebrar nuestro casamiento. Inocente y confiada, la pobre joven no dudó de mis palabras y se marchó dejándome por fin libre de temores por aquella parte. Pero faltaba lo principal. Carecía de recursos para

tan largo viaje. ¿Y cómo adquirir dinero? Este era el caballo de batalla, y sin cesar me hacía esta pregunta, sin encontrar la solución. Pasé dos días de horribles inquietudes; el tercero era la víspera del destinado para el viaje, y aún me encontraba sin medios para efectuarlo. Acudí a mi madre engañándola con mil pretextos para que me diese algunos fondos, sin decirle, por supuesto, el destino que había de darles; pero fue muy poco lo que me pudo proporcionar. ¡En esto llegó la noche, sombría y horrible para el delincuente que medita la perpetración de un crimen! Confieso, no sin rubor, que más podían en mí los malos instintos y el compromiso en que estaba empeñado, que el amor a los infelices ancianos a quienes debía el ser y el más intenso amor paternal. Ciego, loco, delirante, estimulado quizá por perversas inspiraciones, concebí una idea infame, que llevé a cabo en el silencio y obscuridad de la noche, sin pararme siquiera a reflexionar las consecuencias que pudiera tener.

El jefe de la casa de comercio, donde mi padre era cajero, tenía en él una absoluta y merecida confianza.

¡Teníamos nuestras habitaciones en el piso bajo de la misma casa donde estaban las oficinas, siendo la única salvaguardia de la caja la acrisolada honradez de mi buen padre!...

Al llegar aquí, los sollozos de Alfieri no le dejaron continuar, y fue preciso suspender la narración, porque la conciencia, que se había despertado en él cuando supo los funestos resultados de su crimen, le anonadaba, causándole horribles remordimientos, y privándole de las fuerzas físicas y del valor moral que necesitaba para vivir y para continuar el relato de su dolorosa historia.

La familia de Pietro comprendió al punto cuál había sido el motivo de quererse suicidar; era la voz de la

conciencia que le atormentaba; pero no le dijeron una palabra, concretándose a consolarle con dulces palabras que reanimaron un poco su abatido espíritu.

Después de una pausa de más de media hora, continuó de este modo:

-Mi padre, por custodiar mejor los fondos, dormía cerca de la caja, y yo en una habitación inmediata. Aguardé a que estuviera profundamente dormido para sacar las llaves de su bolsillo, lo que conseguí con suma facilidad, y me fui a la caja sin pensar en nada más que en Rosina, en mi viaje por mar, tan suspirado, y en mi libertad, ideas que embargaban por completo mi ardiente cerebro. Bajo una inconcebible fascinación, aunque luchando entre el deseo y el horro, llevé a cabo mi criminal proyecto; abrí la caja y fui metiendo gran parte del dinero que en ella había en un saco de mano donde ya estaba colocada toda mi ropa. No me detuve a contar aquel dinero, que era mucho por cierto, y sin cuidarme de cerrar la caja, me marché después de haber colocado dentro una carta que de antemano tenía escrita, diciendo a mis padres, a fin de desorientarlos, que no me buscasen en Gaeta ni en el puerto, porque me marchaba a Nápoles a casarme con Lucrecia. Mi plan estaba bien trazado, y era fácil de creer por haber desaparecido la muchacha poco antes. Así, mientras iban a Nápoles en busca mía, tomaba rumbo hacia el Brasil la goleta "Santa Lucía".

Mis amores con Rosina eran un secreto, que sólo ella y yo conocíamos, mientras que los que sostuve con Lucrecia eran más conocidos, y hasta mis padres, que lo sabían, me había reprendido muchas veces por ellos. Salí de mi casa antes de amanecer, y me escondí en una casucha del puerto, donde habitaban unos pescadores conocidos míos. Allí estuve todo el día, y cuando ya las

tinieblas de la noche extendieron sobre Gaeta su manto de tupidas sombras, me deslicé silenciosamente hacia el muelle, donde esperé a que fuesen llegando los pasajeros que debían embarcarse en la “Santa Lucía”, y confundiéndome entre ellos, me trasladé a bordo. Busqué a mi amigo Aurelio que ya me esperaba, y a favor de la confusión que reinaba en el buque en los momentos que precedieron a su partida, me hizo bajar aceleradamente a la bodega, escondiéndome en sitio seguro y sólo de él conocido.

Yo no sé cuantas horas pasaría en aquella obscuridad, porque apenas me vi libre de mis pasadas angustias, me dormí tranquilamente, teniendo por cabecera el saco lleno de ropa y de dinero. Verdad es que me rendía la fatiga que me produjeron los tres días crueles de incesante lucha conmigo mismo, y las dos noches sin sueño y sin descanso hasta que me decidí a consumir el infame robo que debía causar la deshonra, la miseria y la muerte de mis padres.

Debo confesar que me costó algunas lágrimas dejar a Gaeta con el peso del crimen sobre mi conciencia; pero ya el mal estaba hecho; procuré olvidarlo, y rendido por el sueño reparador que se apoderó de mis sentidos, se borraron de mi alma tan tristes impresiones. Al siguiente día, cuando mi amigo entró a despertarme, ya era otro hombre. “De audaces es la fortuna” –exclamé para mis adentros. –Adelante y veremos adónde me lleva el viento de mi destino.

Aurelio me presentó al capitán, vistiéndole con galanos colores mi determinación de ser marino, y la sistemática oposición de mis padres. Sin embargo, me valió una fuerte reprimenda la escapatoria de la casa paterna y el haberme embarcado furtivamente, negándose a admitirme en la tripulación. Recibí con mal humor, aun

cuando con afectada sumisión, la reprimenda, porque me sublevaba todo yugo extraño y despótico, y el capitán era un tirano, de carácter duro y altivo. Hice que me inscribiera como pasajero en el roll, y satisficé el importe de mi viaje en primera cámara para poder estar más cerca de mi amada, con lo cual quedó contento y yo también, pues como compensación a la reprimenda sufrida, vi sobre cubierta, al salir del camarote del capitán, a la bella Rosina, que me dirigió una dulce sonrisa, resarciéndome su amor de todos los pesares sufridos hasta aquel momento.

CAPÍTULO V

Regreso a la patria

Proseguimos nuestro viaje sin novedad. Yo, que nunca me había embarcado sino a cortas distancias, parecía haber nacido en el mar según lo fuerte que mantenía sin cambiar la peseta, como vulgarmente se dice, lo cual admiraba a los pasajeros, pues todos, con muy cortas excepciones, iban mareados. Me hallaba en mi elemento, realizaba mis dorados ensueños; el mar era mi vida, mi alegría, mi más cara aspiración.

Dejamos atrás a Gibraltar, y dirigimos el rumbo hacia Canarias. El pico de Tenerife llamó mucho mi atención, y de buena gana me hubiera quedado en Santa Cruz hasta conocer la población; pero nuestra escala en aquellas aguas fue de cosas horas, y no nos dejó el capitán saltar a tierra. Continuamos por el Ecuador, y para no molestar vuestra atención con minuciosos detalles, os diré de una vez que surcamos el Atlántico de Este a Oeste, y con una feliz travesía nos encontramos en pocos meses en el Brasil.

-¡Tierra de proa! –gritó una mañana, al amanecer, el vigía que estaba montado sobre el bauprés.

A este grito conmovedor, todos los pasajeros, delirantes de alegría, subieron sobre cubierta, prorrumpiendo en exclamaciones de júbilo. Numerosasavecillas terrestres llegaron a saludarnos, y eran recibidas con ardientes muestras de gozo, pues se las consideraba como los correos mensajeros de la dicha, que iban a anunciarnos la proximidad a la tierra deseada, el puerto del

descanso, el término feliz de una larga y cansada navegación.

Viramos de bordo, y al poco rato estuvimos a la vista del gigante monótono que domina la ciudad.

Antes de entrar en su inmensa rada, pasamos por entre dos islas que la señalan, una de ellas, llamada isla redonda, siendo así que su forma es cuadrada. La magnífica vista de la ciudad y sus pintorescos alrededores, llamó extraordinariamente mi atención; era un cuadro tan bello y sorprendente, como yo no había visto jamás. Anclamos no lejos de Praya-Vermelha, después de salvar el paso de Botafogo, y pudimos desde allí contemplar la ensenada, en cuyos alrededores están construidas las elegantes casas de la mayor parte de los cónsules europeos, y donde ya tenía preparada la suya el padre de Rosina.

Se extiende la ciudad al pie de una inmensa montaña, que parece toca al cielo con su cúspide, a la que han dado el nombre masculino del *Corcovado*, y como si se hubieran complacido aquellos naturales en invertir el sentido de las palabras y en cambiar el significado de los nombres, dicen isla redonda a la que tiene forma cuadrada, así como a la única calle tortuosa de la ciudad, la llaman recta.

Nada más encantador que los campos de Río, que ofrecen una deliciosa perspectiva con sus bosques de palmeras y de naranjos, y por otro lado los *cafeteros*, como allí les dicen, y los campos de caña de azúcar, con inmensidad de jardines. Más allá se extiende la parte del mar con las preciosas islas llenas de lozano y floreciente verdor.

Cuando salté a tierra, estaba ya consolado por completo, y muy satisfecho de mi determinación. El

espectáculo que ante mi vista se ofrecía me enajenaba, alegrándome cada vez más de haber recobrado mi libertad con aquel súbito arranque de independencia. La libertad, el amor y la riqueza, eran los tres sueños de mi vida y ya los veía casi realizados.

De tal manera me arreglé durante la travesía, que pude ocultar mis amores con Rosina, y sus padres, que nada sospecharon, no tuvieron inconveniente en ofrecerme su casa y su amistad, oferta que acepté con júbilo.

Me instalé por de pronto en una detestable hostería de la plaza *do Rocio*, que era por entonces de las mejores de Río-Janeiro, y a pesar de las instancias de Aurelio, del capitán para que me volviese con ellos haciéndome marino, según me habían prometido, determiné por entonces quedarme en el Brasil y así lo hice, dándoles, sin embargo, esperanzas de que más adelante haría uso de sus buenos consejos.

Me separé de ellos y al fin me quedé solo, en país desconocido y frente a frente con mi destino. Tenía dinero, es verdad; pero ¿qué empleo iba yo a darle en una ciudad donde todo me era extraño, y de la cual no conocía ni las costumbres ni las personas?

Quizá por la primera vez de mi vida pensé con juicio, queriendo emplear mis fondos en algo útil y de resultados positivos, con la idea de aumentar el capital, para crearme una posición que me permitiese aspirar a la mano de Rosina.

La fortuna me favoreció en esta parte, pues en la misma casa donde yo estaba hospedado había unos franceses, que se proponían explotar una mina de diamantes, pero no tenían los fondos necesarios, y me asocié a ellos, emprendiendo el negocio en grande escala. Las más risueñas esperanzas me halagaban y todo fue

viento en popa durante año y medio, excepto mis amores que estaban en baja.

Rosina, coqueta como lo son generalmente todas las mujeres a su edad, pues apenas tendría diez y seis años, se encaprichó con un finchado portugués, que halagó su vanidad, ofreciéndola con su mano y su fortuna el título de marquesa. Ella aceptó la brillante posición que ambicionaba y se casó con él dejándome plantado con la mayor frescura. Me enfurecí lo que no es decible, traspasando los límites de la conveniencia, de tal modo que sus padres se enteraron de nuestros secretos amores y me hicieron arrojar de su casa, cerrándome sus puertas para siempre: tuve que resignarme por fuerza con mi suerte, pero no sin maldecirla y renegar del amor de las mujeres. A fin de olvidar aquel grave disgusto y no pensar en la pérfida causa de mi desesperación, me entregué de lleno a mis pasiones favoritas, el vino y el juego. De tal modo me cegué en este último desastroso vicio, que al cabo de medio año había perdido todo mi capital, incluso la parte que tenía en la mina de diamantes, que explotaban mis compañeros con gran fortuna.

Empecé a odiarme a mí mismo, y a renegar de Río-Janeiro, que tan bello me había parecido dos años antes. Es verdad que no hay país más inhospitalario. Los extranjeros suelen ser admitidos una vez por compromiso si llevan cartas de recomendación; pero no los vuelven a recibir más: es muy difícil hacer amistades y mucho más difícil, todavía, ganarse la vida no teniendo dinero. Abundan tanto los negros y mulatos, que sólo hay trabajo para ellos, llegando continuamente buques cargados de negros que venden en el mercado por un pedazo de pan. Toda persona medianamente acomodada, tiene numerosos esclavos, tanto que en algunas plantaciones los cuentan

por miles. Imposible me fue procurarme ocupación, ni trabajo que me proporcionara los medios de subvenir a mis necesidades más precisas.

Ya me encontraba exhausto de recursos, sin un pedazo de pan y lleno de la más negra desesperación, cuando quiso mi buena fortuna que al dirigirme un día al muelle me encontrase de manos a boca con mi amigo Aurelio, que loco de alegría me dio un estrecho abrazo, diciéndome:

-Ahora te vendrás con nosotros; yo soy ya contraamaestre, he ascendido, y podré hacer que el capitán te dé una plaza de marino.

-Acepto –exclamé con júbilo, dirigiéndome con mi amigo a la rada, donde estaba anclada la goleta.

Dos días después vestía el uniforme de los marineros de la “Santa Lucía” y nos hacíamos a la vela con rumbo a Gaeta.

Soplaba una fresca brisa del Oeste, que pronto nos echó fuera de la rada; perdimos de vista el Corcovado, cuya gigantesca cima parecía hundirse poco a poco entre las olas, y nos encontramos frente a frente con la inmensidad. Ya la risueña costa del Brasil se asemejaba a una faja de bruma escondiéndose en el horizonte, y bien pronto sólo contemplábamos el cielo y el mar.

Con fortuna atravesamos el Atlántico, porque el viento nos fue favorable durante el viaje, y llegamos a Gaeta antes de lo que yo hubiera querido, pues conforme nos íbamos acercando a las costas de mi país natal, de aquella Italia que abandoné de tan deplorable manera, mi corazón se iba oprimiendo al recordar a mis padres y el cruel abandono en que los dejé. ¿Qué les habría pasado? ¿Vivirían aún, o acaso habrían sucumbido a la pena de mis

súbita desaparición? Estas dudas traspasaban mi alma de dolor.

Como todo se gasta con el uso, mi sed de viajes, de aventuras y de amores se había extinguido a fuerza de sufrir desengaños y terribles dolores en aquella época borrascosa de mi vida.

Me vi tan solo, que eché de menos la familia, y al volver, cual hijo pródigo, a implorar el perdón de mis padres, presentía mi alma que una barrera insuperable debía separarme de ellos. ¿Cuánto habrían sufrido por mi causa? ¿Cómo me acogerían? ¡Ah, cuán loco, cuán ciego, cuán desatentado estuve al obrar tan de ligero, sin pensar en las consecuencias de mi funesto extravío!

Absorto en estas penosas reflexiones, dimos vista a Gaeta, al pequeño y querido puerto donde se meció mi cuna y transcurrió mi juventud. Aurelio se me acercó, y notando en mis ojos huellas de llanto, me dijo con su franca y cordial alegría:

-¡Hola! ¡Camarada! ¿Qué es eso? ¿Te conmueve el regreso a la patria?

Y como mi llanto continuase, añadió:

-¡Ea, fuera penas! Eso no es digno de un bravo marino de la “Santa Lucía”.

-¡Es que recuerdo a mis padres! No he sabido de ellos desde que me marché. ¿Tú tampoco los habrás visto?

-No, amigo; jamás entro en Gaeta. Ya sabes que tengo mi familia en Génova, y únicamente cuando vamos a aquel puerto y nos detenemos allí, es cuando pido permiso al capitán para saltar a tierra y pasar unos días con mi familia.

-Yo quisiera pedirte un favor –dije a mi amigo.

-Bueno, lo que quieras –me contestó; -entre camaradas, es cosa corriente servirse unos a otros.

-Pues bien; vas a acompañarme esta noche. Entraremos juntos en la ciudad, y tu te adelantarás a prevenir a mis padres.

-Con mil amores –me dijo Aurelio; -pero no podemos saltar a tierra hasta dentro de dos horas lo menos, cuando se hayan concluido las faenas del desembarque.

Así fue, en efecto. Serían las nueve de la noche, cuando, con el permiso del capitán, tomamos el bote y saltamos a tierra. Mientras que Aurelio, deseoso de servirme, se dirigió a mi casa, yo me quedé lleno de tristes presentimientos en el malecón, paseando de arriba abajo y dirigiendo al mar mi dolorosa mirada, como si fuera el único refugio de mis penas.

Presentía mi corazón una horrible desgracia, según lo oprimido que estaba. Aurelio volvió al cabo de una hora, durante la cual pasé las mayores angustias.

Al verle llegar le tendí los brazos, pero me rechazó con dureza: estaba transformado; ya no era el mismo hombre, y me dijo con un acento en que se traslucía la cólera y el enojo:

-Pudieras haber sido franco conmigo, y no hubiera apadrinado a un miserable. Sin embargo, te perdono porque veo lágrimas en tus ojos, lo cual me prueba que no tienes el corazón endurecido.

Bajé la cabeza abrumado por el peso de aquella justísima reconvención, y Aurelio prosiguió:

-Tu no puedes quedarte en Gaeta; tienes una causa criminal, y si te descubren irás a presidio.

-¡Pero y mis padres! –exclamé en el colmo de la ansiedad.

-Tu madre murió del dolor que le produjo tu fuga y la prisión de su marido, que estuvo dos años en la cárcel acusado de haber robado la caja; pero al cabo de este

tiempo se probó su inocencia y le pusieron en libertad, convenciéndose todos de que tú habías sido el único ladrón. El infeliz anciano cedió a la casa cuanto tenía, y salió de la cárcel pobre, miserable y enfermo, sin poderse dedicar a ninguna clase de trabajo que le permitiera ganarse el sustento.

-¿Y dónde está? ¿dónde está? Quiero verle –exclamé en el colmo de la agonía.

-Me han dicho que está en Capri, recogido de caridad en casa de un amigo.

-¡Ya sé quien es! Mi padrino –repuse al punto.

-Era tan generoso y tan bueno, que no puedo dudar un momento. Iré a su casa, aun cuando me arredra su carácter severo; pero yo no puedo vivir sin obtener el perdón de mi padre.

-Te advierto que harás bien en no parecer por la goleta, pues si el capitán sabe que un marinero de la “Santa Lucía” ha sido un ladrón, que ha causado la muerte de su madre, te arroja al mar.

-¡Piedad! ¡piedad! Tus palabras me matan –dije con desgarradores sollozos.

-Hablo con la ruda franqueza del marino; yo también te retiro mi amistad. ¡Adiós! El cielo te perdone el mal que has hecho.

Quise estrecharle la mano, pero la rechazó duramente, y sin volver la cabeza se dirigió a desatar el bote que estaba atracado al muelle, tomando rumbo hacia la “Santa Lucía”.

Caí en tierra abrumado por el peso de mi dolor. No sé cuántas horas pasé en ese estado de aturdimiento que sigue a una gran desgracia. El frío de la madrugada me hizo recobrar el sentido. Me levanté rápidamente del pie del árbol donde había pasado la noche, y con el instinto

natural de conservación que a todos nos anima, me lancé fuera de Gaeta, para evitar que alguien me conociese y me denunciara, tomando el camino de Nápoles, donde llegué antes de ayer, trasladándome inmediatamente a Capri.

Con la idea de buscar a mi padre y de obtener su perdón, me dirigí a casa de mi padrino, sin perder un instante; pero ¡desgraciado de mí! Otro durísimo golpe me estaba reservado. ¡Mi padre ha muerto hace ocho días, y ha muerto maldiciéndome! Mi padrino me arrojó de su casa sin querer oírme, y me lancé a la playa loco de dolor y de desesperación.

Hasta para morir fui cobarde; quise ahorcarme de un árbol y no sé qué funesta ilusión me lo ha impedido. Solo, desesperado, sin familia, sin hogar, sin un pedazo de pan, con la muerte en el fondo del alma y la maldición paternal sobre mi cabeza, me lancé en una lancha para venir desde Capri a Nápoles.

La tempestad rugía en lontananza, creí perecer y buscaba con alegría la muerte entre las olas embravecidas; pero también me salvé, no sé cómo. Sin duda debo expiar en este mundo mis pecados, porque al recobrar los sentidos me hallé en vuestros brazos, que me han protegido creyéndome un desgraciado, y al ver que soy un criminal, me maldecirán también y me arrojarán de su casa, con muchísima razón...

Aquí terminó Alfieri su relato. Los sollozos desgarraban su pecho, y su congoja era tan grande, que fue preciso llevarle a la cama, procurando toda la familia consolarle con dulces y cariñosas palabras. Al infeliz nada le bastaba; eran inútiles todos los bondadosos esfuerzos que hacían para mitigar su dolor.

No tardó en declararse una fiebre violentísima que puso en cuidado a Pietro.

Los remordimientos y el pesar le ponían a las puertas de la muerte.

Nada causa más estragos en la frágil naturaleza humana, que la conciencia cuando se despierta pujante y vigorosa, presentando a la vista los males que por imprevisión o por maldad se han causado a personas inocentes que merecían el respeto, la estimación y el amor.

CAPÍTULO VI

Sonambulismo espontáneo⁴

Ocho días transcurrieron; Alfieri sufría unas fiebres nerviosas que le tenían sumido en el lecho del dolor. Agitado, convulso, sin conocimiento de sí mismo ni de cuanto le rodeaba, se iba acercando lentamente a una dolorosa agonía. Los médicos que le asistían declararon que estaba tan próxima su muerte, que quizá no llegase a ver la aurora del nuevo día.

Este suceso afligía sobremanera a la familia de Pietro. Marietta, sobre todo, se multiplicaba por atender al enfermo y a la casa, y Francesca, con otras amigas que la ayudaban, se encargó de la venta de los frutos en el Mercato Nuovo. Jacobo, que, como sabemos, tenía muy cerca su despacho, se acercó a preguntar a la joven por su padre creyéndole enfermo; pero ésta le contó la novedad que ocurría en su casa.

-¿Y por qué no me habéis asociado a vuestra buena obra? –dijo Jacobo. –Sabéis que me gusta ejercer la

⁴ No faltarán lectores que consideren este capítulo como un relato completamente fantástico e inverosímil, y para probarles lo contrario, creo bastará insertar aquí la opinión que acerca del magnetismo y sonambulismo emitió el P. Fr. Ceferino González, obispo de Córdoba, ene. libro quinto de su obra titulada Filosofía elemental:

“Desde luego nos parece inadmisibles y completamente infundada la teoría de la negación de la realidad de los fenómenos magnéticos. Sin negar que algunas veces haya habido colusión y fraude sobre esta materia, sería preciso echar por tierra las leyes morales de la vida social y adoptar un escepticismo histórico, tan contrario a la razón como al sentido común, pretender que centenares y millares de hechos, verificados unos en presencia de hombres prevenidos contra su realidad, de médicos, de académicos, de sabios; realizados otros en presencia de multitud de hombres honrados y de personas de todas clases, estados y condiciones, y atestiguados los más por hombres serios, en periódicos, revistas y libros de todo género, no eran más que fraudes o ficciones vanas sin realidad alguna. Sería, no solamente imprudente, sino temerario y absurdo, negar la autenticidad de hechos que tienen en su apoyo el testimonio de magistrados, obispos, sacerdotes, médicos, profesores, sabios, escritores y hombres de todas clases y condiciones”.

Esta explícita y terminante confesión, hecha por uno de los obispos más ilustrados y que más se han distinguido en nuestro país por sus trabajos filosóficos, entraña mucho más valor que cuanto pudiera decir quien esto escribe. –J.A.

caridad, siempre que puedo, y ahora mismo voy a ofrecer mis servicios al Sr. Pietro.

Efectivamente, así lo hizo.

Cuando Francesca, terminada la venta, bajó a su casa, le encontró instalado a la cabecera del lecho de Alfieri.

El pobre joven se agitaba con las ansias de la agonía. Dirigióse Francesca hacia él, procurando Marietta apartarla de su propósito, porque como buena madre temía que la fiebre de Alfieri fuese contagiosa, por cuya razón no la dejaba nunca acercarse; pero insistió tanto la bondadosa niña, formando tan decidido empeño, que sus padres le permitieron al fin pasar, viendo ya las lágrimas en sus ojos.

Avanzó lentamente, clavando su ardiente mirada en el enfermo con el más vivo interés. A su lado ya, le tomó una mano que estrechó con pasión entre las suyas y continuó mirándole con profunda lástima, diciendo con voz dulcísimo y conmovedor acento, que pareció penetrar hasta lo más íntimo del alma del joven Paolo:

-¡Paolo! ¡amigo mío! ¿sufrís?

Las convulsiones que le agitaban cesaron como por encanto, suspendiese súbitamente el ronco estertor de su pecho, sus ojos se abrieron, clavando una mirada indefinible en la mirada de Francesca. Un poderoso fluido magnético debió infiltrarse en su ser, porque volvió a cerrar los ojos, estrechó con fuerza las manos de la joven y lanzando un profundo suspiro, pareció dormirse con la más dulce tranquilidad.

-Esto es maravillosos –dijo Jacobo, poniéndose en pie y contemplando absorto al enfermo. –Hace una hora que le estoy viendo sufrir horribilmente, y al solo contacto de Francesca, sus dolores callan, su agonía cesa y se queda dormido.

-Será la tranquilidad de la muerte- dijo Marietta, acercándose por el otro lado de la cama.

-Eso debe ser; ¡Pobre joven! –añadió Pietro, acercándose también. Los dos médicos que le asisten se han despedido ya, dejándole como cosa perdida; dicen que morirá esta noche, por lo cual he avisado a la iglesia de Santa Clara, para que venga un sacerdote y traiga la Extremaunción.

Un suave estremecimiento de Alfieri aproximó a todos en torno suyo. Algunas vecinas que habían entrado en el aposento se acercaron también, creyendo verle exhalar el último suspiro; pero con inmensa sorpresa se quedaron admirados al oírle exclamar con voz dulce y clara:

-¡Francesca!

Hacía ocho días que no pronunciaba una palabra inteligible. Sólo roncós gemidos se escapaban de su pecho.

-¿Cómo os sentís, amigo mío? –murmuró Francesca.

-Mucho mejor –contestó el enfermo. –Tú me das la vida.

Sus palabras, su acento, la expresión de su rostro, todo anunciaba una súbita transformación.

-Pero ¿está despierto o dormido? –decía Jacobo, que estaba más próximo y le miraba con gran atención.

-¿No podéis abrir los ojos? Miradme –exclamó Francesca, sin soltarle las manos.

-Los abriré, si tú quieres; pero estoy dormido.

-¿Dormido y habláis? Vamos, Paolo, volved en vos.

-Y la tutea –decía Marietta. –Se permite esa confianza porque está a las puertas de la muerte.

-¡Francesca va a salvarme! –murmuró el enfermo con voz débil.

Los circunstantes, sorprendidos, se miraban unos a otros.

-¡Ojalá pudiera! –exclamó Francesca.

-Pues no lo dudas –continuó diciendo Alfieri

-¿Tú quieres salvarme, amiga mía?

-¡Ah! Cualquier sacrificio haría por conseguirlo.

-Pues bien, escucha. Vas a traerme la flor de Palestina, aquella que recogíamos en el monte Ida, cerca del Éufrates. Tú no te acordarás de aquellos dichosos días.

Todos se miraban con asombro.

-¡Delira! –decía el buen Pietro. –Lleva tantos días sin conocimiento y sin habla, y ahora no pude confesar porque no sabe lo que se dice.

-Y ¿dónde encontraré esa flor que puede curaros? –preguntó Francesca, sin hacer caso de las palabras de su padre.

-En tu huerta la tienes; en la pared que mira a Poniente, donde está aquel granado gigantesco a cuya sombra acostumbras a veces sentarte. Por su grueso tronco verás trepando unas ramitas verdes con flores encarnadas: aquélla es la flor de Palestina. Recoges un poco, la haces hervir en agua del mar y me la aplicas al pecho y a la cabeza.

-¿Y esto os curará? –preguntó con insistencia la joven.

-Mañana estaré bueno. Ve, querida Francesca; sal de casa antes que el sol se oculte, pues ya va acercándose al Occidente.

Nuevo motivo de estupefacción en los circunstantes. La alcoba donde estaba acostado Alfieri hacía ocho días, no tenía ventanas al exterior, estaba iluminada solamente por las segundas luces de la puerta, y el enfermo no había

estado en su conocimiento en todo aquel tiempo. ¿Cómo podía saber la altura en que se encontraba el sol?

-¿Pues sabéis vos la hora que es? –exclamó Francesca, leyendo esta pregunta en los ojos de todos.

-Antes de dos minutos serán las seis –contestó con perfecta seguridad el enfermo.

Una de las vecinas que estaba escuchándole llena de la más viva curiosidad, salió rápidamente a la calle a preguntar la hora que era; pero no tuvo necesidad, porque un reloj de torre empezó a dar con acompasado son las campanadas. Llena de asombro volvió a entrar con las manos juntas y la más viva sorpresa pintada en el rostro, anunciando que aquello era milagroso.

Francesca, sin más vacilar, se dispuso a marcharse a la huerta, a pesar de la oposición de sus padres, que creían un delirio las palabras de Alfieri.

-Dejadme, por Dios, padres míos –exclamó la joven. Si este infeliz muere, que no nos quede ningún remordimiento; cumplamos su última voluntad.

Y se dirigió con rapidez a la calle, seguida de unas vecinas que la acompañaron, encaminándose a la huerta sin perder momento.

Ya era de noche cuando llegaron; pero los tranquilos rayos de una luna espléndida y hermosa iluminaban el firmamento y la tierra, mostrando claramente al pie del granado las flores de Palestina que anunciara Paolo en su sueño maravilloso.

-Pronto vamos a ver si es cierto que estas flores curan la fiebre –dijo Francesca arrancando cuantas vio por allí y formando con ellas un abultado ramo.

-¡Si parece cosa de magia! –exclamó una de las vecinas.

-¡Oh, si esto es verdad, diremos que ese joven es hechicero! –añadió otra.

-Con seguridad que se dirá; pero yo creo que todas estas cosas las hace Dios –decía Francesca saliendo de la huerta y dirigiéndose al mar, con paso apresurado.

-¿Adónde vamos por ahí? –preguntó una de las vecinas; -¿no es más recto este camino de Villa-Agrippina? Subamos por la calzada y llegaremos antes.

-Si tenemos que coger agua del mar para hervir las flores –exclamó Francesca.

-¡Ah! ¡es verdad! –repuso la vecina. –Pues no me acordaba de esta circunstancia.

Poco después tomaban el agua y seguían su camino, con toda la celeridad posible. Sin embargo, eran ya más de las nueve y media de la noche cuando llegaron a casa.

Pietro, sumamente inquieto por su tardanza, había salido a buscarlas, renegando que hubiesen dado crédito a una fantasía que juzgaba efecto del delirio; pero ellas llegaban por una calle, y Pietro iba por otra.

Esta circunstancia la hizo notar Alfieri, que dijo con voz pausada y débil:

-Francesca viene ya por la calle de Chiapa y Pietro va a buscarla cruzando la de Toledo, por lo cual no se encontrarán; pero esta casualidad ha de ser beneficiosa para Pietro, porque Francesca, en su precipitación por venir pronto, se ha dejado abierta la puerta de la huerta, y ya están allí varios de los animales de las huertas vecinas, que dejan sus dueños pastando a la ventura y destrozarían los frutos si Pietro no llegase a tiempo de impedirlo, que sí llegará, porque le veo marchar muy deprisa.

Esto tenía lugar a eso de las nueve y media. Poco después llegó Francesca, la cual, sin entrar en la alcoba, se fue a la cocina a poner en infusión las flores, avivando la

lumbre sus amigas para que hirviesen pronto. Las buenas mujeres estaban llenas de curiosidad por conocer el resultado de aquel maravilloso remedio.

Francesca la dejó al cuidado de la infusión y se dirigió al aposento del enfermo.

En el momento de aproximarse al lecho, Alfieri, sin abrir los ojos, le sonrió y le tendió las manos con gratitud, exclamando:

-¡Gracias! ¡gracias! Ahora despiértame; este sueño me ha hecho mucho bien.

-¿Y cómo he de despertaros si no dormís? ¡Me asombráis! –murmuró la joven.

-Dime con toda la fuerza de tu voluntad: DESPIERTA y ponme las manos en la frente.

Francesca lo hizo así y el enfermo abrió los ojos con esa pesadez y enervamiento que se siente al despertar de un profundo sueño.

Se pasó la mano por la frente y se incorporó en la cama, aunque con mucho trabajo por su estado de debilidad general.

Con el mayor asombro miró en torno suyo, fijándose primeramente en Francesca que estaba más próxima, después en Jacobo y Marietta, y, por último, en las vecinas que se agrupaban a los pies de la cama.

-¡Dios mío! ¿qué me sucede? –murmuró pasándose la mano por la frente y retirándola empapada en sudor. - ¿Cuánto tiempo he dormido? Porque me acabo de despertar de un sueño largo, ¿no es cierto?

-No lo sabemos –dijo Marietta; -yo creo que estabais despierto, pues habéis dicho muchas cosas.

-Sería en sueño –murmuró el enfermo. –Os aseguro que acabo de despertar en este momento.

-Es verdad que habéis hablado bastante –añadió Francesca, sonriendo.

-¿Pero no os habrán ofendido mis palabras? Si así fuera, perdonadme.

-¡Qué disparate! Ofender, de ningún modo –contestó Francesca. –Pero ¿os sentís mejor?

-Me encuentro perfectamente; sólo siento un dolor terrible de cabeza y una falta de fuerzas tan extremada, que no me permiten ni aun estrechar vuestra mano. ¿Veis? –exclamó queriendo hacerlo con la efusión de una viva gratitud.

-Bien, pues acostaos –añadió Francesca. –Voy a traer ahora mismo las flores de Palestina, que os han de poner bueno.

-¿Qué flores son esas? Nunca las oí nombrar –dijo Alfieri asombrado.

-Ni yo tampoco –contestó la joven. No las conocíamos por ese nombre, pero en adelante no tendrán otro. Vos mismo, en ese extraño sueño, las habéis significado como el medicamento salvador que os ha de dar la vida y la salud.

-¡Ah! Pues entonces, si ha sido soñando, no hagáis caso –repuso el enfermo. -¡Quién se fía de sueños!

-¡Tiene razón! Lo propio digo yo –añadió Marietta.

Alfieri, después de esta conversación, pareció quedar un momento aletargado. Entretanto, discutían las vecinas con Marietta, si debía tomarse en cuenta aquello que juzgaban un sueño o un delirio producido por la fiebre; pero su asombro subió de punto cuando, algún tiempo después, llegó Pietro con la llave de la puerta en la mano, reprendiendo a su hija porque se había dejado la puerta abierta y ya estaban las caballerías de la vecindad comiendo en los cuadros de verduras.

-Hace más de dos horas que nos dijo eso Alfieri –dijo estupefacta Marietta. –Exactamente, como si lo hubiera estado viendo, nos ha referido lo que acabas de decir.

-¿Es posible semejante maravilla?

Como es de suponer, no escasearon los comentarios, recordando todos los detalles y las palabras más insignificantes que había pronunciado Paolo.

Francesca aprovechó aquellos momentos en que estaban entretenidos en su conciliábulo para aplicar al enfermo las flores de Palestina. Instantes después dormía el joven profundamente.

Causó no poca sorpresa a los circunstantes la escena que acababan de presenciar. Para aquella buena gente de tan escasa instrucción, lo sucedido les parecía maravillosos, y particularmente las vecinas, curiosas y habladoras en demasía, lo propalaron por todas partes. El caso se comentó corriendo de boca en boca, acudiendo muchas personas a cerciorarse por sí mismas, y en particular los médicos que habían asistido a Alfieri, deseosos de conocer aquel fenómeno; pero el efecto sonambúlico no se repitió, porque Francesca huía de acercarse a Paolo, no pudiendo por lo tanto ejercer su influencia magnética. Esto lo hacía la joven instintivamente, sin poderse explicar la causa que la movía a guardar una prudente reserva.

Jacobo, por su parte, no participó de la opinión general, dudando del hecho, que atribuían los más ignorantes a sortilegio, y otros a farsa, no pudiendo ninguno comprender aquel extraño fenómeno del que no tenían la menor idea.

En aquellos tiempos de atraso y de ignorancia, parecía maravilloso lo que hoy se mira como una cosa natural. ¿Qué persona regularmente ilustrada no conoce en

el día los notables fenómenos producidos por el sonambulismo?

Tres días después, ya pudo Paolo dejar el lecho, sino del todo restablecido, habiendo entrado en franca convalecencia.

CAPÍTULO VII

Despedida

A Jacobo Prats le preocupaba mucho la situación del infortunado Alfieri, cuyos detalles conocía por habérselos referido Pietro. Aquel pobre joven, sin fortuna, sin porvenir y sin familia, con el alma lacerada por crueles remordimientos, le inspiraba la más afectuosa y tierna simpatía. Le visitaba diariamente durante su convalecencia, alternando con la familia en los cuidados y atenciones que se le prodigaban y a que se hacía acreedor por su desgracia y por su sincero arrepentimiento. No pasaba día sin que llorase a sus padres, deplorando la ceguedad que le había conducido al extremo de haberles sumido en la miseria y de ser la causa de su muerte.

Según iba mejorando su salud y recobrando con ella las perdidas fuerzas, Francesca huía de su lado, encerrándose en su cuarto, donde pasaba largas horas entregada a la meditación y al aislamiento.

Una noche llegó Jacobo, en ocasión en que habían terminado su modesta cena Pietro y Marietta, acompañados de Alfieri, que ya se hallaba en disposición de sentarse a la mesa.

Jacobo saludó a todos afectuosamente al entra.

-Muy buenas noches, querido amigo –le dijo Paolo, levantándose y estrechando su mano con el mayor cariño.

-Pues ¿y Francesca? –preguntó Jacobo con vivo interés, al notar la ausencia de la joven.

-No ha querido cenar –dijo Marietta; -se sentía algo indispuesta y se ha quedado en su cuarto.

Alfieri bajó la cabeza, por su frente cruzó una ráfaga de tristeza. El retraimiento y desvío de Francesca le tenían inquieto, no pudiendo explicarse la causa de aquella súbita mudanza.

Jacobo, después de tomar asiento y hablar un rato de cosas indiferentes, manifestó a Alfieri que había pensado mucho en su suerte y le proponía el medio de que adoptara una ocupación, con la cual pudiera ser útil a la sociedad y a sí mismo.

-Señor Jacobo –dijo Pietro muy conmovido, -venga esa mano, sois un gran hombre y acabáis de quitarme un gran peso de encima, porque yo no sabía qué hacer de este chico.

-¡Cuán bondadosos! –murmuró Alfieri juntando las manos con expresión de viva gratitud. -¡Con qué podré pagaros el interés y las atenciones que me demostráis!

-Con ser bueno y honrado en adelante –dijo Pietro. – Toda una vida de abnegación y de sacrificio, no bastaría a satisfacer deuda tan grande.

-¡Oh! ¡Sí, sí; lo prometo! –murmuró con efusión Alfieri, convencido en el fondo de su alma de que podría vencer sus malas inclinaciones.

-Pues he aquí el plan que me propongo –dijo Jacobo. –Veremos si merece vuestra aprobación.

La Compañía que represento acaba de comprar unos buques para empelarlos en el transporte de mercancías a las Indias. Uno de ellos está en el puerto disponiéndose para emprender enseguida su primer viaje. Se llama *El Maltés*, porque ha pertenecido a la matrícula de Malta. Estoy ocupándome en tripularle y tengo ya nombrada toda la gente, desde el capitán hasta el último grumete; me falta sólo el contramaestre, cuya plaza he reservado para Alfieri.

Al escuchar tan lisonjera proposición, pintose en el rostro del joven la emoción más viva; sus ojos brillaron expresando inmensa satisfacción y la más noble esperanza, no encontrando palabras con que significar su agradecimiento y apresurándose a aceptar un destino que le causaba la mayor alegría.

-¿Y sabrá desempeñarlo? –dijo Pietro, pareciéndole demasiado para un joven desconocido, que apenas tendría ligeras nociones de náutica.

-¡Ah! En cuanto a eso, no temáis –murmuró Alfieri. – Os aseguro que sabré desempeñar dignamente, no sólo ese puesto, sino aunque fuera el de capitán, porque tengo instrucción bastante para ello. He pasado mi vida entre marineros; nací en puerto de mar, y como mi solo afán eran los barcos y mis únicos amigos los marinos, he estudiado y aprendido con verdadero afán toda la náutica. Además, he hecho diferentes viajes en mi adolescencia, y recientemente uno a Río Janeiro, que me ha servido de práctica a los conocimientos teóricos que tenía; pero no me tengáis ninguna consideración, porque yo no merezco tanta bondad. Encargad al capitán que si no desempeño a satisfacción suya mi cometido, que me deje de simple marinero. Me basta el último puesto en el buque para demostrar mi arrepentimiento y mi deseo de ser hombre de bien, que es lo principal.

Estas palabras, dichas con la mayor sinceridad, devolvieron la confianza a Pietro y alegraron no poco a Marietta, que había llegado a profesar al joven verdadero afecto.

A poco se despidieron. Jacobo se marchó, y antes de recogerse Marietta en su cuarto, subió al de Francesca a ver cómo estaba y al propio tiempo a participarle la dichosa nueva de que Alfieri estaba colocado de

contra maestre en *El Maltés*, buque mercante de la Compañía de las Indias, de la cual era consignatario el Sr. Jacobo, quien le había proporcionado aquella plaza.

Francesca escuchó a su madre con profunda atención, sin dar muestras ni de alegría ni de pesar; pero de su pecho se escapó un hondo suspiro, que no fue dueña de contener. ¿Qué pasaba en el alma de la inocente niña? ¿Qué negra nube había llegado a empañar el risueño cielo de su puro candor?

Marietta no se supo explicar la actitud reservada de su hija, ni sospechó siquiera los sentimientos que podría abrigar hacia Alfieri. Sin embargo, se retiró muy pensativa, y no pudo dormir en toda la noche. Tampoco durmió Francesca, sintiéndose agitada por un malestar indefinible, del que no podía darse una explicación satisfactoria. Diferentes pensamientos agitaban su imaginación. Si madre e hija no pudieron conciliar el sueño, ¿se entregaría Alfieri a blando reposo? No era posible. Tenía muchos más motivos para el insomnio. Así es que los primeros rayos del alba le sorprendieron aun despierto.

No le sucedió lo mismo al buen Pietro. Su pesadilla era la suerte del joven huérfano; su situación le angustiaba, y al verle ya colocado y resuelta, por lo tanto, aquella espinosa dificultad, pudo ya entregarse con la conciencia serena y tranquila al apetecido descanso. Hízolo así, en efecto, levantándose muy alegre a la madrugada del siguiente día. Sin detenerse, se fue al cuarto de Paolo, frotándose las manos con satisfacción.

-¡Ea, amigo mío! -le dijo con su franca rudeza, -ya es hora de levantarse; vámonos al mercado y veréis al señor Jacobo en su despacho junto a mi puesto de frutas.

-Con muchísimo gusto –contestó Alfieri saltando de la cama y restregándose los ojos perezosamente, como quien no ha dormido en toda la noche y comenzaba a gustar de las dulzuras de un blando y apacible sueño.

Instantes después salieron a la calle y ya estaba Francesca asomada al balcón. El círculo morado que rodeaba sus ojos, denunciaba una noche de insomnio y de fatiga. Alfieri levantó la cabeza y la vio, saludándola con una expresiva sonrisa; pero la joven apartó la mirada de aquella dirección, como si no le hubiera visto.

-¡Dios mío! –murmuró Alfieri para sus adentros; - ¿estará enfadada conmigo? ¿Qué tendrá? No me remuerde la conciencia de haberla ofendido. –Y volviéndose hacia el anciano, añadió en voz alta:

-Señor Pietro, ved a Francesca ya en el balcón; ¡qué madrugadora!

-¡Calle! ¡pues es verdad! –repuso el anciano, alzando la cabeza para mirar a su hija.

Francesca le sonrió, saludando entonces a los dos con un ademán afectuosos.

-¿Qué novedad es ésta? ¿Cómo te levantas tan pronto, hija mía? ¿Estás mejor? Como anoche te acostaste sin cenar, por estar algo indispuesta, me sorprende verte ya en el balcón, cuando el fresco de la madrugada pudiera serte dañoso.

-No lo extrañéis, padre mío; son muy agradables las brisas del mar al nacer la aurora; por eso estoy aquí y me encuentro efectivamente mejor, más tranquila que anoche. ¿Ya os vais al mercado?

-Sí; me llama la obligación, y al mismo tiempo me llevo a Paolo, para que visite al señor Jacobo. Adiós, hija mía, hasta luego.

Paolo saludó a la joven con una expresiva demostración de afecto, a que ésta contestó muy fríamente, mientras que envió a su padre un cariñoso beso con la punta de los dedos.

Conforme bajaban hacia la calle de Toledo, Paolo, que iba detrás, volvió diferentes veces la cabeza para mirar a Francesca. Ella no separó los ojos de aquella dirección hasta que dieron vuelta a la esquina, pero no correspondió a su último saludo. Cuando se retiró del balcón, su rostro estaba inundado de lágrimas. Acongojada, presa de una angustia indefinible y desconocida, fue a arrodillarse ante el altar que tenía cerca de su cama, en el cual figuraba un cuadro que representaba la imagen de San Pablo. Elevó las manos en actitud de súplica hacia el santo Ermitaño, pidiéndole calmase aquella inquietud que le agitaba, y luego volvió los ojos a la Madonna, que en el mismo altar representaba una pequeña escultura, y murmuró con lágrimas en los ojos:

-¡Santísima Madonna! ¡Venerable San Pablo! Amparadme los dos, borrando de mi alma esta funesta impresión. Yo no sé lo que siento; yo no sé por qué sufro; pero es la verdad que siento y que sufro de una manera superior a mis fuerzas. ¡Ese hombre me hace mucho daño! Su mirada me fascina, su voz me encanta, toda su persona tiene para mí un atractivo tan irresistible, que no puedo dominar la emoción que me produce su vista. Quiero rechazar su imagen y no puedo; parece que está grabada en mi alma con fuego; por doquiera me persigue, y desde que está en esta casa, el sueño huye de mis ojos y la tranquilidad de mi alma.

-¡Amparadme, Santísima Madonna! ¡Consoladme, venerable san Pablo, en esta profunda aflicción!

Después de elevar su ferviente ruego, inclinó la cabeza sobre el pecho, permaneciendo arrodillada y quedándose pensativa y triste. En esta actitud la sorprendió Marietta, que cuidadosa por la salud de su querida hija, entraba tan temprano en su habitación, llevándole un vaso de espumosa leche, con unos rosquitos que a la joven le gustaban mucho y que acostumbraba tomar todas las mañanas para el desayuno.

Viéndola Marietta en tan reverente postura, dejó el plato sobre la mesa y corrió hacia ella con los brazos abiertos, estrechándola afectuosamente contra su pecho.

-¡Hija de mi alma!, –exclamó; –¡sol de mi vida! ¡Tú tan temprano levantada y rogando a la Santísima Madonna! ¿Qué es esto, ángel mío? ¿Lloras? ¡Veo lágrimas en tus mejillas! ¡Ah! Tú tienes penas; cuéntamelas; tengo derecho a saberlas. ¡Soy tu madre y tú eres el encanto de mi corazón!

Y la noble anciana, verdaderamente afligida, secaba con sus besos las lágrimas de su hija.

Los sollozos de la joven se redoblaron al recibir las caricias de su madre, que continuaba diciendo:

-¡Tú siempre alegre y risueña! ¡Tú en cuya vida inocente no se ha deslizado nunca la más ligera nube de dolor, sientes ahora penas que descoloran tus mejillas y arrancan lágrimas a tus ojos!

La triste joven se había levantado y apoyaba la cabeza sobre el amoroso seno de su madre, rodeando su cintura con sus brazos, y así enlazadas, dejaron correr unos instantes, durante los cuales sólo se oyeron en la habitación los sollozos de Francesca. Aliviada su pena con el llanto, pareció más tranquila. Alzó la cabeza y subiendo los brazos al cuello de su madre, que rodeó amorosa, le dijo con voz entrecortada:

-¡Madre mía!... yo no sé lo que tengo. Es verdad que sufro; pero no acierto a conocer mi mal.

Ansiosa la pobre anciana, le puso la mano en la frente a ver si el excesivo ardor anunciaba la fiebre; pero estaba fresca. No era en la cabeza donde residía su enfermedad, era en el corazón. Presintiéndolo así Francesca, se puso la mano en el pecho, y dijo con acento persuasivo:

-Aquí está el mal; mi corazón late con violencia, y a veces le siento tan oprimido, que me hace daño; la emoción me ahoga y necesito, para respirar, desahogarme en llanto.

-Yo no puedo comprender ni explicar lo que padeces, hija mía –decía Marietta muy afligida. –Esos síntomas son alarmantes. ¿Y cuándo los sientes?

-Cuando menos lo pienso. Ahora mismo estaba tranquila en el balcón, cuando salió padre con ese joven marino que tenemos en casa hospedado. Verle y ponerme a temblar, todo fue uno; su presencia me causa una impresión tan profunda, que no la puedo explicar.

-¿Pero es agradable? ¿Es repulsión o simpatía?

-Las dos cosas a la vez: siento por él un vivo afecto y deseo al propio tiempo que se marche para no verle más.

-Pues, hija mía, pronto lo vamos a conseguir. Ya te dije anoche que el señor Jacobo le ha nombrado contra maestre de *El Maltés*, y esta misma tarde se irá a bordo.

Esta noticia inesperada produjo en la pobre niña un efecto desastroso. Su madre, que tan de buena fe se lo dijo creyendo aliviarla, vio que su hija se ponía pálida, temblorosa y de tal modo conmovida, que tuvo necesidad de sentarse en una silla porque las fuerzas le faltaron y no podía sostenerse en pie.

Aún con este nuevo dato no comprendió la bondadosa madre, que era sencilla en demasía, el mal que aquejaba a su hija.

-Vamos, hija mía; ya sientes mareos y debilidad; eso será la falta de alimento. Toma la leche y te pasará el malestar.

-¡Ay no, madre mía!, –exclamó Francesca exhalando un profundo suspiro; -no puedo tomar nada, me moriría.

Y corrió al balcón a respirar el aire libre, porque se ahogaba.

Aquel súbito dolor fue para la joven un rayo de luz. Comprendió entonces que su mal era de amor; ese misterioso sentimiento se había apoderado de su alma; y por eso la noticia de la pronta marcha de Paolo la conmovía tan profundamente; pero se calló, procurando desvanecer los celos de su madre, y poco después emprendió con ella las tareas cotidianas del arreglo de casa.

Pasó la mañana sin novedad. Al medio día volvió Pietro solo: Paolo se había quedado con Jacobo. Francesca miró con inquietud varias veces a la puerta esperando verle llegar; pero no preguntó por él.

Serían las cuatro de la tarde cuando se presentó acompañado de Jacobo y de una joven alta y bella, pero de maneras un poco desenvueltas. El honrado matrimonio y su hija se sorprendieron de aquella visita inesperada; pero, sumamente atentos, los mandaron sentar, y empezó al pronto una conversación general, en la que todos tomaban parte, particularizándose después entre unos y otros. Por último, tomó la palabra Jacobo para anunciar a la familia que Paolo iba a despedirse de ellos, pues aquella misma tarde se iría a bordo para tomar posesión de su cargo de

contra maestre, y en la madrugada del día siguiente, *El Maltés* se haría a la vela con rumbo a Montevideo.

A esta declaración siguieron las demostraciones tan naturales en aquel honrado matrimonio, que había tomado tanto cariño a Paolo. Francesca no dijo una palabra, pero bajó la cabeza y se la vio palidecer por grados.

-Y esta joven, ¿es parienta acaso de Alfieri? –dijo Marietta, que ya no podía contener su curiosidad después de haber estado luchando largo rato entre la prudencia y el deseo de dirigir la pregunta.

-Si recordáis mi historia –dijo Paolo con aire de tristeza, -os acordaréis de aquella Lucrecia que estaba de doncella en casa de Rosina.

-Es verdad –dijo Marietta, mirando a la recién venida con interés.

-A la que me ligaba un sagrado compromiso – continuó diciendo Alfieri.

-¡Ah! ¿Y es ésta aquella joven a la que disteis palabra de casamiento? –preguntó Pietro.

Paolo bajó la cabeza, como abrumado por el peso de su conciencia.

-Precisamente, es hija de un amigo mío –exclamó Jacobo. –han venido a mi casa encontrándose allí con Alfieri, y reconociéndose en el instante, me han dado ocasión para iniciarme en el misterio de sus amores.

La palidez de Francesca aumentaba por momentos, agitando sus miembros un marcado temblor nervioso.

-Al prometer Paolo hacerse un hombre de bien – continuó Jacobo, -su primer deber es cumplir con sus compromisos morales, dando así la paz a su alma y haciendo feliz a esta joven, que ha sido desgraciada por su causa.

-¡Hola! ¿Conque entonces viene a presentárnosla como su prometida? –exclamó Marietta.

-Justamente –contestó Jacobo, viendo a los dos novios con la cabeza baja sin decir una palabra.

-Como vosotros hacéis por él las veces de padres, era natural traerla a que os conociese y a daros las gracias por las atenciones que le habéis prodigado.

-¿y cuándo será su esposa? –preguntó Marietta.

-Han convenido en verificar su boda cuando Alfieri regrese de su viaje a Montevideo.

Al decir esto se levantaron para marcharse.

Francesca quiso levantarse también; pero sin fuerzas para sufrir aquel rudo golpe que iba directo a su corazón, cayó al suelo desmayada.

Todos le prodigaron los más afectuosos cuidados, aunque nadie advirtió el motivo de aquel súbito accidente. La verdadera causa sólo Francesca la conocía.

CAPÍTULO VIII

Muerte de Marietta

A la madrugada del siguiente día zarpó *El Maltés* con rumbo a Montevideo. Jacobo estuvo a bordo hasta el último momento, consolando al pobre Alfieri, que se separaba con mucha pena de su querida Italia y sobre todo de la familia que, al adoptarle, tantos favores le había dispensado. El repentino desmayo de Francesca, y la aversión que le demostraba, sin una causa aparente que la justificara, le tenían sumamente inquieto. Manifestó sus temores a Jacobo, indicándole que averiguase los motivos que la hermosa niña podría tener para significarle de aquel modo su desdén.

-Decidle, -repetía con viva emoción, -que me perdone si la he ofendido sin saberlo. ¿No os da en qué pensar el desmayo de ayer tarde? ¡Me pareció tan repentino!... Luego la subieron a su cuarto y no quiso despedirse de mí, ni volverme a ver. Esto me afligió sobremanera.

-Es puramente nerviosa -dijo Jacobo; -estaba enferma y no debéis extrañarlo.

-Dios quiera devolverle la salud. Hacedle presente, señor Jacobo, a ella y a sus padres, mis cariñosos afectos y mi último adiós.

-¿Y para Lucrecia, vuestra prometida, nada me decís? -exclamó Jacobo, extrañando la frialdad del joven.

-Que me sea fiel, si es que puede serlo -murmuró Alfieri con cierta amargura, -y a mi regreso le cumpliré la palabra que me habéis obligado a darle, imponiéndome como precisa condición que reanudáramos estos amores.

-¡Pero si ella os ama! ¿No ha de seros fiel?

-Es algo veleidosa, la conozco bien; pero en fin, ya veremos hasta dónde lleva su constancia. ¿Estáis vos, satisfecho de mí?

-Muy satisfecho, amigo mío.

-Entonces están cumplidas todas mis aspiraciones.

Pocas palabras mediaron después de esta conversación entre los dos amigos. Jacobo le dio el abrazo de despedida, y abandonando *El Maltés* se embarcó en la elegante falúa que le esperaba al costado del buque, al pie de la escalera, y desde alta mar donde se encontraban hizo rumbo hacia el muelle, deslizándose con rapidez por entre las rizadas olas que iban cortando levemente los remos de cuatro vigorosos marineros. Jacobo, muy preocupado, se recostó en los almohadones debajo de la toldilla; iba pensando en Alfieri, en Francesca y en la traición que les había hecho, de la cual, si no se arrepentía entonces juzgándola de buena ley, como un ardid del amor, quizás tendría que arrepentirse más tarde.

Desde luego el astuto consignatario, con su mirada escrutadora y su conocimiento del corazón humano, comprendió que Francesca, si no amaba a Alfieri, podría amarle, porque iban a unirles lazos muy estrechos de gratitud, y de la gratitud al amor no hay más que un paso, además de ligarles ya los de una mutua simpatía, porque armonizaban en alto grado sus condiciones físicas y morales. Ambos eran jóvenes, guapos, entusiastas e impresionables, cualidades con las que es muy natural simpatizar ardientemente desde el primer momento. ¿Cómo tarde o temprano no habían de llegar a entenderse sus almas? Esto era lo probable, casi lo seguro. Esta idea le hizo apresurar el viaje de Alfieri y presentar a Lucrecia como su prometida, para que si Francesca le amaba le

olvidase, perdiendo toda esperanza ante aquel obstáculo insuperable.

Esto era, no digamos hijo de su egoísmo, porque Jacobo dio posteriormente pruebas de su abnegación, que es la antítesis del egoísmo, sino del inmenso y concentrado amor que profesaba a la joven Francesca, pasión que, a pesar de sus ardidés y sutilizas, no debía nunca ser correspondida.

Entregado a estas reflexiones llegó al muelle y saltó a tierra, encaminándose directamente a casa de Pietro. En tanto *El Maltés* surcaba a toda vela el Mediterráneo, alejándose con viento favorable del golfo de Nápoles.

Pietro no estaba en casa. Marietta recibió con su bondad natural a Jacobo, que, según manifestó, iba en persona a informarse de la salud de Francesca.

La pobre madre le dijo, con mucha pena, que su querida hija había pasado una noche cruel y a la sazón tenía fiebre.

-¿Por qué no llamáis al médico? –exclamó Jacobo algo inquieto, al escuchar la noticia que medio sollozando le daba Marietta.

-Porque se opone constantemente, señor Jacobo; no quiere ver a nadie; pero si esta tarde se recarga, le llamaré a pesar de su oposición.

-Sí, por Dios, hacedlo; y si necesitáis de mí, disponed con toda confianza.

Jacobo salió de la casa más triste y preocupado que cuando llegó a ella. Empezaba a creer que la enfermedad de Francesca era producida por su amor a Alfieri, y al afirmarse en esta idea sentía despertarse en él la pasión de los celos. Siempre los tiene el verdadero amor.

Y no se engañaba. Corrieron los días y los meses; Francesca mejoró físicamente; pero una melancolía dulce

y suave se apoderó de su alma. No bastaban las caricias de sus padres, ni las atenciones de Jacobo, ni los cuidados de sus amigas para distraerla. Siempre triste y meditabunda, cumplía sus ocupaciones mecánicas con escrupulosa nimiedad, y si algún rato le quedaba libre, se marchaba a la orilla del mar, sentándose sobre una pequeña eminencia entre el Boschetto y la Mergellina, y allí se pasaba las horas enteras contemplando el inmenso espacio de agua y cielo que ante su vista se extendía. Cuando las sombras de la noche enlutaban las playas, tornando obscura y fosforescente la azulada llanura del mar, se volvía a su casa con paso incierto y pausado, encerrándose triste y sola en su habitación para poder con toda libertad arrodillarse ante el altar, rogando a san Pablo y a la Santísima Madonna, Nuestra Señora de Monte Carmelo, que era la que allí tenía, por la ventura del marino y porque *El Maltés* hiciese una feliz travesía. Elevada su alma a Dios con la efusión más pura, consagrando constantemente sus ruegos y todos sus pensamientos a su bien amado Alfieri. Su amor era profundo, verdadero; por eso crecía con la ausencia. Las grandes pasiones aumentan con la contrariedad y la privación, al paso que las pequeñas, los amores frívolos y ligeros, se desvanecen con el tiempo y con la ausencia. Así se ha comparado el amor y la ausencia con el fuego y con el aire; cuando aquél es poco intenso se apaga a la menor ráfaga de viento; pero cuando es fuerte y enérgico, se enciende y propaga con espantosa rapidez. Símil muy exacto y que tuvo oportuna aplicación en el caso presente.

Lucrecia, apenas perdió de vista a su prometido, no volvió a acordarse del santo de su nombre. A los pocos meses adquirió nuevas relaciones con un joven romano, sin pensar siquiera en la familia de Pietro, ni tampoco en

Jacobo, que tan solícito se había mostrado para hacer reanudar aquellos antiguos amores. Los señores en cuya casa estaba se marcharon a Roma y los siguió muy gustosa, porque también iba su nuevo amante, que era un empleado de la casa.

Dejémosla marchar y volvamos a Jacobo. Este sentía cada vez más la conducta que había observado con Francesca, desengañado de que no le amaba ni podía amarle, porque llenaba su alma la imagen de Alfieri. Hizo varias tentativas con Pietro, con Marietta, con la misma Francesca, ofreciéndole su corazón, su nombre y su fortuna; pero inútilmente. A las amonestaciones de sus padres para que aceptara, porque lo juzgaban un enlace muy conveniente, solía contestar:

-Yo no quiero casarme mientras viváis vosotros; después el destino decidirá de mi suerte.

Y continuaba en sus paseos solitarios a la orilla del mar, pensando siempre en Alfieri y desdeñando como amante a Jacobo Prats, aunque distinguiéndole como un buen amigo.

Algunas veces la inquietó la idea de Lucrecia, a quien creía ocupada en preparar sus ropas de boda; pero nada hizo por acercarse a ella, siguiendo su plan de retraimiento y de soledad.

Sus infelices padres no sabían a qué atribuir aquella tristeza inusitada, y se esforzaban por inclinar su ánimo a favor de las pretensiones de Jacobo, con lo cual sólo conseguían exasperar a la joven.

-He dicho y repetiré cien veces, que no quiero casarme –exclamaba con febril impaciencia y con un acento tal de firmeza, que no se volvió a hablar del asunto.

Corrían los días, los meses pasaban, se sucedían las estaciones, sin que nada de particular ocurriese en casa de

Pietro. Las visitas de Jacobo iban siendo más escasas, a medida que aumentaba el desdén de Francesca. Transcurrió un año desde la partida de Alfieri, y ya se empezaban a hacer conjeturas sobre el regreso de *El Maltés*, calculando que llegaría al puerto para tal o cual época, siempre muy próxima.

A pesar de que estaba muy avanzado el invierno, los solitarios paseos de Francesca a la orilla del mar eran más frecuentes.

Su agitado pensamiento no estaba nunca en Nápoles, sino en el espacio sin límites, donde con los ojos del alma creía distinguir una vela, que su fantasía tomaba siempre por la de *El Maltés*; pero llegaba la noche, y engañada en su esperanza, volvía a casa meditabunda y triste, encerrándose en su cuarto a llorar o a elevar sus plegarias a la Santísima Madonna.

Una noche tranquila, una de esas apacibles y risueñas noches que se disfrutaban bajo el hermoso cielo de Italia, reinaba en Nápoles un silencio profundo. Eran las altas horas, cuando todos dormían en la ciudad, escuchándose únicamente el murmurante ruido del mar, mecido por blanda brisa. Francesca, que solía padecer de insomnios por lo general, esa noche se durmió más pronto que de costumbre, y, como siempre, soñó con Alfieri. Le pareció ver al joven marino sentado a la cabecera de la cama estrechándole una mano con amorosa ternura, y diciendo en extremo conmovido y con dulcísimo acento:

-Tú me amas, Francesca, y me lo has ocultado haciéndome el más infeliz de los hombres. La esperanza de tu amor hubiera sido mi redención y mi vida. ¡Ah! Tú no sabes, amada mía, que el amor eleva las almas, las rejuvenece, les da fuerza y vigor para luchar con las tempestades de la existencia. Sin ese sol del espíritu que se

llama amor y sin ese fuego santo que nos presta estímulo y entusiasmo haciéndonos capaces de las más grandes obras, el corazón languidece, el ánimo decae y muere por fin, sin haber podido llevar a cabo ninguna empresa gloriosa.

Francesca le miraba atentamente y escuchaba sus palabras; pero, muda por la emoción y la dicha que esta confesión la inspiraba, no sabía contestar. De repente Alfieri se levanta como para marcharse, y tendiendo las manos hacia ella, díjole con profunda pena:

-¡Levántate, Francesca adorada!, y si deseas recoger el último suspiro de tu querida madre, ve a su cuarto inmediatamente, no pierdas un momento, porque antes de una hora habrá dejado de existir; pero no te aflijas, es una ausencia momentánea. Lo que vosotros llamáis muerte es el principio de la verdadera vida del espíritu, que entra en su estado normal y deja el transitorio, que como expiación o como prueba ha tenido por poco tiempo. ¡Adiós! El día treinta estará *El Maltés* en el puerto, a las cuatro de la madrugada.

Alfieri desapareció súbitamente, y Francesca, despertando sobresaltada, se arrojó de la cama, vistiéndose con la mayor premura. Encendió una luz en la lámpara que ardía junto al altar y bajó de dos en dos los peldaños de la escalera, desde el piso alto donde tenía su habitación hasta la de sus padres que estaba en el bajo.

En el patio había una salida con dos alcobas; la de la derecha la ocupaba Pietro, la de la izquierda Marietta. Es ésta se encaminó apresuradamente Francesca con la luz en la mano. Se acercó a la cama alzando la luz a la altura de su rostro para ver mejor, y en el momento de fijar su mirada en la anciana, lanzó un grito de terror llamando a su padre.

La pobre Marietta, que se acostó buena y sana, había sido atacada de una congestión cerebral y le quedaban pocos momentos de vida.

Alfieri, en sueños, había prevenido a Francesca de aquella desgracia, comunicándose sus espíritus a pesar de la distancia que los separaba.

Pietro acudió en seguida al angustioso llamamiento de su hija y no tardó en avisar a algunos buenos vecinos, que les auxiliaron llamando al médico, quien por todo remedio mandó que inmediatamente se administrase a la enferma la Extremaunción, la que aún tuvo tiempo de recibir la moribunda, gracias al misterioso aviso. Pietro y Francesca pudieron despedirse de aquella santa mujer que tanto amaban, y prestarle los últimos auxilios de la religión y de la ciencia.

Una hora después de la milagrosa revelación a Francesca, Marietta había dejado de existir.

¡Qué días tan amargos para la pobre niña, que no tenía en el mundo más consuelo que su madre! Creyó volverse loca de dolor, aconteciendo lo propio al pobre Pietro, al ver adelantarse a la compañera de su vida en el camino que no tardaría él mismo mucho tiempo en seguir.

A la mañana siguiente, viendo Jacobo que Pietro, por la primera vez quizá de su vida, no llegaba a su puesto de frutas, comprendió que algo grave debía sucederles y bajó inmediatamente a su casa, encontrándose con la triste nueva.

Mucho sirvió tan oportuno auxilio, porque con su buena voluntad y el sincero afecto que profesaba a la familia, suplió a todo, multiplicándose para disponer la fúnebre ceremonia del entierro, y al mismo tiempo atendiendo al anciano que gemía desolado en un rincón de la cocina y consolando a la infortunada niña, que muy

pronto quizá iba a verse sola en el mundo. Muy generoso y muy sincero debía ser el afecto de Jacobo, cuando sin acordarse de los desdenes de Francesca, allí estaba siempre que le necesitaban, prodigándoles mil obsequios. Quizá también le moviese la esperanza de alcanzar por este medio el cariño de la joven, porque de la gratitud al amor sólo hay un paso, como ya hemos dicho; y ciertamente, si el alma de Francesca no hubiera estado tan llena del amor de Alfieri, el triunfo de Jacobo hubiera sido seguro.

De esta manera los servicios que con tanta abnegación prestaba, hubieran podido parecer interesados como nacidos de un sentimiento egoísta. Sin embargo, ni Francesca, ni Pietro lo vieron así, agradeciendo infinito las atenciones de que eran objeto, y considerando a Jacobo como el mejor, o más bien, como su único amigo.

Los primeros días después de la muerte de Marietta, Pietro estuvo inconsolable, desahogando su dolor en copioso llanto. No así Francesca, cuyo profundo pesar, de intenso y sombrío, se fue tornando poco a poco en su habitual y melancólica tristeza. Pasaba el día ocupada en tributar a su noche en elevar al cielo sus fervorosas plegarias, que terminaban casi siempre en un prolongado éxtasis, durante el cual solía aparecerle el espíritu de Alfieri, que tan grabado tenía en su imaginación.

Cuando despertaba, aun seguía viéndole y creía soñar juzgándolo una ilusión de su fantasía; pero ante la evidencia de los vaticinios realizados, rendíase a discreción. El aviso de la muerte de su madre había resultado cierto; esperaba otro que acabase de confirmarla en su creencia: el de la llegada de *El Maltés*, anunciada

para la madrugada del día treinta del mes que a la sazón iba corriendo⁵.

⁵ Los fenómenos de comunicación de los espíritus entre dos personas dormidas, son bastante frecuentes y dignos de un estudio serio y desapasionado. Respecto a este particular, creemos oportuno consignar aquí lo que dice Allan Kardec en el libro II, capítulo VIII, de su obra El Libro de los Espíritus.

“Los fenómenos de sonambulismo natural se producen espontáneamente y son independientes de toda causa exterior conocida; pero en ciertas personas dotadas de una organización especial, se puede provocar artificialmente por la acción del agente magnético. El estado conocido con el nombre de sonambulismo magnético, no difiere del sonambulismo natural, sino en que el uno es provocado, mientras que el otro es espontáneo.

“El sonambulismo natural es un hecho que nadie puede poner en duda, a pesar de lo maravillosos de los fenómenos que presenta. ¿Qué tiene, por lo tanto, de más extraordinario o más irracional el magnético?... Para el Espiritismo, el sonambulismo es más que un fenómeno fisiológico, es la luz que alumbra la psicología: en él se puede estudiar el alma que aparece al descubierto. Ahora bien, uno de los fenómenos por los que se caracteriza es la visión, independiente de los órganos ordinarios de la vista...

“En la visión a distancia, el sonámbulo no ve las cosas desde el punto en que se encuentra su cuerpo y como por un efecto telescópico. Las ve presentes y como si estuviera en el lugar en que existen, porque su alma está allí en realidad; ésta es la causa de que su cuerpo esté como anonadado y que aparezca privado de sentimiento hasta el momento en que el alma vuelve a tomar posesión de él. Esta separación parcial del alma y del cuerpo, es un estado anormal que puede tener una duración más o menos larga, pero no indefinida, y es la causa de la fatiga que experimenta el cuerpo al cabo de cierto tiempo, sobre todo cuando el alma verifica un trabajo activo...

“La intensidad de la lucidez sonambúlica no es indefinida. El espíritu, aun completamente libre es limitado en sus facultades y en sus conocimientos según el grado de perfección a que haya llegado, y lo es más aún cuando está ligado a la materia. Esta es la causa de por qué la visión sonambúlica no es ni universal ni infalible. Su intensidad es tanto menor cuando más se la desvía del fin a que la destina la naturaleza y cuando sólo se busca un objeto de curiosidad o de experimentación.

“En el estado de desprendimiento parcial en que se encuentra el espíritu del sonámbulo, entra en comunicación más fácil con los demás espíritus encarnados o no encarnados; esta comunicación se establece por el contacto de los fluidos que componen los periespíritus (fluido etéreo que rodea el espíritu, o cuerpo espiritual como le llama san Pablo) y sirven de transmisión al pensamiento, como el hilo eléctrico. El sonámbulo no tiene necesidad de que se articule el pensamiento con la palabra, le siente y le adivina; esto es lo que le café eminentemente impresionable y accesible a las influencias de la atmósfera moral que le rodea”.

Veamos ahora cómo explica y califica el Espiritismo uno de sus más fuertes adversarios por sus conocimientos y merecida reputación, el P. Fr. Ceferino González, en la obra que citamos en la página 63.

“En la teoría de los espíritus, cuyos partidarios defienden que los fenómenos magnéticos son producidos por los espíritus, entran los espiritistas y los espiritualistas, que no deben confundirse. Pertenecen a la primera clase los que, renovando en todo o en parte las doctrinas de Pitágoras, Platón y Orígenes, suponen que las almas humanas están sujetas a una serie de encarnaciones y reencarnaciones sucesivas, morando en diferentes astros y lugares, en relación con los cuerpos más o menos sutiles y perfectos a que se hallan unidas, y estas almas son las que intervienen en la evocación y fenómenos del magnetismo trascendental. Esto es lo que constituye propiamente el Espiritismo o la teoría espiritista, a diferencia de la teoría espiritualista que atribuye los fenómenos magnéticos a la intervención de los ángeles y de los demonios.

“... Ya hemos dicho que la teoría de los espíritus se divide en espiritista y espiritualista. La primera debe rechazarse desde luego: 1º Porque se halla basada toda sobre la hipótesis gratuita de la reencarnación o transmigración pitagórica de las almas humanas. Porque ya sea que esta reencarnación consista en la animación sucesiva de varios cuerpos en la tierra que habitamos, como pretenden algunos; ya sea que se verifique entrando las almas en otros cuerpos después de la muerte para habitar en los astros, pasando por una serie indefinida de animaciones e incorporaciones, como pretenden otros; ya sea que las almas al separarse del cuerpo humano lleven consigo un cuerpo sutil o aromático, como le apellidó Fourier, llevando en el espacio y en la atmósfera que nos rodean una vida llena de delicias sensibles, no es posible desconocer que aquí no hay más que ficciones y teorías fantásticas, más propias de poetas que de filósofos u hombres de ciencia. 2º Por otra parte, esta teoría es incompatible con la doctrina católica sobre los destinos del hombre en la vida futura, y, por consiguiente, inadmisibles para

CAPÍTULO IX

El regreso de “El Maltés”

Corría el mes de Diciembre rápidamente y ya tocaba a su fin. Pocos días antes del 30, designado por el espíritu de Alfieri para la llegada de *El Maltés*, quejábase Jacobo de la tardanza, temiendo le hubiese acontecido algún

todo católico y hasta para todo hombre sensato, siquiera sea racionalista, que reconozca el fondo de la verdad que encierra la solución cristiana del problema relativo al destino humano”.

“Después de esto examina el autor la teoría espiritualista y pone a continuación:

“Luego los fenómenos del magnetismo que, o exceden manifiestamente las fuerzas y medios que para su producción se emplean, o se obtienen mediante la evocación o intervención de espíritus, deben atribuirse a los demonios o espíritus malos”.

Examinemos la fuerza lógica de estas apreciaciones, que hemos insertado íntegras para que no se crea que tratamos de desvirtuarlas.

En primer lugar, el P. González no tiene idea clara y definida de la doctrina espiritista, a juzgar por lo que de ella dice; pero aun admitiendo su concepto en este punto, ¿cree absurda la idea de la reencarnación?

Ya hemos probado en el prefacio que no tan sólo lo es, sino que es la única que armoniza con la bondad y la justicia infinitas del Creador. Además, la existencia del fluido etéreo que forma parte del espíritu después de la muerte terrenal, no debe ser ficción y teoría fantástica para un prelado católico después de haber dicho el apóstol san Pablo: “Porque así como hay cuerpo animal, hay también cuerpo espiritual”. (I, Epístola a los Corintios, XV, 44). No tiene ni con mucho una tan preclara autoridad religiosa en su favor la idea del purgatorio, y sin embargo, la aceptará Su Ilustrísima, sin dudar un solo instante.

Es cierto que la doctrina espiritista no armoniza con la católica; pero de ahí nada se deduce en contra de la primera. Otro tanto le decían a Galileo, y a pesar de esto, él era quien sostenía la verdad; y como ha dicho un célebre poeta contemporáneo:

“Siente bajo su planta Galileo
nuestro globo rodar, la Italia ciega
le da por premio un calabozo impío,
y el globo en tanto sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío”.

Dadas las premisas que se establecen en los dos primeros párrafos, no se comprende que un hombre de ciencia y un hábil dialéctico, como nos complacemos en reconocer al P. González, saque la consecuencia que nuestros lectores han visto; y esto prueba que no tiene mejores razones que aducir en contra del Espiritismo. Siendo indudable el hecho de la comunicación entre los espíritus encarnados y los desencarnados, como Su Ilustrísima no puede menos de confesar, los segundos deben ser demonios de una clase hasta ahora desconocida, porque sólo recomiendan el amor a Dios y al prójimo y la práctica de la virtud y la caridad, lo mismo precisamente que predicará Su Ilustrísima lleno de la más pura intención.

Antes de apelar a esta explicación gratuita y hasta vulgar, es preciso, una vez reconocida la verdad del hecho, estudiar todas las causas que en él puedan influir, y examinar si cada una de ellas está en armonía con otros fenómenos naturales y dentro de las leyes conocidas de la creación. Adoptar otro camino, es buscar una muerte moral más o menos lenta, pero siempre segura e inevitable, como lo prueban de consuno la razón y la historia.- J. A.

desastre marítimo, porque los mares habían estado muy borrascosos en aquellos últimos meses.

-Tranquilizaos, señor Jacobo –le dijo Francesca. –*El Maltés* llegará sin novedad al puerto el día treinta a las cuatro de la madrugada.

Jacobo la miró con profunda sorpresa, y Pietro exclamó mirándola también con aire de duda:

-¿Lo has soñado también, hija mía?

-Sí, señor; igualmente que la muerte de mi pobre madre; el mismo espíritu me anunció ambas cosas.

Jacobo, que ignoraba por completo aquella profecía ya cumplida, tomó muy en cuenta la que debía cumplirse próximamente. Pidió explicaciones sobre el suceso, explicaciones que Francesca le dio con inocente candidez, manifestándole las agradables visitas que recibía durante sus sueños; pero por una misteriosa intuición supo callar, lo mismo a su padre que a Jacobo, la declaración de amor que el espíritu de Alfieri le había hecho, y que aunque revelada en sueños, fue el bálsamo prodigioso que dulcificó la amargura de sus penas.

La sencillez y el candor de su relato llevaron la convicción al ánimo de Jacobo, que no se atrevió a dudar de la sinceridad de la joven, porque ya estaba acostumbrado a ver semejantes maravillas en aquella casa, desde el punto en que Alfieri había sido recibido en ella.

Desde ese momento aguardaron con viva ansiedad el día treinta, y en efecto, ¡cosa inaudita, asombrosa!, a la hora indicada *El Maltés* surcaba majestuosamente la bahía y recogiendo velas anclaba en el puerto.

Jacobo, deseoso de cerciorarse del hecho, esperaba al buque en su elegante falúa, rodeado de una porción de amigos, entre ellos Pietro, y pronto se dirigieron a bordo. Grande fue la sorpresa del consignatario por aquel

acontecimiento, complaciéndole en extremo el feliz arribo del buque, y más cuando supo que había hecho un viaje próspero y feliz, conduciendo un rico cargamento de géneros ultramarinos.

Alfieri abrazó con viva efusión a sus amigos, congratulándose de hallarse otra vez entre ellos y exhortando a Jacobo para que preguntase al capitán si estaba contento de su conducta, porque había procurado desempeñar del mejor modo posible su cargo de contraamaestre.

Jacobo, por toda contestación, le estrechó la mano sonriendo afectuosamente.

El primer impulso de Alfieri había sido preguntar por Francesca: este nombre parecía quererse escapar de sus labios desde que avistó los tripulantes de la falúa; pero como siempre se calla aquello que más interesa, todo lo supo antes que esto.

Pietro le refirió entonces la muerte de Marietta, con todos sus detalles, manifestando Alfieri su profundo sentimiento de una manera expresiva; y atreviéndose por fin a dar rienda suelta a la idea que embargaba su alma.

-¿Y Francesca cómo sigue? –exclamó con viva ansiedad y con la voz un tanto alterada por la emoción que le producía el recuerdo de su amada.

-Está buena, pero triste, como es natural –contestó Pietro. -¡Y cómo hemos de estar con una pérdida tan grande!

Los sollozos del pobre anciano volvieron a oprimir su pecho, siendo necesarios los buenos oficios de los amigos para calmar algún tanto su honda pena.

Aquella misma mañana, pero ya cerca de medio día, pudo Alfieri saltar a tierra, y se encaminó directamente a casa de Pietro, según le había ofrecido a su llegada.

Jacobo, que no se apartó de su lado, le acompañó hasta allí con la idea de llevárselo a comer a su casa, según decía, pero más bien con la de impedir que los jóvenes se viesen a solas. Alfieri, lejos de agradecer este obsequio, le juzgó Ens. Interior importuno; sin embargo, no tuvo más remedio que someterse a los deseos de su jefe, siendo, por lo tanto, muy breve la visita. Francesca apenas habló cuatro palabras; con los ojos bajos y el rubor en las mejillas recibió al joven marino, excusándose con la tristeza que la abatía por efecto de la dolorosa pérdida de su madre. Le felicitó por su llegada, pero sin decirle una palabra de las entrevistas que en sus sueños habían tenido sus espíritus.

Alfieri, sin embargo, ya lo sabía, por haberle referido Jacobo que esperaban *El Maltés* en el mismo día y hora en que llegaba al puerto, lo que causó no poca maravilla, tanto a Alfieri como al capitán del buque y demás personas que lo oyeron.

Terminada la visita, Francesca quedó sola, porque Pietro se marchó con Alfieri y con Jacobo. Inmediatamente subió a su cuarto la tierna niña y fue a postrarse ante el altar, exclamando con tiernísima efusión:

-Gracias, ¡Santísima Madonna! ¡Ah! ¡mil gracias por vuestra divina intercesión! ¡Alfieri me ama! Lo he leído en sus ojos.

El gozo de su semblante era infinito, pintándose en él la satisfacción más pura; pero de súbito, un negro pensamiento cruzó por su mente: el recuerdo de Lucrecia.

Se levantó como impulsada por un resorte y estuvo toda la tarde muy inquieta y muy preocupada, hasta que, ya cerca del anochecer, llegó Pietro, y mientras cenaban, la contó ingenuamente lo que había oído en casa de Jacobo acerca de Lucrecia.

Aquella joven veleidosa y coqueta, lejos de guardar a Alfieri la fidelidad prometida, se marchó a Roma, casándose allí con un joven que estaba empleado en la misma casa donde ella servía de camarera. Esto ya lo sabía Jacobo; pero no quiso al pronto decírselo a Alfieri, esperando que le preguntara por ella.

Lo primero que se le ocurrió a Francesca, fue informarse de si había sentido mucho Alfieri este acontecimiento.

-Todo lo contrario –exclamó el buen Pietro; -ha recibido la noticia con una alegría sin límites, confesando que ni la amaba ni la había amado nunca, y que si se comprometió con ella fue sólo por complacer a Jacobo, confiando en que siendo tan veleidoso el carácter de la joven, no tendría paciencia para esperarle tanto tiempo.

Francesca respiró al oír esto; su corazón se sentía aliviado de un gran peso que le oprimía. Aquella noche fue quizá la única, desde que conoció a Alfieri, que se durmió sonriendo con la más pura tranquilidad. La pobre niña amaba con toda la fuerza de un primer amor, y veía despejarse de nubes el cielo de su dicha.

En efecto, Alfieri se había alegrado mucho de saber que estaba libre de su compromiso.

Al día siguiente, así que las ocupaciones de su cargo se lo permitieron, corrió a casa de Pietro, y por fortuna encontró sola a Francesca: momento feliz que ambos anhelaban con todo su corazón, y a pesar de esto, ni uno ni otro se atrevieron a decirse una palabra de amor. Un fluido desconocido llenaba sus almas. Se miraron; una imperiosa atracción les impelía el uno hacia el otro. Alfieri, turbado, tendió las manos a Francesca; ésta se las estrechó maquinalmente, y el joven marino, rindiéndose a la magnética influencia, cerró los ojos y se quedó dormido.

Era la segunda vez que se repetía este fenómeno. La joven, asombrada, le contempló con la mayor atención, dudando si sería ella misma la que había producido aquel sueño inesperado, o si tendría por causa alguna enfermedad de Alfieri; pero su inquietud cesó prontamente al ver la dulce tranquilidad con que el marino la sonreía y la expresión casi angélica de su rostro.

Estaban sentados en un escaño de madera en el mismo patio que servía de ingreso a la casa; el sol los iluminaba con sus puros rayos, animando con su resplandor el bellissimo grupo que formaban ambos jóvenes.

-Francesca mía –exclamó Alfieri con dulcísimo acento; -hace muchos años, siglos quizá, que tu eras mi amada; vivíamos entonces en Palestina. Inmediata la choza de tus padres a la mía, teníamos ocasión de vernos, de hablarnos y de amarnos, celebrándose al fin nuestro himeneo, con gran alegría de nuestras familias. Largos años vivimos junto al Éufrates, en cuyas amenas riberas y hermosos valles pacían nuestros ganados. Feliz y tranquila se deslizó nuestra vida hasta el momento de dejar aquella transitoria existencia para entrar en el estado normal del espíritu. Atravesando inmensas distancias y largos espacios de tiempo, hemos llegado a esta época dichosa en que nuestros espíritus se han reconocido por instinto, y han vuelto a amarse. ¡El amor es la ley divina que Dios impone a las criaturas, para que sirva de base a su progreso moral! Yo te amo, y tú, siguiendo el impulso de tu corazón, no puedes menos de corresponderme. Unámonos en la tierra con santo lazo, que así lo quiere el destino.

Francesca no sabía qué contestar; estaba indecisa, absorta, contemplándole extasiada y admirándose de que pudiera leer en el fondo de su corazón.

-¿No es verdad que me amas? –insistió Alfieri. –Tus largas noches de insomnio, tus sueños maravillosos, tus paseos a la playa buscando en el horizonte la blanca vela de *El Maltés*, todo esto que he visto en sueños y veo ahora por una mirada retrospectiva, han sido revelaciones para mi alma. Nada puedes ocultar a quien lee en lo más profundo de tu pensamiento. Ahora mismo leo en él la indecisión, la duda y el amor.

-Ciertamente –contestó Francesca muy conmovida. - ¡Yo te amo! Mi corazón es tuyo.

-Pues bien; despiértame, porque tu padre y Jacobo vienen por la calle de Toledo. En este momento entran en la de San José, dirigiéndose hacia aquí. Salgamos a su encuentro para revelarles el secreto de nuestro amor.

Poco esfuerzo tuvo que hacer Francesca para que Alfieri sacudiese su letárgico sueño. Instantáneamente se levantaron y, cogidos de la mano, salieron a la puerta.

Jacobo y Pietro, que subían con paso apresurado, se detuvieron, sosteniendo una conversación muy animada, ante el altar de San José, que estaba en la calle de su nombre, situado casi enfrente de la casa de Pietro.

-No les interrumpamos –exclamó Alfieri, apoyándose en el umbral de la puerta.

Francesca se detuvo también y aprovechó aquellos momentos para decir, dominada todavía por la emoción:

-Pero, Paolo, ¿qué piensas hacer? ¿Te acuerdas de tus palabras?

-¿De cuáles? –preguntó el joven mirando con asombro a Francesca. –No sé a las que te refieres; sólo tengo presente que vine a esta casa con el propósito

decidido de ofrecerte mi corazón y mi mano. ¿Los aceptas?

-Acabo de revelarte mi secreto, o mejor dicho, tú le has adivinado, y no puedo retroceder; seré tu esposa.

Un júbilo inmenso se pintó en las facciones del joven marino, y obtenido el permiso de Francesca para decírselo a su padre, se dirigió hacia donde estaban los dos amigos, mientras la joven, asustada y ruborosa, corrió a encerrarse en su cuarto.

Paolo aumentó el grupo que junto al altar de San José formaban Jacobo y Pietro, y dejándose llevar de su carácter franco y vehemente, les manifestó, sin ningún género de preámbulos, sus deseos de unirse a Francesca, pintándoles con vivos colores la intensidad de su amor.

La fisonomía de ordinario tranquila y serena de Jacobo, se alteró visiblemente, y mirando con dolorosa sorpresa a Alfieri, exclamó:

-¿Pero ella te ama?

-Sí, señor Jacobo; acaba de decírmelo ahora mismo, autorizándome para dar este paso.

Jacobo bajó la cabeza con profundo abatimiento. Pietro, comprendiendo el rudo golpe que acababa de sufrir el honrado consignatario, porque conocía bien a fondo su amor por Francesca, le miró con lástima, y apoyando la mano en su brazo, se dirigieron en silencio hacia la casa.

-¡Dios mío!, ¿qué será esto? –murmuró Alfieri; - parece que han recibido mal mi proposición. Ambos se han quedado serios, pensativos y no me contestan.

Les siguió muy preocupado, con ánimo de abordar otra vez la cuestión, pues su carácter resuelto no podía soportar las indecisiones.

Pietro y Jacobo fueron a sentarse en el mismo banco que habían ocupado poco antes los dos jóvenes. Alfieri tomó un taburete y se sentó a su lado.

-Señor Pietro, -dijo con ansiedad –nada habéis contestado a mi proposición.

-Me ha sorprendido demasiado, hijo mío, para darte una respuesta inmediata; estas cosas es preciso pensarlas mucho antes de decidirse.

Jacobo en tanto se enjugaba con frecuencia las gruesas gotas de sudor que corrían por sus sienes. Aquel calor no era producido por la temperatura, pues estaban en el último día de diciembre, sino por la agitación de su alma.

Aquella súbita declaración era la muerte de sus esperanzas, y producía en su corazón una angustia horrible. No pudiendo sufrir por más tiempo tan agudo tormento, se levantó y cruzando las manos por detrás empezó a dar agitados paseos a lo largo del patio.

-¿Os ponéis malo, señor Jacobo? –exclamó Alfieri mirándole con inquietud.

-No es nada; proseguid vuestra conversación – contestó con tono brusco el consignatario.

-Nada tenemos que hablar –añadió Pietro; -ya trataremos de esto después.

El pobre anciano estaba sufriendo al comprender la pena de Jacobo, y verdaderamente le hubiera querido mejor para esposo de su hija, a pesar de la diferencia de edad. Alfieri era un muchacho y no le inspiraba confianza. Como si el joven hubiese adivinado su pensamiento, exclamó:

-No es que yo quiera, señor Pietro, verificar este enlace en seguida, antes haré otro viaje u otros dos si es preciso a la América del Sur. Cuando me haya rehabilitado

completamente a vuestros ojos y haya adquirido una fortuna regular para que nada falte a Francesca, entonces será mi esposa. Necesito probaros que su amor me ha redimido y que seré en adelante un hombre de bien.

Pietro bajó los ojos sin saber qué contestar a esta nueva declaración de Alfieri.

Jacobo, dominando su emoción, fue a sentarse en el banco, estando al parecer más tranquilo, o por lo menos más dueño de sí mismo.

Alfieri miraba alternativamente a uno y a otro, sin comprender lo que significaba su actitud. No podía imaginar que Jacobo amase a Francesca y que ésta fuese la causa de su agitación.

-¿Y hace mucho tiempo que la amáis? –preguntó Jacobo con cierto aire de indiferencia.

-Desde el primer día que la vi –contestó Alfieri sin vacilar.

-Pues entonces Lucrecia... -murmuró Jacobo.

-No la amé nunca, señor –dijo Alfieri interrumpiéndole. –si me comprometí con ella fue por complaceros y porque no creí que Francesca correspondiese a mi amor.

-Y ella ¿desde cuándo siente ese afecto de que blasonáis?

-Desde hace mucho tiempo también; acaba de confesármelo ahora mismo.

-¿Y os ha dado permiso, decís, para declarármelo?

-Justamente –replicó Alfieri. –Sin él no me hubiera permitido hacerlo.

Jacobo bajó de nuevo la cabeza agobiado por el peso de su infortunio. Por su varonil y simpático rostro cruzó una nube de tristeza.

Alfieri creyó comprender la causa de aquel dolor y de aquella seriedad con que le trataba desterrando de sus palabras el cariñoso tuteo con que le hablaba muchas veces.

-¿Os ofende acaso este amor, señor Jacobo? – preguntó el marino ligeramente alarmado.

-No, no; nada de eso. Mi único deseo es que Francesca sea feliz –contestó el consignatario con viveza, temiendo que el joven llegase a leer en su pensamiento. Luego hizo indoloroso esfuerzo sobre sí mismo, se levantó y encargando a Pietro que admitiese sin temor alguno la proposición de Alfieri, se despidió pretextando un negocio urgente. Salió de la casa al parecer tranquilo; pero frío de la muerte helaba su alma.

Alfieri se quedó a cenar en familia y pasó la velada con Francesca y con Pietro. Allá sobre las diez, los dejó para trasladarse a bordo, muy satisfecho y completamente feliz, porque veía realizarse sus más risueñas esperanzas.

A los pocos días El Maltés surcaba con arrogante majestad el golfo de Nápoles, y dejando atrás las caprichosas islas que, cual florido festón, rodean la populosa villa, siguió hacia el Ecuador con rumbo a Tenerife.

Francesca, a la orilla del mar, arrodillada en la pequeña eminencia que le servía de atalaya, despedía a su amante agitando su blanco pañuelo y derramando copiosas lágrimas. La joven quedaba triste, porque su imaginación impresionable le fingía doquiera peligros para el amado de su alma; él se marchaba satisfecho, seguro de no hallar a su regreso el desengaño de Lucrecia, sino el casto amor y la constancia, dignos del alma purísima de su joven y bella prometida.

CAPÍTULO X

El Capitán Alfieri

¡Cuán lentos pasan los días! ¡Cuán tristes para el corazón que espera una ventura, una felicidad prometida, el cumplimiento de una risueña esperanza, y esa esperanza no llega!

Para el alma que tiene su pensamiento fijo en un punto del espacio, siquiera sea en una estrella luminosa de las infinitas que tachonan la bóveda celeste y que le promete bienes sin cuento, ¿qué le importan las pequeñeces y miserias de este pobre y oscuro mundo en que habitamos?

El espíritu de Francesca, a pesar de hallarse envuelto en la materia del tosco organismo terrestre, era tan sensible, que presentía más allá de esta vida algo infinitamente más bello que la tierra.

Tendiendo la vista en derredor suyo, no hallaba placer en nada, y se volvía hacia el lejano horizonte de donde presentía llegar la dicha para su corazón. Iban pasando las noches y los días con monótona calma, sucedíanse las estaciones sin que ocurriese nada notable, ni se alterase la tranquila paz que disfrutaban Pietro y Francesca en su pobre y limpia casita. Es verdad que su vida era más solitaria y más triste que otras veces, porque las visitas de Jacobo no se repetían con tanta frecuencia. Y ¿cómo repetirse si el infeliz había recibido tan profunda herida que no podía curarse, ni encontrar lenitivo a sus pesares con la vista de Francesca, sino todo lo contrario, agravarse más y más la intensidad de su dolor?

Con la presencia de la joven, causa inocente de sus dolores, sufría horriblemente, y determinó cortar toda relación con ella, para ver si de este modo conseguía olvidar aquel amor insensato que le profesaba y que era ya parte e su vida.

Pietro intentó en varias ocasiones verle, pero no lo pudo conseguir, unas veces porque estaba ausente y otras porque le decían que estaba ocupado. Esta contrariedad entristeció mucho al honrado hortelano, y un día que volvió a su casa más preocupado que de costumbre, dijo a su hija:

-Decididamente, Francesca, el señor Jacobo nos ha retirado su amistad. Él te amaba con extremo; nos había manifestado muchas veces su deseo de hacerte su esposa, y al ver contrariados sus nobles designios, se ha ofendido y no le volveremos a ver por esta casa.

-¡Y qué le haremos, padre mío! –contestó Francesca con su habitual dulzura. –El amor no es un niño a quien se manda, por más que niño le pintan y caprichoso y ciego. Yo creo que debieran más bien pintarle robusto mancebo, lleno de fuerza y virgo, porque sus decisiones son un torrente bravío. ¿Quién le resiste? ¿Quién puede oponerse a su incontrastable fuerza? Yo misma, aunque tengo un gran dominio sobre mis inclinaciones, no he podido borrar ésta de mi alma; se apoderó de mi corazón el amor de Alfieri, y ya veis, a pesar de la ausencia y de la gran lucha que he sostenido por espacio de mucho tiempo, lejos de debilitarse se robustece más y más cada día.

-Pues si no hay otro remedio –exclamó Pietro, -nos someteremos a la voluntad de Dios. Ese será tu destino, aun cuando yo creo que hubieras sido más feliz con el señor Jacobo que con Alfieri, pues varían sus condiciones de posición y de carácter. Con el primero asegurabas tu

porvenir y la dicha de toda tu vida, porque Jacobo es un hombre rico, honrado, bondadoso y te quiere con extremo. Todo lo contrario sucede con Alfieri; sus antecedentes no le abonan y su vida de marino ha de estar siempre erizada de amargos sinsabores. ¡Pobre hija mía! Hoy mismo estás ya sufriendo los tormentos de a ausencia.

-No se manda al corazón, padre mío, ya lo he dicho, y yo obedezco a un impulso superior al consagrarle mi amor y mis recuerdos.

Estas palabras de Francesca, dichas entono concluyente y decisivo, hicieron enmudecer al pobre viejo. Inclino la cabeza sobre su pecho, se cruzó de brazos y permaneció abismado en dolorosa meditación. Dos gruesas lágrimas rodaron a lo largo de sus tostadas mejillas; su corazón no estaba tranquilo, y un presentimiento muy triste debía agitarle para que así le hiciese llorar; quizá veía el porvenir nebuloso y sombrío para su hija. No se engañaba ciertamente...

Por lo general, todas las desgracias que amargan la vida de los mortales les son anunciadas de antemano; pero unas criaturas las sienten más que otras, según la mayor o menor sensibilidad de su organismo, o según la influencia de su espíritu protector, que les inspira el presentimiento con más o menos fuerza.

Pietro adivinó que su hija iba a ser muy desgraciada con aquel amor; pero resignándose a los decretos de la Providencia, aceptó el destino que se le ofrecía, sometiéndose sin murmurar a la voluntad del Altísimo.

Al cabo de algunos instantes de silencio, el anciano se levantó, enjugó tonel dorso de su callosa mano las lágrimas que corrían por sus mejillas, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dirigióse a Francesca, que inmóvil y abatida le contemplaba sintiendo quizá en el

fondo de su alma el amargo presentimiento que había conmovido a su padre.

-¡Hija mía!, –exclamó el anciano poniendo sus temblorosas manos sobre la cabeza de la joven en actitud de bendecirla; -¡Dios te inspire y te haga feliz! Ahora, buenas noches y hasta mañana. Y al decir esto, imprimió un ósculo paternal sobre la frente de su hija, y se retiró a su cuarto.

Francesca le abrazó con ternura queriendo disipar con sus caricias aquellas sombras de pesar que atormentaban a su padre, pero tampoco estaba exenta de temores la infeliz niña. Ambos pasaron aquella noche muy tristes, muy preocupados; alguna desgracia les amagaba. Francesca corrió a encerrarse en su cuarto y lloró amargamente, no pudiendo encontrar consuelo donde siempre lo buscaba, ante el altar de la Santísima Madonna, dirigiendo al cielo sus fervorosas plegarias. Durmió poco y mal, estremeciéndose de continuo al oír los roncós bramidos del Mediterráneo, que agitado furiosamente por un fuerte *sirocco*, no había cesado en toda la noche de gemir y de azotar con sus encrespadas olas los peñascos de la costa.

Francesca se levantó antes de que la aurora con sus primeros resplandores iluminase la azulada llanura; dirigióse al balcón a respirar la fresca brisa del mar, porque una angustia mortal oprimía su pecho. El cielo estaba sereno; había cambiado el viento, apareciendo hacia el Oriente, como saludando al nuevo día, caprichosas nubes de oro y grana. Breves momentos aspiró Francesca la refrigerante brisa de la alborada. Sintiose mejor y bajó inmediatamente a ver cómo había pasado su padre la noche; pero el anciano no estaba en su cuarto. Inquieta Francesca le buscó por toda la casa, y no encontrándole, salió a la calle a preguntar por él, sabiendo por algunas

vecinas que le habían visto marcharse a la huerta antes de amanecer.

Lejos de tranquilizarse, siguió sintiendo tal desasosiego, que no pudo resistir un impulso de secreto temor, y cerrando la puerta se marchó a buscarle. Su presentimiento era una de esas inspiraciones con que la Providencia suele advertir a las criaturas la proximidad de algún peligro. Antes de llegar a la calle de Toledo, vio a cuatro marineros que en una camilla improvisada conducían a un enfermo; era Pietro, a quien había acometido un accidente, cerca de la playa. Francesca se lanzó hacia ellos dando un grito de dolor, y exclamó con desoladora angustia, al reconocer a su padre:

-¡Si desde anoche me lo estaba diciendo a gritos el corazón!

Trasladaron a Pietro a su casa, siguiéndole la pobre niña anegada en un mar de llanto. Sólo le faltaba la inmensa desgracia de perder a su padre, para que fuese completa su desventura. ¡Pobre huérfana!... Sin fortuna, sin familia y sin amigos, ¿qué sería de ella? Estas fueron sus amargas reflexiones en el primer momento; pero el Señor, que envía la desgracia para probar a sus criaturas, les da también la resignación. Francesca al pronto estuvo vivamente impresionada, aunque con serenidad bastante para atender a todo, haciéndose cargo del enfermo, a cuyo lado se instaló sin abandonarle un momento, ni ceder a nadie el cuidado y la asistencia necesarios.

La enfermedad era grave, tanto, que el buen Pietro quedó paralítico, sin poderse manejar por sí propio, ni aún para tomar alimento, invadiéndole la parálisis todo el lado derecho.

Los primeros días acudieron algunas vecinas caritativas en auxilio de Francesca; pero cuando aquel

doloroso estado llegó a hacerse indefinido, fueron desfilando poco a poco, y por último, ella sola con una aldeana tuvo que atender al enfermo y a la casa. Sus recursos eran escasos, y como la enfermedad de Pietro, según los médicos, no era de las que prometen alivio, sino agravarse más y más, siendo la muerte su término natural, Francesca se vio obligada a dejar la huerta, y, por consiguiente, el comercio de frutas, que era su único medio de subsistencia.

¡Qué amargo porvenir para la triste niña! Y sin embargo, se la veía, sino risueña, por lo menos tranquila y resignada. Tenía su confianza en Dios, y nunca falta el Señor a quien con fe le implora.

Pasaban días y días; los escasos haberes de la casa se gastaban sin que llegasen nuevos ingresos a reemplazarlos, siendo tantos los gastos ocasionados por una enfermedad de esta especie, que al cabo de algún tiempo ya no supo la pobre Francesca de qué echar mano. Concluidos sus ahorros, empezó por vender los efectos de la casa menos necesarios; siguió con las ropas, y agotado lo superfluo, empezó a enajenar hasta lo más indispensable, como eran las camas. La suya y la de su madre fueron las primeras que salieron al mercado. Francesca no la necesitaba; pasaba las noches en un viejo sillón a la cabecera del lecho del enfermo.

En tanto éste seguía agravándose, habiendo de tal modo perdido sus facultades intelectuales, que no comprendía los apuros y las amarguras por que pasaba su hija. A él nada le faltaba; cuidado y asistido con el mayor esmero y cariño, no podía darse cuenta de la falta de recursos.

Francesca pensó muchas veces en Jacobo; pero, delicada hasta el extremo, no quiso manifestarle su

angustiosa situación. El, por su parte, la ignoraba; de saberlo, era tan generoso y tanta la nobleza de su carácter, que olvidando pasados desengaños hubiera acudido inmediatamente, con mano pródiga, en auxilio del pobre anciano y de la triste niña.

Poco antes de caer Pietro enfermo, no pudiendo Jacobo desterrar aquel amor de su alma, se decidió a viajar, para ver si con la ausencia y el tiempo conseguía olvidarlo. Esta fue la causa de que ignorase la desgracia de Francesca.

Había pasado más de un año de la partida de *El Maltés*, y ya se le esperaba de regreso en Nápoles. Jacobo regresó a su casa para recibirle, después de una excursión de algunos meses por el Piamonte. ¿Volvió curado? No era fácil adivinarlo: en su semblante grave y sombrío no se reflejaban las impresiones de su alma. Si no pudo borrar su amor, aprendió al menos a ocultarlo y a resignarse con aquella que llamaba la mayor desgracia de su vida.

El mismo día que llegó Jacobo a Nápoles, supo que Pietro había cedido su puesto en la plaza y la huerta a un labrador de las cercanías de Portici. Alarmado por esta novedad pidió noticias exactas, y cuando supo que Pietro llevaba algunos meses enfermo, y que ya Francesca había vendido para sostenerle cuantos efectos poseía de algún valor, corrió a casa de ésta, olvidándose por completo de sus desdenes y del amor que profesaba a Alfieri.

Era el amigo generoso y no el amante desdeñado el que iba a verlos. Cuando entró en aquella triste y solitaria morada, donde la desgracia parecía haberse ensañado con tanta crueldad, no pudo menos de estremecerse y sentirse vivamente conmovido. Todo allí respiraba soledad, miseria y tristeza.

-¡Señor Jacobo!, –exclamó Francesca con lágrimas en los ojos; -¡Cuán bueno sois al venir a vernos! ¡Mi padre se muere!

-Hija mía, llegué ayer a Nápoles –contestó Jacobo, -y hasta hace un momento no he sabido vuestra desgracia. Pero, permitidme, voy a ver al enfermo.

Y entró en la habitación seguido de Francesca.

-No os conocerá –repuso ésta. –Está su espíritu tan embotado que no conoce a nadie, ni aún a mí, que no me aparto de su lado un solo momento.

Jacobo se enteró minuciosamente de todos los detalles de la enfermedad y permaneció mucho tiempo al lado de Pietro y de Francesca. Comprendiendo su angustiada situación, de la que ya tenía noticias, concluyó por ofrecer a la joven su apoyo; pero como ésta se alarmase un poco, al parecer ofendida, exclamó con viveza:

-Los recursos que os ofrezco, Francesca, no son míos, son de Alfieri, de vuestro prometido, que está en la obligación de atender a su padre adoptivo, al que le salvó la vida; serán a cuenta de su sueldo. Esto no podréis rechazarlo, puesto que será vuestro esposo en cuanto llegue. ¿No lo creéis así?

-Tal es mi esperanza, señor Jacobo, y aunque me sea doloroso tener que aceptar fondos suyos, lo haré por la apremiante necesidad en que me veo y porque si de otro modo obrase, se ofendería y con razón.

-Apruebo vuestra determinación –contestó Jacobo, disimulando el profundo pesar que le causaban las palabras de Francesca, pero comprendiendo la exquisita delicadeza que las dictaba.

Sacó un bolsillo con algunas monedas de oro y lo dejó sobre la mesa.

-Creed, señor Jacobo –dijo Francesca, -que muy pronto Alfieri os reintegrará de este desembolso. El domingo próximo, a las cinco de la tarde, entrará en el puerto *El Maltés*, que ha sufrido una fuerte borrasca en el cabo de Buena Esperanza, donde ha perecido el capitán. Alfieri con su valor y su arrojo ha salvado el buque y la tripulación, que unánimemente le aclamó su capitán, y viene mandando en jefe. Desde el cabo se ha dirigido a Río Janeiro, donde ha empleado los capitales confiados a su custodia en ricos diamantes, que habrán de producir a la Compañía mucho más que los géneros ultramarinos de otras veces.

-Pues si eso es cierto –exclamó Jacobo, -yo os aseguro que será capitán efectivo. Y ciertamente me merecen mucha confianza vuestras inspiraciones, porque ya otra vez salió cierto un pronóstico semejante.

-Este también saldrá –repuso Francesca con acento inspirado. –Anoche, cuando ya no contaba con recurso alguno para dar hoy a mi pobre padre su habitual alimento, fui a postrarme ante la Santísima Madonna, pidiéndole consuelo y esperanza, y tuve la revelación que acabo de manifestaros, con el anuncio de que hoy mismo sería socorrida, y ya veis cómo no ha salido fallida esta dulcísimo esperanza, porque habéis venido a favorecerme enviado por mi ángel tutelar.

La fe sublime de Francesca y la angélica expresión de su rostro conmovieron a Jacobo.

-Ya está, pues, cumplida mi misión; adiós, hija mía, hasta mañana. Si me necesitáis, llamadme; seré siempre para vos un buen hermano.

Y se marchó precipitadamente sin esperar oír las palabras de gratitud que Francesca le dirigía. Aún sentía el

generoso catalán muy viva la llaga de su alma, y le costaba esfuerzos inauditos cicatrizarla.

Esta conversación tuvo lugar en jueves. El domingo siguiente, a las 5 de la tarde, según había anunciado Francesca, *El Maltés* entraba en el golfo de Nápoles, mandado por el capitán Alfieri, que llevaba una magnífica partida de los hermosos diamantes del Brasil, que por entonces comenzaban a descubrirse, empezando su comercio en Río Janeiro, y que debía producir grandes sumas a la Compañía.

CAPÍTULO XI

Un nuevo Pietro

Si los sentimientos de Francesca no habían cambiado con aquella prolongada ausencia, lo propio sucedió al joven marino. Aquel amor del alma había sido su redención.

Cuando con la cuerda en la mano tres años antes había estado dispuesto a poner fin a sus días, una hermosa aparición le inspiró nuevas ideas, señalándole el puerto celestial de la esperanza. La intervención divina se había manifestado ostensiblemente en aquella aparición sobrenatural, que le condujo de un modo milagroso a casa de Francesca, uniendo con un santo lazo sus corazones. Siempre pensando Alfieri en aquel amor, procuró enmendar sus pasadas faltas, con muy buena voluntad y por cariño a su amada; ella le inspiraba y le sostenía en sus más atrevidas empresas, haciéndole salir siempre victorioso.

El amor, chispa celestial, es la palanca poderosa que mueve los instintos materiales, neutralizando lo tosco del organismo y elevando el alma a las regiones ideales donde brota la luz que ilumina el entendimiento y la razón.

Con la ansiedad del que ha esperado mucho tiempo el momento feliz de ver a su amada, se trasladó Alfieri a casa de Pietro, así que saltó a tierra, sorprendiéndose dolorosamente al contemplar el cuadro desolado que ofrecía aquella triste morada, donde se retrataba la angustiosa situación a que se veía reducida aquella familia, que le había hecho el más grande beneficio

recogiéndole moribundo y contribuyendo a la brillante carrera que su próspero destino le concedía y de la que estaba tan complacido como orgulloso.

Era llegado el momento de pagar su deuda de gratitud, y Alfieri cumplió como bueno. Las necesidades de la familia, que ya consideraba como suya, quedaron prontamente reparadas, y dispuso, de acuerdo con Francesca, que inmediatamente se verificara su enlace. Con este motivo se fue a ver a Jacobo, manifestándole su proyecto, que éste escuchó con la cabeza baja y la mano puesta sobre el corazón, que oprimía de una manera dolorosa, ya que por la fuerza de sus latidos parecía quererle saltar del pecho.

Ignorante Alfieri de aquel amor de Jacobo hacia Francesca, le pidió como una gracia que fuera su padrino de boda. Era un nuevo golpe para el infeliz; pero aceptó sin embargo, y lleno de abnegación y de generosidad ayudó al joven marino en todos los preparativos necesarios para su enlace.

Sencillos fueron, y no tardaron en quedar terminados los trámites que se siguen en tales casos.

El Maltés, de resultas de la cruda borrasca que pasó en el Cabo de Buena Esperanza, había sufrido mucho y tenía que reparar su averías, por cuyo motivo permaneció cuarenta días en el arsenal, los cuales pasó Alfieri al lado de Francesca. En la primera quincena después de su llegada, se celebró el casamiento sin aparato de ningún género ni fiesta alguna, en razón a estar Pietro moribundo.

Se casaron en la iglesia de Santa Clara, al amanecer de una hermosa mañana del mes de Mayo, siendo muy reducido el número de personas que les acompañaron a la ceremonia, entre ellas Jacobo, cuya alma generosa debió subir muy alto, aquel día, en la escala moral que

necesitaba recorrer para su progreso. Dueño de sus pasiones, supo ahogar su amor, reemplazándole con la abnegación más pura. Pietro iba a morir antes de mucho, y él se constituyó en el padre de Francesca y de Alfieri.

Cuando el joven marino, después de verse esposo de su amada y en la efusión de su gratitud le daba las gracias por los favores recibidos, Jacobo le dijo con lágrimas en los ojos:

-Seré tu padre, hijo mío; ¡tengo esa misión sobre la tierra!

Cuando llegaron a su casa, estaba Pietro en la agonía. ¡Tras el placer el dolor, esa es la vida!

El traje de desposada tuvo que cambiarse por el de luto. ¡Cuán cortos son los placeres en la tierra! Los dos amantes, que habían esperado aquel momento con tan viva ansiedad, tuvieron que desterrar la sonrisa de la satisfacción para dar lugar a las lágrimas, expresión del dolor íntimo y profundo de sus corazones.

Como si Pietro hubiera esperado verlos unidos para dejar la envoltura material, sobrevivió pocas horas a este acontecimiento que aseguraba el porvenir de su hija; pero aún tuvo tiempo para poner su mano, ya casi helada por la muerte, sobre la cabeza de los recién casados, simulando una bendición que les enviaba su espíritu sin duda, porque la materia inerte no producía ninguna sensación en aquel hombre, ya cadáver desde mucho tiempo atrás. Únicamente por la presión de su mano demostró que los conocía; pero ni una palabra, ni un gesto pudieron obtener del moribundo; ni Jacobo, que intentó reanimarle varias veces; ni Alfieri, con sus súplicas; ni Francesca, con sus angustiosos gemidos.

Aún cuando la esperaban hacía tiempo, causó honda impresión en los desposados aquella desgracia, tomándola como un triste presagio para su futura felicidad.

Al siguiente día de celebrarse los funerales, Jacobo y Alfieri se empeñaron en sacar a Francesca de aquella casa que tan tristes recuerdos encerraba, y lo consiguieron a pesar de las protestas de la joven, que deseaba vivir donde sus padres habían muerto. Pero era muy triste la calle de San José, y lóbrega y oscura la mansión que por tan largo tiempo había habitado, lo cual contribuiría a aumentar su tristeza. Alfieri tenía preparada de antemano otra más risueña y alegre morada al ángel de su amor.

Una de las razones que decidieron a Francesca para consentir en la mudanza, fue la de que su nueva casa estaba situada a la orilla del mar, en la playa de la Mergellina, y desde la cual podía ver salir y entrar en el puerto los buques y contemplarlos por mucho tiempo hasta perderse en la inmensidad de los mares.

Se trasladaron a ella de noche. Francesca llegó llorando y sumamente impresionada por la pérdida que acababa de sufrir, pero al propio tiempo con el dulce consuelo de sentirse bajo la protección y el cariño de su amado esposo. Así fue que no se fijó en las circunstancias agradables que reunía su nueva vivienda; pero a la mañana siguiente, cuando Salió de su habitación y fue tiernamente conducida por Alfieri a visitar todas las dependencias, quedó absorta, admirada por el cuadro encantador que se ofrecía a sus ojos, dando a su querido esposo mil y mil gracias con la más viva efusión de su alma.

La casita, que tenía dos pisos y terminaba en una deliciosa azotea, estaba situada frente al mar, dando vista a Castellamare, a Sorrento y a una vasta extensión del Mediterráneo. Tenía a su espalda el elevado Pausilipo con

sus viñas y laureles, a cuyo pie se halla la celebrada tumba de Virgilio; a corta distancia las graciosas islas que bordean el golfo de Nápoles, convirtiéndole en un risueño edén, y por último, a lo lejos, los dilatados mares y la vasta extensión del firmamento.

-¡Oh!, ¡cuán encantador! ¡Qué perspectiva tan admirable!, -exclamó la joven, entusiasmada al contemplar la magnificencia del bellísimo paisaje que tenía ante sus ojos.

¿Estás contenta? -le decía Alfieri; -he elegido esta linda casita para ti; desde aquí podrás ver salir del puerto *El Maltés*, y esperar su regreso siempre con el pensamiento en mí.

-¡Pues qué!, ¿no le esperaba lo mismo viviendo en la calle de San José? -exclamó Francesca. -El recuerdo de tu amor no se ha separado un momento de mi alma.

-Pues bien, no te quejarás de mi constancia; ya ves que tampoco te he olvidado.

Después de pasar más de una hora contemplando las bellísimas vista que ofrecen los alrededores de Nápoles, haciendo propósito los dos esposos de visitarlas juntos, se fijaron en los detalles de su nueva morada.

Era una casita en miniatura, rodeada de flores y pájaros, que parecía un poético nido construido expresamente para sus amores. El piso bajo le destinaron a un anciano matrimonio que debía acompañar a Francesca durante la ausencia de Alfieri. El piso alto se componía de tres o cuatro habitaciones con ventanas al mar por un lado, y por el otro había una galería que comunicaba con el terrado. Este parecía un jardín, en donde se veían emparrados que le daban sombra, higueras, laureles, naranjos y multitud de flores y plantas bellísimas, que con su aroma embriagador impregnaban la cámara nupcial,

cuyas alegres ventanas se abrían hacia aquel lado. Todo era poético y bello en aquella risueña mansión de su amor; pero ¡es tan breve la felicidad sobre la tierra!

Cuarenta días escasos estuvo Alfieri con su esposa. Al cabo de este tiempo *El Maltés* estuvo listo para hacerse a la vela.

¡Ley del trabajo a que vive sujeto el hombre en este planeta! Ley inexorable de la que no se exime ningún mortal, por la que se ve obligado a ganarse el sustento con el sudor de su frente, hasta que depurado su espíritu lo bastante en la escala de la perfección, que tiene inevitablemente que recorrer, pueda elevarse a otros mundos más avanzados, done las necesidades materiales sean mucho menores o acaso no existan.

Alfieri, en el colmo de su felicidad, tuvo que someterse a esta dura ley, abandonando a su esposa querida, que se quedó triste, sola y anegada en llanto, para emprender un nuevo viaje a Río-Janeiro. La compañía había quedado muy satisfecha del anterior, y dando a Alfieri el mando en propiedad de *El Maltés*, le envió con cargamento de géneros del país en busca de nuevos diamantes arrancados a las entrañas del Brasil.

¡Cuán dolorosa fue la despedida para los dos esposos! Como si Francesca presintiese que no volvería a ver más a su Paolo, le acompañó hasta los últimos momentos, y fue precisa toda la autoridad de Jacobo para poderla arrancar de sus brazos. Desmayada, completamente abatida y sin aliento, fue conducida por Jacobo a la falúa, separándose de *El Maltés* pasa dirigirse al muelle de la Mergellina, donde desembarcaron, y en cuyas inmediaciones estaba la linda casita de Francesca.

Medio loca de dolor se encaminó a ella sin acordarse de Jacobo ni de los marineros que la miraban con

asombro, y subió, con toda la rapidez que le permitían sus decaídas fuerzas, a la azotea. El buen consignatario la siguió temiendo alguna desgracia por el extravío de su razón; pero ni le oyó ni le hizo caso siquiera, entregada como estaba a su exaltación y a su delirio.

Se dirigió rápidamente al ángulo de la azotea más próximo al mar, donde se arrodilló contemplando el firmamento y tendiendo los brazos hacia *El Maltés* en la más dolorosa actitud. El buque, desplegando sus velas, empezó a andar majestuosa y rápidamente con viento favorable. Por instantes iba perdiéndose de vista su blanco velamen, confundido con las blancas nubecillas que aparecían en el horizonte. Cuando y a la noche hubo cubierto de oscuras sombras el cielo y el mar, aún Francesca veía con los ojos del alma a su querido Alfieri, que en actitud arrogante, junto al castillo de popa, daba voces de mando a su tripulación, que le obedecía y respetaba como jefe enérgico y al mismo tiempo le adoraba como amigo leal.

Francesca se quedó abismada en honda tristeza. La vida de su corazón era el amor de Alfieri; el amor no le faltaba, pero Alfieri sí. ¿Cómo pasaría triste y sola su amarga soledad? Se quejaba de la dureza de su destino, que ya por la muerte o por la ausencia le arrebatava uno a uno los seres más queridos de su corazón. Tendía la vista en derredor suyo y todo era motivo de melancolía para su espíritu intranquilo. A lo lejos la isla de Prócida le recordaba los últimos días de la estancia de Alfieri, que la había llevado a visitarla; a la espalda de su poética morada el monte Pausilipo, a cuyo pie estaba la capilla donde iban a orar todas las tardes por el alma de sus queridos padres y porque la Santísima Madonna concediese al Maltés un pronto y feliz regreso. Hasta las golondrinas que anidaban

en el terrado le inspiraban tristeza con sus importunos gorjeos; ellas eran felices; tenían su nido de barro y sus hijuelos de los que no se separaban nunca, y cantaban a todas horas en diversos tonos su felicidad, mientras que la pobre Francesca no encontraba a su lado sino personas indiferentes que no podían comprender su dolor.

Povera fanciulla innamorata, como le decían Gaetano, el honrado pescador y su esposa, a quienes dejó Alfieri en la casa para acompañar a Francesca. La solitaria y triste joven pasaba la mayor parte del día en su aposento, y cuando el sol iba acercándose al horizonte salía al terrado, o astrito como llaman en Nápoles a las azoteas en que terminan casi todas las casas. Allí se pasaba largas horas sentada cerca de un laurel, contemplando el mar, y buscando siempre a lo lejos su soñadora fantasía la blanca vela de *El Maltés*, que nunca asomaba.

Todos los pensamientos eran para Alfieri.

Por la mañana, cuando el sol con sus primeros rayos doraba las cumbres de Ischia y de Sorrento, se dirigía a la capilla de Pausilipo a oír misa y a rogar a la Madonna por la pronta vuelta de su querido Alfieri; pero siempre tornaba silenciosa y meditabunda.

De este modo pasaron ocho meses. Una mañana se sintió morir, y con angustiado acento llamó a los buenos amigos que la acompañaban, subiendo estos apresuradamente.

La mujer de Gaetano, con su experiencia y sabiendo el estado en que se encontraba Francesca, se tranquilizó al punto, comprendiendo que el peligro no era de muerte, sino más bien una nueva dicha para la joven, un consuelo dulcísimo que el Señor le enviaba en sus tristezas. Efectivamente, veinticuatro horas después, Francesca era

madre de un hermoso niño a quien llamaron Pietro en recuerdo de su abuelo.

Ya pudo Francesca más tranquila entregarse a la esperanza; los deberes maternales la ocupaban de continuo, y el ángel de su corazón, unido al recuerdo de Alfieri, constituían toda su felicidad.

Jacobo visitaba rara vez a la joven; pero este acontecimiento, que le participaron oportunamente, le hizo acudir por entonces con más frecuencia. La profunda herida de su corazón estaba mal cerrada, y a pesar de su exquisito cuidado y de los vivos esfuerzos que hacía para desterrar de su mente la imagen de Francesca, no pudo conseguirlo.

En la juventud el amor se adivina, no se siente; pero en la edad madura se conoce y con verdadera intensidad arraiga en el alma. Así le sucedía a Jacobo; su pasión había echado raíces por lo cual se veía obligado a marcharse con frecuencia de Nápoles, haciendo ligeras excursiones a Roma, a Gaeta o a Génova. Esto le proporcionaba, si no completo olvido, por lo menos distracción y calma.

¡Qué manantial de inefables delicias eran para Francesca las caricias de su amado hijo! Ya no sentía tanto el peso de la vida; la ausencia de su esposo se le hacía más soportable, si bien con viva ansiedad le esperaba para presentarle la prenda querida de su fiel amor.

CAPÍTULO XII

El naufragio

Ya no era tan largo el tiempo para Francesca; parecíanle las horas minutos al contemplar el ángel hermoso que el Señor en su infinita clemencia tuvo a bien concederle para que templase las amarguras de la ausencia.

Mirando por la salud del niño, no quería permanecer en casa, como había hecho siempre, y solía dar algunos paseos por la orilla del mar para que el aire libre y la brisa contribuyesen a su desarrollo y mayor robustez también algunas veces se embarcaban en la lancha de Gaetano, siguiendo a lo largo de la costa hasta cerca de Prócida, donde solía tender las redes para pescar salmonetes el anciano pescador. La mujer de éste, llamada Marta, acompañaba a Francesca en estos paseos, que solían efectuar cuando el mar estaba tranquilo y podían volver sin peligro a la Mergellina antes de la noche.

Un día sereno y hermoso se embarcaron sin que surcara el bellísimo azul del cielo la más ligera nubecilla. El mar parecía un lago; pero de repente se levantó un fuerte *sirocco* que le puso muy agitado amenazando una terrible borrasca. Se hallaban muy lejos de la costa, y al ver el ligero esquife del pescador juguete de las olas, tuvieron momentos de verdadera angustia las dos mujeres y el viejo Gaetano, que creían llegada su última hora.

-¡Oh! ¡mi hijo! ¡mi hijo! –exclamaba Francesca anegada en llanto. –Santísima Madonna, ¡salvadle! ¿Qué cuenta daré yo a su padre si perece en el mar?

Y medio loca de dolor y de desesperación le estrechaba entre sus brazos, procurando esconderle en su pecho para que no le alcanzasen las olas que, espumantes y furiosas, azotaban la barquilla.

Más de dos horas pasaron siendo juguete de la tempestad. Una densa oscuridad les ocultaba el Pausilipo, que dejaban atrás, y seguían navegando al azar entre las embravecidas olas, siendo impotentes los frágiles remos y más impotentes aún los cansados brazos del anciano pescador. Por fin, después de muchos esfuerzos y de sostener una gran lucha con los elementos, consiguió encauzar el ligero esquife hacia el muelle de Prócida que tenían enfrente. Allí encontraron la salvación, y ayudados por algunos pescadores, pudieron saltar a tierra; pero estaba ya bastante entrada la noche y el mar muy borrascoso para que pensasen en volver a la Mergellina.

Francesca iba medio muerta, con su hijo en brazo, esforzándose en vano la señora Marta por reanimar sus abatidas fuerzas. La joven sollozaba pensando con horror en los peligros a que estaba expuesto su querido Alfieri.

Uno de los pescadores, amigo de Gaetano, les ofreció su casa para pasar la noche, puesto que era imposible de todo punto volver a Nápoles, que distaba unas tres horas de Prócida. Aceptaron con agradecimiento y se dirigieron a la ciudad, cuyas blancas y encantadoras casas se distinguían, a pesar de los negros nubarrones que cubrían el cielo.

La casita del pescador estaba muy cerca afortunadamente, pues de otro modo Francesca no hubiera podido llegar, tal era la fatiga y el abatimiento que se retrataba en sus facciones. El pequeño Pietro dormía el sueño de los ángeles sobre el candoroso seno de su madre, sin participar, como es natural, de las angustias que habían

torturado a la infeliz. Desde la *marina* al improvisado alojamiento que les deparaba su buena fortuna, había una rambla muy pendiente que se subía por innumerables gradas de ennegrecida piedra. Al término de éstas, y después de una explanada, muy cerca ya de la ciudad, se hallaba construida entre unas rocas la rústica morada del pescador.

Gracias a su generosa hospitalidad pudieron los pobres tripulantes de la barquilla encontrar aquella noche el apetecido descanso, que tanto necesitaban sus miembros entumecidos. Mas no así el espíritu de Francesca, que durante la pasada borrasca había pensado mucho en su querido Alfieri, aterrorizándose por la furia del mar, cuyo amedrentador estrépito creyó estar escuchando toda la noche. Efectivamente era así; oíanse a lo lejos, entre los silbidos del viento, como apenados lamentos, haciendo coro con los sordos golpes de las olas que azotaban la costa. Ni un solo minuto pudo conciliar el sueño, de tal manera la preocupaba la memoria de su esposo, que se hallaba expuesto a tantos peligros.

Con la nueva aurora cesó el *sirocco* y el mar se tranquilizó al poco tiempo. Entonces Gaetano llamó a Francesca y a Marta, diciéndoles:

-¡Ea! vámonos pronto; tenemos que aprovechar la buena brisa. Mientras os despedís de la familia que tan gran favor nos ha hecho esta noche hospedándonos en su casa, voy a poner a flote la barquilla y partiremos en seguida para Nápoles, no sea que cambien el viento.

Media hora después, con la vela tendida y favorable brisa, surcaban el canal, y dejando las islas de Prócida y de Ischia, no tardaron dos horas en hallarse en la tan deseada playa de la Mergellina.

Francesca daba mil gracias al cielo por su milagrosa salvación, prometiendo no volver a embarcarse, como no fuera con su esposo y para seguir su suerte. Cuando entró en su casita, situada en la falda del Pausilipo, aun le parecía escuchar los golpes de mar que llenaban su alma de pavor.

Menos medroso Gaetano por estar avezado a los peligros, se alejó de la playa en cuanto dejó a las mujeres en tierra, tomando rumbo hacia la costa de Cumas a pescar salmonetes, tendiendo sus redes no lejos del célebre lago Fusaro. Por la noche volvió con los canastos llenos de rico pescado, que Marta iba a vender a la plaza del Mercado.

El estío iba pasando; había cumplido un año por el mes de Junio que *El Maltés* dejó el golfo de Nápoles, y ya debía estar de regreso. Cada hora que transcurría, sin tener noticias suyas, era un nuevo motivo de sobresalto y de inquietud para Francesca. Al terminar el mes de Agosto, el mismo Jacobo empezó a sentir vivos temores de que le hubiera acontecido al *Maltés* alguna desgracia. Con pretexto de informarse de la salud de Francesca y del niño, acudía alguna vez a la casita de la Mergellina; pero en esta ocasión sus visitas fueron más frecuentes; la inquietud le llevaba.

¿No habéis soñado esta vez el día en que debe llegar Alfieri? –preguntaba a Francesca, recordando las predicciones que ya en otras dos circunstancias había hecho la joven y que salieron ciertas.

-¡Ay! No, señor, -exclamaba suspirando la doliente esposa. –Hace un mes que estoy muriéndome de angustia y de pesar, porque no siento señal alguna que me anuncie la vuelta de mi querido Paolo.

Amargas lágrimas corrieron de sus ojos, y Jacobo bajó la cabeza sin atreverse a interrogarla de nuevo con indiscretas preguntas.

Llegó septiembre con sus lluvias y sus truenos. El mar, ordinariamente tranquilo, empezó a agitarse poniéndose muchas tardes de tal manera tempestuoso, que infinitas barquillas de pescadores se perdieron en el golfo. Amaneció sereno y tranquilo el día ocho; el pueblo de Nápoles y los habitantes de las islas próximas celebraban con inusitada alegría la fiesta de la Madonna. Por todas partes circulaban en caprichosos grupos las napolitanas y las isleñas con sus pintorescos y bellísimos trajes, color grana, bordados de oro. Los pescadores y marineros, también de gala, las seguían con sus músicas, deteniéndose en la playa a bailar con el mayor regocijo y alegría.

La playa de la Mergellina se extiende bajo la tumba llamada de Virgilio, al pie del Pausilipo, en cuya vasta extensión se formaron varios grupos de alegres procitanas que se pusieron a bailar la tarantela. Francesca las veía desde su terrado sin tomar la menor parte en la alegría general, y antes por el contrario, llenos de lágrimas los ojos.

Muchas veces durante el día había ido con su niño en brazos a la capilla del Pausilipo a rogar a la Santísima Madonna por su amado Alfieri; pero volvía más triste y más acongojada a encerrarse en su casa, sin que llamara ni un momento su atención el poético cuadro que formaban las graciosas procitanas con sus zagalejos de listas encarnadas y negras y sus sobrevestas bordadas de lentejuelas, y los marineros con sus animados y característicos trajes, bailando alegremente debajo de los emparrados.

Sumamente inquieta y sin poder dominar los impulsos de su corazón que le auguraban alguna pavorosa desgracia, bajó a los muelles con Marta y Gaetano. Serían las cuatro de la tarde; el mar estaba tranquilo y el cielo ostentaba más radiante que nunca su purísimo azul, sin que le manchase la más ligera nube. Sin embargo, las golondrinas pasaban rozando la tierra con sus alas, indicio seguro de tempestad.

Francesca advirtió esta circunstancia, y estremeciéndose involuntariamente, no pudo menos de decir a Gaetano:

-Mucho me temo que esta noche tengamos borrasca y terrible; veo señales muy ciertas en ello. ¡Ah! Permita la Santísima Madonna que no sufra *El Maltés* los efectos de la tormenta.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando llegó Jacobo muy de prisa seguido de algunos marineros, que dijeron a la joven con viva alegría:

-¡*El Maltés*! ¡*El Maltés* llega! Acabamos de distinguirlo con el anteojo. Está a muy pocas millas de aquí, y avanza a toda vela con viento favorable.

El gozo de Francesca fue inmenso al escuchar tan consoladora noticia. Cayó de rodillas, elevando al cielo los ojos y estrechando a su hijo entre sus brazos:

-¡Ah! ¡Gracias, Dios mío! –murmuró. –¡Que llegue con bien!

Todas las miradas se dirigieron al sitio designado por Jacobo, y efectivamente, a la simple vista se distinguía ya un punto blanco en el horizonte.

La tarde continuaba despejada y serena, sin que ningún signo ostensible anunciase el menor cambio.

La playa de la Mergellina seguía con su risueño aspecto.

Las procitanas y las bellas hijas de Nápoles bailaban la tarantela, rodeadas y festejadas por los pescadores y marineros, que hacían mil demostraciones de franca y bulliciosa alegría.

En tanto *El Maltés* avanzaba majestuosamente. El mar estaba tranquilo, y nada parecía turbar la serena calma de la naturaleza.

Pasó una media hora de angustia y de ansiedad para Francesca, la cual no apartaba los ojos de aquel punto blanco que cada vez se iba haciendo más y más perceptible. De pronto aparecieron unas nubecillas redondas y negras detrás de la isla de Ischia, que iban a perderse en el horizonte. Gaetano al verlas hizo un gesto de desagrado y siguió contemplando con inquietud las raras formas que tomaban aquellas nubes al extender su circuito.

Ni una ráfaga de viento agitaba las tranquilas olas.

-¡Hijo mío! –decía Francesca besando al niño y vertiendo lágrimas sobre su bello rostro. –Hijo de mi alma; al fin vas a ver a tu padre a quien no conoces. ¡Qué feliz le harás con tus caricias angelicales! ¡Cuán dichoso va a ser con nuestro amor!

Los marineros viejos, que estaban paseándose por aquellos alrededores, se arremolinaron en la playa mirando con inquietud aquellas insignificantes nubes que iban por momentos tomando proporciones gigantescas. El barco estaba ya bastante próximo; iba a entrar en el canal que separa el cabo Miseno de la isla de Prócida.

De pronto se levantó un fuerte y huracanado viento que salió del *Epomeo*, elevada montaña que domina la isla de Ischia. Esta circunstancia hizo arrugar todavía más el entrecejo a Gaetano; Jacobo también se alteró de súbito. Un ronco trueno resonó a lo lejos, y cárdenos relámpagos

empezaron a brotar de la oscura nube que se iba extendiendo inmensamente por encima de la montaña.

El mediterráneo, tan tranquilo momentos antes, empezó a encrespase, levantando verdinegras olas, cual si anunciaran una violenta tempestad. Como por encanto se le veía hincharse y crecer, y enfurecidas olas iban a estrellarse en la costa, dejándola cubierta con su blanca espuma.

Todos los pescadores corrieron a sacar sus esquifes del mar, subiéndolos a la playa, temerosos de que se los arrebatase la tempestad. Un segundo trueno, más ronco y más horroroso que el primero, seguido de una terrible ráfaga de viento huracanado, asustó a las muchachas, que suspendieron su baile y corrieron amedrentadas a esconderse en sus casas, huyendo de la ya amenazadora lluvia.

La pobre Francesca había caído de rodillas y no cesaba de invocar a la Virgen para que detuviese la horrible borrasca, que con tanta fuerza se desencadenaba en el mar, hasta que *El Maltés* estuviese al abrigo del puerto; pero sin duda le estaba reservado a la infeliz recibir aquel terrible golpe.

El viento desencadenado por completo levantaba las olas con furia espantosa y a inmensa altura; la tempestad seguía lanzando rayos y truenos, y ya la negra nube había avanzado tanto en el espacio, que oscurecía por completo la luz del sol.

Un grito de angustia resonó en los pechos de todos los espectadores: aquellos bravos, tan ejercitados en los combates marítimos, veían el peligro inminente que corría el buque que acababa de entrar en el canal.

El Maltés recogió velas a la primera racha de aquel viento cada vez más furioso. Sin duda fue la idea de su

capitán fondear en la isla de Ischia o en el puerto Miseno; pero se encontraba en lo más peligroso del canal y estaba expuesto a estrellarse el buque contra las rocas. No podía avanzar ni a un lado ni a otro, amenazando aquellas olas gigantescas tragarse la nave que le servía de juguete. Dando espantosos tumbos e impelido por el viento, *El Maltés* avanzó un poco más, hasta llegar al golfo y dar vista a Nápoles. Alfieri estaba ya cerca de su tierra querida, viendo quizá a su mujer y a su hijo que le esperaban en la playa con angustiosa ansiedad; aquel hijo adorado que aun no conocía y cuya existencia ignoraba también.

Los grupos de angustiados marineros veían desde la playa levantarse el buque a lo alto de las embravecidas olas, para precipitarse después con inmensa furia en su seno, cual frágil juguete arrojado por el capricho de un niño.

Un grito de espanto resonó unánime en la playa. Los marineros, deplorando su impotencia contra la tempestad, levantaban los brazos al cielo.

-¡Está perdido! ¡perdido! ¡sin remedio! –gritaban aterrorizados los viejos pescadores, pero sin atreverse nadie a llevar un auxilio que de seguro les costaría la vida.

¿Quién hubiera sido bastante insensato para lanzarse al mar cuando se ostentaba de aquella suerte en toda su majestad terrible? No era un enemigo con el que pudiera combatirse; era un tirano, que en su incontrastable poderío todo lo arrollaba y destruía a su paso; era el rey de aquel terrible elemento que había dictado la sentencia de muerte de un buque, y estaba ejecutándola sin admitir apelación.

En los momentos en que se elevaba *El Maltés* sobre las crestas de las enfurecidas olas, se veía la arrogante figura de Alfieri con la bocina en la mano, dando órdenes

que nadie entendía ni ejecutaba, por el terror a una muerte que tan próxima veían: habían perdido el ancla, las velas estaban destrozadas y el buque, de medio lado, sufría los embates de las olas, que pasando por encima le dejaban bañando de blanquizca espuma.

En uno de los momentos en que Francesca distinguió a su esposo, reconociéndole porque llevaba su imagen grabada en el alma, exclamó levantando en alto a su hijo:

-¡Mira a tu hijo! ¡Paolo, mira a tu hijo! Sálvate aunque sea a nado, que aún es tiempo, y no me dejes sola en el mundo. ¡Si tú mueres, yo quiero morir contigo!

Y la infeliz gemía delirante, levantando el tierno niño por encima de su cabeza, para que Alfieri le viese y se decidiera por amor suyo a dejar el buque como si en aquellos momentos hubiera él podido pensar en otra cosa que en la salvación de *El Maltés* confiado a su custodia.

Viéndose perdidos se lanzaron al mar algunos de los marineros para ganar la costa a nado.

Los cañonazos de socorro se confundían con los roncros truenos de la tempestad. ¡Momentos horrorosos! Mil almas contemplaban desde la playa la perdición del buque y nadie se atrevía a socorrerle. De repente se le vio elevarse en la cresta de una ola enorme, inmensa, que parecía pasar por encima de la montaña de la isla Ischia, y con la misma furia con que le levantó cual si fuera una paja, volvió a lanzarle al abismo. Alfieri estaba abrazado al bauprés, envuelto por los fúlgidos rayos de la tempestad, agitando en su mano un pañuelo blanco, como en señal de despedida a su adorada Francesca y a los amigos que estaban en la playa viéndole perecer. El buque crujió espantosamente y cayó al fondo de las aguas para no volverse a levantar. ¡Un grito inmenso de horror resonó en la playa!...

El mar seguía rugiendo horriblemente; el tempestuoso cielo lanzando rayos de su negro seno, y la multitud de espectadores que contemplaban aquel naufragio a la vista del puerto, lloraban y gemían exhalando gritos de dolor por tan tremenda desgracia.

Francesca permanecía de rodillas, con la mirada fija en aquel buque que se hundía, viendo el blanco pañuelo de Alfieri que le decía: ¡Adiós! Y sin hallar una sola esperanza de salvación para el afligido esposo, que abrazado al bauprés seguía la suerte del barco. ¡Qué horrible agonía la de aquella infeliz y tierna niña en las dos horas mortales que estuvo contemplando tan aterrador espectáculo!

Tal fue su sufrimiento y el inmenso terror que se apoderó de su espíritu, que sus cabellos encanecieron súbitamente, y cuando vio al *Maltés* hundirse en las aguas y no volver a subir a la superficie, su mirada seca, ardiente, tenaz, parecía querer devorar el mar penetrando con sus rayos en lo íntimo de las aguas. De pronto se levanta, estrecha a su hijo en sus brazos, y arrojando un grito de supremo dolor donde exhaló su alma entera, corrió a lanzarse hacia las olas que se estrellaban con furia a sus pies.

-¡Voy al fondo del mar, a buscar al esposo de mi alma! –dijo con acento indescriptible.

La detuvieron Gaetano y Marta, que estaban más próximos, cogiéndola por el vestido cuando ya casi la arrastraba una ola. Los rechazó con ademán imponente y hubiera logrado precipitarse a no caer desmayada en sus brazos, vencida su débil naturaleza por tan terribles emociones.

CAPÍTULO XIII

Locura

Muchos días habían corrido después del desgraciado acontecimiento que hemos referido en el capítulo anterior. Una de esas tardes sombrías y nebulosas del mes de noviembre, estaban en el terrado de la poética casita de la Mergellina, Jacobo, Marta y Gaetano, con el médico que asistía a Francesca.

-¿Y qué opináis de su enfermedad, señor doctor? – preguntaba Jacobo con vivísimo interés.

-Francamente, amigo mío; la creo incurable. Es una de esas locuras que aparecen de vez en cuando, con síntomas tan raros, que, sin poderlos calificar de verdadero extravío mental, tiene todas sus apariencias.

-A mí me impresiona muchísimo –dijo Gaetano. – Cuando la veo levantarse por la noche pálida como un espectro, deslizándose cual una sombra hacia el terrado, me estremezco, porque parece un ser fantástico, sobrenatural. Pasa por este mismo sitio y va a colocarse allí en la balaustrada, mirando al mar con ojos extraviados y ademán imponente. La sigo sin perderla de vista un solo momento, porque temo se precipite desde esta altura; pero no lo ha intentado nunca. Permanece algunos instantes como evocando algún espíritu querido; habla con él en un lenguaje que no comprendo y se vuelve más tranquila y serena a su habitación.

-¿Y se acuesta? –preguntó el doctor.

-No, señor –añadió Marta. –Pasa las noches sentada en una silla con los brazos cruzados y la cabeza baja. No duerme nunca.

-¿Y no toma alimento? –volvió a preguntar el médico.

-Tampoco –contestó Marta; -no quiere tomar nada. Un vaso de agua, un poco de caldo, si acaso, y esto es todo.

-Lo cual me alarma mucho –dijo Jacobo. –Si no come ni duerme y se muestra indiferente a todo, ¿qué va a ser de ella?

-Obligadla –repuso el médico; -vamos a ver si podemos conseguirlo. Donde no obra la razón, obrará la fuerza.

-¡Oh! ¡Dios mío! Ese será el último extremo – exclamó suspirando el pobre Jacobo. –Tan doloroso estado me tiene partido el corazón.

-Vamos a verla –repuso el médico abandonando el terrado, seguido de los tres personajes únicos que en el mundo se interesaban por la infeliz Francesca.

Entraron en el aposento que había servido de cámara nupcial a los dos esposos. Allí estaba la enferma, tan pálida y delgada que parecía una sombra, ocupando el sitio donde acostumbraba sentarse Alfieri. Insensible a todo, ni aun advirtió la presencia de los que acababan de entrar.

-Aquí la tenéis- dijo Gaetano; -ahí está siempre, de día y de noche, sin conocer a nadie, sin hablarnos, completamente insensible a nuestras caricias y a nuestros ruegos.

El médico se sentó a la derecha de Francesca y le tomó una mano, que la joven le abandonó sin resistencia. Lo propio hizo Jacobo, poniéndose a su izquierda; Marta se arrodilló a sus pies, y Gaetano detrás de su mujer continuó en pie con los brazos cruzados, mirando a la joven con profunda lástima.

Francesca, vestida con un traje negro, el cabello tendido por la espalda y la cabeza inclinada sobre el pecho, parecida a la estatua del dolor, no cambió de actitud, ni pareció ver a las cuatro personas que la rodeaban con tanto interés.

El médico le hizo infinidad de preguntas; pero no dio muestras de comprenderlas ni de oírlas siquiera. Jacobo la llamó con los nombres más tiernos, empleando todas aquellas frases cariñosas y dulces que halagan el corazón, y obtuvo por respuesta la misma insensibilidad.

Marta, abrazándose a sus rodillas, quiso conmover las cuerdas más sensibles de su alma hablándole de su hijo; pero ¡en vano: el mismo silencio, la misma inmovilidad!

Como si el espíritu de la joven se hallase en otras regiones, nada veía, nada sentía ni comprendía en la tierra.

De repente se oyó una voz fresca y alegre que llamaba a Marta. Gaetano, al conocerla, exclamó alegremente:

-¡Ay! es la procitana, que traerá al niño.

-Hombre, a propósito –repuso el médico; -subidle, quizá logre conmover a su madre.

Jacobo contemplaba a la pobre joven con tan profunda pena, que las lágrimas caían a lo largo de sus mejillas.

Gaetano bajó a buscar al niño.

Jacobo, desde el momento en que ocurrió la catástrofe de *El Maltés*, se hizo cargo de la familia de Alfieri, sufragando todos los gastos que ocasionaba la enfermedad de Francesca, como asimismo la lactancia del niño, que dieron a criar en la isla de Prócida. Hizo que Gaetano y Marta no se apartasen un momento de la joven, asignándole por ello un sueldo muy regular, que excedía

de lo ordinario, porque tenían que velar noche y día, sin perderla de vista un momento.

-¡Ea! ya está aquí Pietro –decía con alegre efusión Gaetano, entrando en el aposento con el niño en brazos.

Pietro, que tenía ya nueve meses, gritaba también con su vocecita infantil: ¡papá! ¡mamá!

Jacobo y el médico observaron la impresión que esta voz angelical producía en la enferma; pero fue lo mismo que si no la hubiera oído. Llegó el niño; Marta lo puso sobre las rodillas de su madre, hizo que el pobre ángel rodeara su cuello con los bracitos y la hiciese mil caricias, que sólo obtuvieron por respuesta una larga y dolorosa mirada; pero ni una palabra de sus labios, ni un gesto que demostrase haberle reconocido.

Era una completa atonía moral.

-Pues señor –dijo el médico muy desalentado, - cuando este recurso no hace efecto, no lo hace ninguno. Tiene la razón perdida por completo, y sólo nos falta emplear la fuerza, obligándola con castigos a que coma y beba y descanse en su lecho, porque de este modo no puede vivir.

-¿La fuerza? ¡jamás! –exclamó indignado Jacobo. – No permitiré que se le dé el menor tratamiento duro; sólo emplearemos con ella la dulzura y el cariño.

Y como signo de tierna protección atrajo hacia su pecho la cabeza de la joven, que maquinalmente y sin conciencia siquiera de su acción, se reclinó en su hombro, cerrando los ojos y permaneciendo así con entera confianza. Parecía decir con aquella muda demostración, que se apoyaba en el pecho del único amigo que tenía sobre la tierra.

-Entonces, me despido –dijo el médico, levantándose; -no tengo otra cosa que mandar.

Y tomó su sombrero.

Jacobo apartó los cabellos que cubrían el pálido rostro de la joven, y la contempló un instante con los ojos nublados por el llanto.

El niño se reía locamente, lo que formaba un doloroso contraste con la melancólica actitud de su pobre madre y con la de Marta que lloraba, teniendo hasta el rudo Gaetano que volver la cabeza para que no advirtiesen su emoción.

El médico se marchó, y cuando quedaron solos con la enferma procuró Jacobo hacerle tragar a cucharadas un poco de caldo, lo que consiguió con mucho trabajo. Este era su único alimento.

El día lo pasaba en el mismo sitio, siempre inmóvil y silenciosa. Por la noche, cuando todo el mundo dormía y sólo se escuchaba el batir de las olas contra las rocas, se levantaba como impulsada por un secreto resorte y pretendía salir, sin duda para dirigirse a la playa; pero encontrando las puertas cerradas volvía sobre sus pasos, subía al terrado y se arrodillaba al pie de la balaustrada, donde permanecía hasta el amanecer, pareciendo invocar algún espíritu querido que se comunicaba con ella. Este estado no podía prolongarse mucho tiempo.

La enferma iba demacrándose de tal modo, que parecía una sombra más bien que una mujer. Por efecto del insomnio, sus ojos se habían agrandado extraordinariamente, el azul oscuro de sus pupilas brillaba como un fulgor sombrío, y su mirada, indiferente para el mundo material, parecía, al dirigirla al espacio, como si quisiera penetrar en regiones desconocidas.

Toda la vida de su espíritu se había reconcentrado en sus ojos. Sus cabellos rubios caían esparcidos sobre su

espalda, dándole el celestial aspecto de una Virgen o de una santa coronada con luminosa aureola.

Marta peinábale los cabellos y cuidaba de cambiarla de ropa, sin que la joven opusiera la menor resistencia. Era su locura tan inofensiva, tan pacífica, que no les molestaba en lo más mínimo; prestábase dócilmente a cuanto querían hacer con ella, no siendo comer o acostarse, y no podían conseguir que durmiera. La acostaban en el lecho y se volvía a levantar en cuanto la dejaban; si la obligaban a tomar alimento, lo devolvía al instante; su estómago sólo admitía alguna que otra vez un poco de líquido. Por encargo especial de Jacobo le daban caldos nutritivos, alternando con algunos refrescos que le sentaban muy bien.

Así vivió un año, sin dar muestras, durante tan largo tiempo, de conocer a nadie.

Llegó septiembre con sus borrascas y horribles temporales. Cuando el mar estaba muy agitado, se la veía abandonar súbitamente su languidez y melancolía, que era su estado habitual, y ponerse agitada y convulsa. Observando Jacobo esta particularidad se propuso hacer un viaje por mar, a ver si con el movimiento y las brisas Francesca daría algunos indicios de recobrar su perdida razón.

Por aquellos días había estado la nodriza del pequeño Pietro a decirle que se trasladaba desde Prócida a la isla de Ischia, donde su marido había heredado una casita y algunos bienes. Esta circunstancia hizo concebir a Jacobo la idea de visitar al niño en su nueva residencia.

Muy débil esta Francesca; sus fuerzas iban debilitándose de tal modo, que fue preciso conducirla en brazos hasta el muelle. Jacobo tenía preparada una bonita

falúa, cubierta con elegante toldilla y tripulada por seis vigorosos remeros.

La insensibilidad de la enferma al cambiar de atmósfera saliendo al aire libre y respirando la brisa del mar, fue la misma que si no hubiera salido de casa. La reclinaron sobre los almohadones; Jacobo se sentó a su lado y a sus pies Gaetano y Marta, dejando el puerto de este modo, sin que el fuerte movimiento de las olas, que mantenía en perpetua oscilación la barquilla, hiciera el menor efecto en la joven, que permanecía como aletargada y extraña a cuanto pasaba en torno suyo.

Al cabo de tres horas vieron próxima la elevada montaña de Epomeo que domina la isla de Ischia y cuya altísima cumbre parece tocar al cielo. En el muelle esperaban la nodriza y su marido con algunos amigos, que habían recibido aviso por la mañana de la llegada de los viajeros por uno de los pescadores de la Mergellina. Amarraron los marineros la falúa, saltando a tierra Jacobo con Francesca, y siguiéndolos Marta y Gaetano.

Jacobo iba muy triste viendo que no producía resultado favorable su proyecto de una excursión por mar, pues lejos de aliviarse la enferma parecía más postrada y más triste. Dócil como un niño que obedece la voz de su padre, seguía a Jacobo sin oponer resistencia alguna a sus deseos. De este modo llegaron hasta la linda casita que en la falda de la montaña y rodeada de laureles y de higueras silvestres, habitaba la nodriza con su marido y el pequeño Pietro.

Formaba el ingreso de la casa un lindo emparrado sostenido en los extremos por hermosos laureles de un verde oscuro, que embalsamaban la atmósfera con su exquisita fragancia.

Allí sentaron a Francesca, dando vista al mar, cuyas olas espumeantes iban a estrellarse al pie de las rocas.

El angelical Pietro hizo mil caricias a su madre, a las que ella contestó con su indiferencia y silencio habituales. Aquel hermoso niño, que ya tenía más de veinte meses, manifestaba una inteligencia precoz, y como si adivinara el papel que le estaba confiado, hacía los mayores esfuerzos para obtener una sonrisa o un beso de los labios de la que le había dado el ser. La pobre enferma sólo dio muestras de cansancio físico, tan natural en su débil organismo. Su abatimiento aumentó, y apoyando la cabeza en el hombro de Jacobo, cerró los ojos, quedándose como aletargada. Entonces Jacobo la tomó en sus brazos y fue a depositarla en la falúa, sobre los blandos almohadones, a la sombra de la toldilla, dando orden de regresar inmediatamente a Nápoles.

Cuando aquella prueba no daba resultado, comprendió que todo sería inútil, y desesperó de obtener la curación que tanto deseaba. Con viento favorable regresaron a la playa de la Mergellina.

Pocos días después era el ocho de septiembre, aniversario de la horrenda catástrofe que dejó viuda y arrebató la razón a la pobre Francesca.

En este día celebra el pueblo de Nápoles la fiesta de la Santísima Madonna. Los pescadores y bateleros amarran las barcas, visten sus trajes de ala y se entregan con sus familias y amigos a esa franca y bulliciosa alegría característica en las clases populares en general, y sobre todo en los hijos de Nápoles.

Desde bien temprano se trasladó Jacobo a la casita de la Mergellina. Estaba muy triste y los placeres a que el pueblo se entregaba le hacían daño. Cuando llegó, se encontró en la puerta al pequeño Pietro, que con su

nodriza acababan de llegar de Ischia y venían a pasar en Nápoles el día de la Madonna.

-¿Y Francesca? –preguntó Jacobo a Marta, después de haber acariciado al niño.

-Arriba está, señor –contestó la anciana; -la acompaña Gaetano, y si os he de decir la verdad, no la encuentro hoy como otros días; pero subid y juzgaréis vos mismo.

De dos en dos subió los escalones el buen Jacobo. Toda su alma estaba pendiente de aquella pobre enferma, a la que tanto amaba en el fondo de su corazón. Hubiera dado la mitad de su vida por devolverle la salud y la razón, y con ellas la felicidad.

Apenas Gaetano le vio asomar a la puerta de la habitación, corrió hacia él, exclamando:

-¡Ay, señor Jacobo! Venís a tiempo; iba a llamaros porque la enferma ha preguntado por vos.

Jacobo hizo un movimiento de sorpresa y se acercó a la joven con inquietud.

Como su debilidad era tan grande que no podía sostenerse en pie, estaba acostada. Ya la última noche no había tenido fuerzas para salir al terrado, según su costumbre, y llevaba veinticuatro horas sentada en la cama, pero sin poder conciliar el sueño. En cuanto vio a Jacobo tendió hacia él sus manos pálidas y transparentes, y envolviéndole en una larga y dolorosa mirada, le dijo con voz apenas perceptible:

-Amigo mío, venid; Paolo os llama.

-¡Ah! –murmuró Jacobo para sí; -¡yo creí que había recobrado la razón; pero veo que ha sido sólo la palabra!

Y se acercó estrechando con efusión las manos que la enferma le tendía. Aquellas manos estaban heladas, como si circulase ya por sus venas el frío de la muerte. Jacobo

comprendió en seguida el peligro, y mandó a Gaetano a busca un sacerdote.

-No os alteréis –exclamó Francesca; -aun vivire algunas horas.

-¿Quién habla de morir –repuso Jacobo, procurando sonreírse, -ahora que habéis llegado a conocerme y que os sentís mejor, no es verdad?

-Sí, mucho mejor –contestó ella; -os conozco y quisiera pedir os un favor; que me traigan a mi hijo.

Jacobo con lágrimas en los ojos, se precipitó hacia la escalera llamando a gritos a Marta para que subiese al niño. Cuando volvió a entrar en el aposento le llevaba en sus brazos, y procuraba contener sus lágrimas para que Francesca no advirtiese la emoción que le dominaba.

Eran demasiado solemnes aquellos momentos y muy súbita la mejoría para que no adivinase el pobre y leal Jacobo un peligro de muerte. ¡Ay! el infeliz presentía muy cercano el fin de aquella mujer que había sido su única felicidad sobre la tierra.

Cuando puso el niño en brazos de su madre, vio que también ésta lloraba. Eran las primeras lágrimas que en un año había visto correr por sus mejillas.

Acarició con la mayor ternura al niño, y contemplando un largo rato su hermosura, movió dulcemente la cabeza, pareciendo extrañarse de que hubiese crecido tanto. Luego, tomando una mano de Jacobo, le dijo:

-Habéis sido mi único apoyo en la tierra, y por encargo de Paolo, a quien también servisteis de padre, os voy a rogar adoptéis este niño como vuestro. ¡Se queda solo en el mundo, sin más amparo que el de Dios!

-Será mi hijo; os lo juro, y mi único consuelo en la tierra. Lejos de serme una carga pesada, será mi sola

felicidad. Si vuestro destino es morir, querida Francesca, podéis abandonar tranquila este valle de lágrimas, que la suerte de vuestro hijo está asegurada mientras yo viva.

Como si Francesca hubiera esperado esta promesa para descansar, estrechó la mano de Jacobo en acción de gracias, y se rindió, por primera vez, después de un año, a un dulce y tranquilo sueño. Nunca Jacobo la había visto dormir de una manera tan serena y apacible, sin que la despertasen los halagos y los tiernos besos del angelical niño que tenía entre sus brazos.

CAPÍTULO XIV

Conclusión

Notable contraste ofrecía la triste casa de Francesca, con a bulliciosa alegría que reinaba en la playa de la Mergellina. Los marineros y los pescadores celebraban la fiesta de la Madonna, mientras que el alma de Francesca se esforzaba por desatar los débiles lazos que la retenían a la materia. A Jacobo le afligía aquel ruido, aquella ruidosa algazara, y mandó cerrar todas las ventanas para que no se oyese tan de cerca; pero Francesca, abriendo sus grandes ojos y dirigiéndolos hacia el terrado, exclamó:

-Llevadme allí; no creáis que este bullicio me hace daño.

-¿Os sentís con fuerzas? –le dijo con vivo interés Jacobo.

-No muchas; pero llevadme; quiero ver el mar por última vez.

Como si fuera una niña, la tomó Jacobo en sus brazos. Gaetano les precedió con un sillón rodeado de almohadas, que fue a colocar en el terrado, bajo una bóveda de follaje, que Jacobo, en su incesante desvelo por Francesca, había el mismo preparado.

Cuando la joven se vio entre los naranjos y limoneros, dirigió a su bienhechor una dulce sonrisa, como si no hubiera advertido hasta entonces aquella delicada atención de su buen amigo.

Jacobo se sentó al lado de la enferma, tomando entre las suyas la mano que en señal de gratitud ésta le tendía. Marta se sentó a los pies de Francesca, y Gaetano un poco más atrás, al pie de un hermoso granado. El pequeño

Pietro corría por uno y otro lado, arrancando las flores de las macetas, seguido de su nodriza, que no le perdía ni un momento de vista.

Eran ya cerca de las cuatro de la tarde. El médico y el capellán de la capilla del Pausilipo, que habían hecho durante el día varias visitas a la enferma, volvieron otra vez y la encontraron en el terrado, sentada a la sombra de un naranjo.

El fenómeno de la pobre loca, que por espacio de un año había tenido la razón perdida y la recobraba de pronto, les causaba no poco asombro, y puede decirse que la curiosidad, más bien que la compasión, era el impulso que allí les llevaba.

Jacobo les mandó sentar en frente de Francesca; pero ésta, con una serenidad admirable y voz apagada, le dijo:

-Perdonad, señores; si os colocáis enfrente de mí, no puedo respirar; me ahogo. Hacedme el favor de ponerlos a un lado.

Instintivamente obedecieron ambos, apartando sus sillas.

-Mi querido Jacobo –continuó diciendo la enferma – ha construido para mí este pequeño pabellón, poético nido donde voy a exhalar mi último aliento. Es muy bello y me place descansar entre su frondoso ramaje; pero necesito al propio tiempo aire, que la brisa del mar llegue hasta mí, y que mi vista se extienda por el anchuroso horizonte. ¿No creéis, señores, que voy muy pronto a dejar esta mísera envoltura, que aprisiona mi espíritu?

Los circunstantes se miraban unos a otros con asombro, y ninguno sabía qué contestar.

La mirada interrogadora de Francesca se fijó en el médico, y viendo que no le contestaba, siguió diciéndole

con su voz dulce y cadenciosa, pero tan débil, que parecía un ligero suspiro del aura:

-Vos que penetráis los arcanos de la ciencia, que conocéis filtros maravillosos para curar los males del cuerpo, ¿no tenéis alguno que cicatrice las llagas del alma?

-El alma pertenece a Dios –contestó con gravedad el médico, -y sólo Él sabe curar sus dolores.

-Entonces, si nada podéis hacer por mí, ¿a qué venís? Estoy enferma del alma, y voy a morir muy pronto.

-¡Tú morir! ¡Querida Francesca! –exclamó Jacobo, que apenas podía contener su emoción; -no morirás, habiendo recobrado la razón y la esperanza. Confía en el Señor, que muy pronto querrá devolverte la salud y con ella la dicha.

-¿Opina lo propio el señor doctor? –añadió Francesca con dolorosa y tranquila sonrisa, moviendo la cabeza con aire de incredulidad.

-Pienso lo mismo que el señor Jacobo; os encuentro mejor, muy animada, y si consentís en tomar algún alimento, creo que dentro de pocos días podréis bajar a la playa a dar un paseo.

Francesca sonrió con más amargura, cruzó las manos sobre el pecho y elevó los ojos al cielo buscando, sin duda, entre las nubes algún espíritu querido.

El sacerdote también fue de la misma opinión. Todos la creían buena, y ya el galeno se atribuía el mérito de aquella curación maravillosa. ¡Ridícula vanidad humana! ¡A cuán poco alcanza la inteligencia del hombre, y, sin embargo, en su satánico orgullo imagina ser un Dios sobre la tierra! ¡No ve nada más allá del mezquino espacio que le rodea!; por eso no comprendieron la sublime mirada que al cielo dirigía Francesca.

Iban a marcharse y se levantaron, en efecto, diciendo a Jacobo que antes de refrescar la tarde hiciese acostar a la enferma, y le diesen algún alimento, pues estaba fuera de peligro.

-Quedaos, señores –repuso ella; -aun cuando no os necesito. Pero voy a morir y me será grato que en tan doloroso instante acompañéis a este pobre y generoso Jacobo, que va a sentir mucho mi muerte.

Y volviéndose hacia él, cogió una de sus manos entre las suyas y la estrechó afectuosamente.

-Una nueva manía –murmuró el médico en voz tan baja que apenas lo oyó el sacerdote que estaba a su lado.

Francesca les miró y dijo:

-Sentaos y escuchad.

Los dos señores volvieron a ocupar sus asientos, dominados por aquella voz dulce y débil; pero que ejercía poderosa influencia sobre cuantos la escuchaban.

Francesca cerró los ojos un momento como reconcentrándose en sí misma. Un silencio solemne reinaba en torno suyo, que contrastaba con el bullicioso júbilo de la playa, donde los napolitanos y napolitanas bailaban la tarantela, esa característica danza del país, con la más franca y cordial alegría.

¡Significativo contraste! ¡El placer y el dolor! ¡La muerte y la vida! Esa es la perpetua lucha de la tierra. Mientras en la playa reían locamente, en aquel pequeño terrado que el sol bañaba con sus últimos rayos, una pobre alma se disponía a dejar el mundo.

La brisa del mar llegaba hasta la enferma, cargada del aroma de las flores. Todo parecía sonreír en la naturaleza; hasta el niño cogiendo flores, formaba el punto risueño de aquel cuadro, digno de ser trasladado al lienzo por un Ticiano, un Rafael o un Murillo.

Después de algunos instantes de recogimiento, Francesca abrió los ojos; parecía volver de un sueño y se sentía inspirada.

-Hoy hace un año –murmuró señalando al golfo –que allí en frente, a nuestra vista, a la vista de todo el pueblo, que cual hoy celebraba la fiesta de su Madonna, un buque mercante fue juguete de las olas, que a su capricho le elevaron a inmensa altura para hundirle después en el abismo. Era *El Maltés*; su capitán, Alfieri.

-¿A qué evocar ahora esos tristes recuerdos? – exclamó Jacobo aterrado, creyendo que perjudicaría a la joven. –No pienses en cosas pasadas, y mira, querida Francesca, al pequeñuelo Pietro, que apenas sabe andar y ya viene a traerte una mariposa.

En efecto, el niño se la presentaba; Francesca la tomó y dándole libertad repuso:

-Es muy bella; blanca con alas de oro dejémosla, hijo mío, en libertad. ¿Quién sabe si será un espíritu que viene a recoger mi alma?

Y como si este presentimiento fuera cierto, aquella bellísima mariposa fue a posarse en las ramas del naranjo que pendía sobre la cabeza de la enferma, y allí permaneció sin moverse.

Jacobo quiso que la nodriza se llevase al niño; pero Francesca le retuvo cerca de sí, y adivinando Jacobo su deseo le colocó sobre las rodillas de su madre. Esta le estrechó tiernamente contra su seno y siguió hablando:

-No creáis que me afecta el recuerdo de aquel día borrascoso; ni pudiera ya afectarme, porque durante un año le he tenido constantemente en mi memoria, como le tengo en este momento. En aquella tarde, cuando la tempestad calmó sus iras y cuando el mar pareció tranquilo, después de haberse tragado un buque con toda

su tripulación; cuando aterrados y medrosos los espectadores de escena tan horrible se retiraron a sus casas, la luna apareció en el horizonte iluminando la extensión vacía, donde vosotros no veis nada, pero donde yo, por un favor, sin duda, de la divina Providencia, pude distinguir con los ojos del alma el espíritu adorado de Alfieri, de mi esposo, que apareció como por encanto sobre las olas antes tan turbulentas. Se elevó poco a poco y blandamente ayudado por una figura angelical que le sonreía: era su madre, su ángel tutelar que le sacaba de las aguas, y ambos vinieron hacia mí para llevarse mi espíritu con ellos a las regiones etéreas. He aquí, señor doctor – continuó Francesca, volviéndose hacia el médico, -la causa de mi idiotez o de mi locura, como queráis calificarla, durante este último año de insensibilidad aparente. Mi espíritu no estaba en la materia sino pendiente de un hilo, que va a romperse por completo dentro de poco.

El médico y el sacerdote se miraron de una manera que quería decir: ¿qué nuevo género de locura es esta? Pero se callaron sin atreverse a contrariar a la enferma.

Como si a ésta le importase poco la apreciación de aquellos, se volvió hacia Jacobo y le dijo con voz ya muy debilitada:

-Cuando el sol tienda su último rayo en el horizonte, mi pobre hijo no tendrá en el mundo más apoyo que el vuestro. Rogad por mi alma, velad por mi hijo...

Estrechó la cabeza del niño contra su seno, y pareció aletargarse dulcemente.

Una especie de vago presentimiento decía a Jacobo que no era un delirio lo que estaba escuchando, sino la explicación de aquella enfermedad misteriosa que no supieron comprender.

Inmóvil, aterrado y lleno de dolor, clavó sus ojos en el sol poniente, que ya estaba escondiendo su luminoso disco entre rojizas nubes de oro y grana. Pietro se durmió en el seno de su madre.

¡Qué conmovedor espectáculo! ¡La muerte y la vida!
¡La inocencia teniendo por aureola una dolorosa aunque dulcísimo agonía!

Al cabo de algunos instantes, un estremecimiento de Francesca hizo comprender a Jacobo que ésta sufría. Se levantó como impelido por un resorte, y lanzando al médico una mirada de angustia, murmuró a media voz, y más bien con el gesto que con la palabra:

-¡Se muere!

-Todavía no, pero no tardaré –exclamó Francesca adivinando su pensamiento y abriendo con dulzura los ojos par dirigirle una mirada profunda llena de ternura y de afecto.

Jacobo volvió la cabeza hacia el ocaso; esperaba que se extinguiese el último rayo del sol, con el cual debía apagarse la vida de Francesca, según había pronosticado ella misma.

Las nubes iban desapareciendo, y ya el rojizo disco estaba casi oculto en el mar.

-¿No veis a Alfieri? –murmuró la joven señalando con su descarnada mano un punto en el espacio. Miradle allí; me espera y pronto voy a reunirme con él.

Todos volvieron la cabeza hacia el sitio indicado, pero no vieron nada. Jacobo, sin embargo, sentía en aquel momento algo solemne, algo grave. Aquella convicción profunda de Francesca, aquella mirada, aquel acento, aquella agonía tan conmovedora tenían mucho de sobrenatural.

De pronto la moribunda se incorporó, estampó un ardiente beso en el hermoso niño que dormía sobre su seno, y estrechando la mano de Jacobo que no se apartaba de la suya, exclamó con acento debilitado ya por el estertor de la agonía:

-¡Adiós! Ya llegó el momento de nuestra pasajera separación. Me llama el esposo de mi alma; no me lloréis, ni vosotros tampoco, Gaetano y Marta, porque voy a ser feliz. ¡Ahora empieza la verdadera vida para mí, la vida del sentimiento y del espíritu!...

-¡Ay! ¿qué será de mí, solo en el mundo? –exclamó Jacobo prorrumpiendo en llanto.

-Te queda Pietro y te queda la esperanza... La esperanza de Dios... que ofrece a los buenos la eterna felicidad que nos espera... más allá de esta vida. ¡Adiós! ¡Adiós!...

La cabeza de Francesca cayó lánguidamente sobre el hombro derecho de Jacobo, donde fue a exhalar la pobre niña su último suspiro.

Jacobo, anonadado, delirante, medio loco de dolor, estrechaba entre sus brazos a la madre y al hijo, sin poderse desprender de aquellos seres queridos que habían constituido toda la felicidad de su vida.

Cuando volvió en sí de aquella especie de sopor que le había aletargado por espacio de algunos instantes, era completamente de noche. Alzó los ojos al cielo como buscando consuelo a su dolor, y a muy corta distancia advirtió un foco luminoso. Era una especie de rosada niebla que resplandecía entre las oscuras sombras de la noche. Se fijó más; su alma toda estaba interesada en aquella maravillosa visión. La nube tomó forma y reflejó en su centro las figuras de Alfieri y de Francesca, que le sonreían amorosamente.

Cayó de rodillas extendiendo hacia ellos sus brazos, y los vio poco a poco alejarse en el espacio, sostenidos siempre en aquella blanca y vaporosa nube donde parecían apoyarse.

Cuando los perdió de vista miró en derredor suyo. El cadáver de Francesca estaba a su lado y el niño dormido aún en su seno helado por la muerte. Le estrechó contra su corazón y doblando la cabeza, vencido por tan fuertes emociones, cayó desmayado sobre las rodillas de Francesca.

Mientras tenía lugar esta fúnebre escena en el terrado, los marineros y las graciosas napolitanas seguían bailando todavía la tarantela en la playa de la Mergellina.

¡He ahí el contraste de la vida! ¡El placer y el llanto, que siempre van caminando juntos sobre esta pobre tierra!

EPÍLOGO

Una nueva existencia⁶

En el último tercio del siglo XVIII, cerca de unas minas y en una pequeña eminencia al pie del Corcovado, había una mala y aislada casucha de sucio y feo aspecto. Era toda de madera, habiéndose levantado, hacía mucho tiempo, con el casco de un viejo navío que el mar arrojó a la playa después de un naufragio. Las cubiertas eran de lona embreada, sostenidas por troncos de árboles, que preservasen del sol y de la lluvia a los que por necesidad se albergaban en aquella mísera vivienda.

Eran los dueños de aquella rústica casa, situada a no gran distancia de Río Janeiro, un mulato malayo y una

⁶ Una vez desencarnado el espíritu, puede ver con toda claridad su vida o vidas orgánicas anteriores, y apreciar perfectamente le mal que ha hecho o el bien que ha dejado de hacer. Para su progreso necesita conocer el mal que ha llevado a cabo y subsanarle en cuanto pueda; así es que en el estado errante estudia, medita y observa la mejor manera de conseguirlo, y en virtud de esto, llega después de cierto tiempo a obtener una nueva encarnación, con el firme propósito de conocer y remediar los males que antes realizó, y practicar el bien.

La vida humana no es más que un reflejo más o menos exacto de la vida espiritual. Así como el enfermo prefiere muchas veces el remedio más doloroso a fin de curarse más pronto; así como los grandes hombres trabajan sin descanso para conquistar una verdad o verificar un descubrimiento; así como otros sacrifican una parte de su vida en rudas ocupaciones para alcanzar después las riquezas o los honores; así también el espíritu que quiere y puede adelantar, elige voluntariamente las más rudas pruebas y las más penosas existencias orgánicas, con la esperanza de llegar más pronto a su deseada perfección y felicidad.

Los que crean que si el espíritu puede elegir su nueva existencia optará por ser príncipe o millonario, no comprenden que durante la vida espiritual se aprecian las cosas terrenales de muy distinta manera de lo que aquí sucede. El espíritu sabe que una vida carnal, pasada en la indolencia y en la holganza, de poco o nada sirve para su adelanto y progreso hacia la perfección suprema; así es que prefiere la de trabajo y sufrimiento para alcanzar su más pronta depuración. Si en la nueva encarnación no lleva a cabo el propósito que había formado de progresar en un sentido dado, tendrá que realizarlo en otra existencia; pero si consigue el fin que se propuso, su adelanto espiritual le hace elevarse a esferas cada vez más perfectas y le da nueva fuerza y vigor para pasar por cuantas pruebas sean necesarias a fin de acercarse al Padre de amor infinito para todos los seres creados.

Esto es lo que sucedió a Alfieri en la nueva existencia que se describe en este capítulo. Respecto al notable fenómeno que aparece al final, sólo tenemos que decir que tanto los prelados católicos como las comisiones de sacerdotes nombradas con el objeto de cerciorarse de la verdad de los hechos espiritistas, han tenido que confesarlos, si bien achacándolos a la acción del demonio, como ya han visto nuestros lectores en la nota inserta en la página 94.

negra de Angola, que por una rara anomalía habían simpatizado, uniéndose en himeneo.

Digo que esto es raro, porque en el Brasil se dividen los negros en categorías: los mozambiques, los de Angola y los malayos, no pudiéndose ver unos a otros, y estando siempre en perpetua querrela.

El mulato y la negra a que me refiero se unieron porque él tuvo la fortuna de libertarse, gracias a la generosidad de un excéntrico inglés a quien salvó la vida en una excursión al Corcovado, donde fueron atacados por los cimarrones, y Quico, que así llamaban a nuestro héroe, dio tales pruebas de valor en defensa de su amor, que consiguió ahuyentar a los salvajes, salvándole la vida. El inglés le recompensó largamente y le dio la libertad.

Desde entonces, Quico se dedicó a ganarse la vida por sí propio, encontrándose un día con Ester, libre también por la bondad de sus amos, que eran unos acaudalados comerciantes. La hizo al punto proposiciones para unirse en eterno lazo, sabiendo el astuto Quico que la negra tenía algunos *contos de reis*, recibidos como recompensa por la lactancia de una niña de riquísima familia y por haberla salvado la vida en un momento de gran peligro.

De este modo se establecieron el mulato y la negra en su barraca, la que surtieron abundantemente de géneros para hacer la comida de los trabajadores de las minas, proveyendo al propio tiempo su almacén con toda clase de bebidas.

No sólo se dedicaron a la parte alimenticia, sino que también tenían en uno de sus departamentos provisión de ropas, calzado, armas, herramientas y multitud de objetos de los más necesarios a los trabajadores y a los industriales y viajeros que acudían constantemente a la minas.

A la puerta de la barraca había un extenso cobertizo, sosteniendo troncos de árboles la techumbre, formada por un tejido de mimbres. A un lado de este cubierto, y en una vieja estera, se acostaban, atados al tronco de un árbol, dos enormes perros negros de largo y lustroso pelo. Eran los guardianes de la casa durante la noche, y de día los sujetaban a una cadena, a fin de evitar cualquier desgracia que pudiera ocasionar su natural bravura.

El perro se llamaba Bep y la perra Zae.

Dejémoslos ahora dormir, para encontrarlos más tarde, pues estos pobres animales representan también un interesante papel en nuestra historia.

Era cerca de anochecer y algunos trabajadores empezaban a salir de las minas más inmediatas, sentándose en los alrededores a descansar de la fatiga que les producía el penoso trabajo a que estaban entregados por espacio de muchas horas.

Uno de ellos, mulato mal encarado y de aspecto brutal, cogió una piedra y señalando a un bulto que bajaba penosamente por una escarpada roca, dijo a sus compañeros:

-Aquel es *Mastín el Rojo*; no puede con la carga; veréis cómo le hago bajar más aprisa.

Y descargó la piedra con tal brío, que fue a dar en aquel movable fardo que se distinguía a lo lejos, el cual cayó rodando por la escarpada pendiente y fue a detenerse cerca de donde estaban sentados los trabajadores.

-¡Hombre! ¡que bárbaro eres! –dijo un portugués. –Si le has muerto, verás a Ester venir como una leona a sacarte los ojos.

-¡Qué ha de morir! ¡si ese muchacho es un cocodrilo! Ese no muere nunca. Venid, vamos a descargarle de su fardo y veréis qué pronto se levanta como si tal cosa.

Fueron, en efecto, hacia el muchacho, llamado Mastín el Rojo, y le desataron un inmenso haz de leña que llevaba a la espalda, sacándole de debajo tan magullado y lleno de heridas en el cuerpo y en la cabeza, que no se distinguía el color de su rostro por la sangre que le inundaba. Al pronto permaneció sin conocimiento, pero apenas le rociaron con agua fresca, lavándole la cara, volvió en sí, abriendo desmesuradamente los ojos, de un color verde oscuro, y fijándolos en los trabajadores que le rodeaban.

-¡Ea! ¡vamos, arriba! No seas perezoso ni te vengas echando de melindroso para que Ester se enfade con nosotros –le dijo el mulato que le arrojó la piedra.

Un negro, más compasivo, le ayudó a levantarse; pero el infeliz no se podía sostener en pie y fue preciso llevarle entre dos al *León de Oro*, que así se llamaba la hostería de Quico.

Unos cargaron con el muchacho y otros con la leña, absteniéndose el mulato de tomar parte en la caravana, no creyéndolo conveniente a su interés y juzgando más oportuno, para librarse de la furia de Ester, volverse a entrar en la mina con el nuevo relevo.

Estarían a cien pasos de la barraca, cuando Ester y Quico salieron bajo el tinglado asustados por los aterradores aullidos que lanzaban Bep y Zae. Los animales aullaban sin descanso, anunciando con sus lamentables ladridos alguna desgracia.

-Algo le ha sucedido al muchacho –dijo Ester.

-Mucho me lo temo –añadió Quico. –Esos bandidos de que están infestadas las minas la han tomado con él y le van a matar.

-¡Oh! ¡mala gente! –dijo Ester. -¡Pícaros! Yo les arrancaré los ojos si hacen mal al chico.

Y se adelantó hacia el camino con los puños cerrados en son de amenaza, al propio tiempo que asomaron los trabajadores que llegaban con el herido.

En mil denuestos y amenazas prorrumpieron los dos esposos al saber lo sucedido, ofreciendo Ester que les costaría cara la chanza. Depositaron al muchacho en su banco que le servía de cama, cerca del sitio donde se acostaban los perros, haciendo estos animalitos tales demostraciones de sentimiento que daba lástima oírlos.

Digamos dos palabras acerca de *Mastín el Rojo*.

Era de figura contrahecha, muy cargado de espaldas y de pecho, con la cabeza hundida entre los hombros y las piernas desmesuradamente largas. Su tez era muy blanca, con un rostro expresivo, lleno de inteligencia y al propio tiempo de una rudeza semisalvaje; sus ojos brillaban a veces como relámpagos, variando en ocasiones hasta de color, pues según se les miraba, o según el sentimiento de que se hallaban animados, ya parecían azules como el firmamento, o verdes cual las olas de mar cuando se miran a lo lejos. Sus cabellos, de un rubio azafranado, eran casi rojos, de lo cual nacía la denominación de *Mastín el Rojo* con que le conocían.

Nadie sabía, ni su edad, ni su nombre, ni su país. Muchos años antes había desembarcado en Río Janeiro una gran horda de gitanos, dirigiéndose a Minas-Geraes, que es uno de los mejores distritos del Brasil, en cuyo suelo se encuentran los ricos diamantes que han hecho famoso aquel país. Los bohemios que llegaron allí animados por la codicia, hubieron de cometer en las minas tales desórdenes, que fueron arrojados poco menos que a palos. Se refugiaron en un buque danés, que se hizo a la vela inmediatamente, llevando a otras playas más hospitalarias a la vagabunda cuadrilla. Al amanecer de la

misma noche en que desaparecieron los gitanos, halló Ester a la puerta de su casa a *Mastín el Rojo* que tendría unos cuatro años. Estaba envuelto en unos malos harapos y le acompañaba una hermosa perra mestiza, de largo y magnífico pelo negro.

Al encontrarse con aquellos huéspedes inesperados, corrió Ester a decírselo a su marido, bajando éste inmediatamente provisto de una caña para echar de allí al importuno mendigo. A las primeras amenazas el muchacho y la perra se marcharon; pero fueron a instalarse debajo de un árbol donde permanecieron todo el día, y hubieran pasado la noche a no ser por la caritativa conmiseración de Ester, que viendo la paciencia y la humildad de aquellos dos pobres seres que se mostraban completamente inofensivos, fue a brindarles con un albergue bajo el cobertizo de su cantina, donde siquiera estuviesen a cubierto de la lluvia y del relente de la noche.

El muchacho, que oyó perfectamente cuanto le decían, dio a Ester las gracias con una expresión mímica, pero no habló una palabra.

-¿Será mudo este chiquillo? –decía la mujer.

Le hicieron infinidad de preguntas y a ninguna contestó, sin duda por no conocer el idioma o no saber expresarse, pues con voz clara y sonora llamaba a la perra, *Zae*, y el animal obediente se echaba a sus pies comunicándole su propio calor.

Esto daba a entender que no era mudo, sino que no sabía o no quería hablar. Por aquella noche le dejaron sin hostigarle más, haciéndole acostar con su perra bajo el cobertizo, después de haberle dado un pedazo de pan de maíz que el pobre chico se apresuró a partir con su inseparable compañera, agradeciendo a Ester esta limosna con una mirada llena de viveza y de afecto.

A la mañana siguiente, cuando Quico abrió la puerta de su cantina, los encontró en el mismo sitio, sin dar muestras de quererse marchar a otra parte, y como si estuvieran completamente solos en el mundo, sin familia ninguna que le reclamase.

Fueron llegando los trabajadores de las minas inmediatas y todos comentaron el suceso, abrumando con nuevas y repetidas preguntas al pordiosero, que sólo contestaba encogiéndose de hombros y mirándolos con desdén. Sus miradas afectuosas y sus sonrisas sólo eran dirigidas a Ester, que sin poderlo remediar se fue aficionando al muchacho y, a pesar de la oposición de Quico, no le dejó salir de casa.

-¡Pues vaya un estorbo! –decía el mulato de mal humor. –Bastante nos va a servir este muñeco, sordo, mudo y corcovado; un ente inútil para todo.

Pero Ester, por una inexplicable simpatía, se empeñó en proteger al pobre niño abandonado, y no hubo fuerzas humanas que la hicieran desistir de este capricho, según lo calificaba su marido.

Por espacio de mucho tiempo aquel pobre niño y su perra fueron objeto de muy malos tratamientos, no solamente por parte de Quico que les declaró una guerra a muerte, sino de los trabajadores de las minas, que quisieron hacer de ellos su diversión; hasta que cansada Ester de sufrirlos, viendo la mala intención de una parte y la paciencia y la resignación de otra, se decidió a proteger abiertamente al chico, y ya no permitió que nadie le maltratase. Al propio tiempo, la inocente criatura tenía también en la perra una defensora obedientísima, que le evitó muchos ataques, pues se lanzaba como una leona contra los que se atrevían a ofenderle, siendo admirable el

cariño y el mutuo apoyo que se prestaban aquellos dos seres desvalidos e inofensivos.

Como el pobre chico nunca supo decir su nombre, le llamaron *Mastín el Rojo*, cual compañero inseparable de la perra, su única familia, y por este apodo le conocían. Únicamente Ester, por distinguirse de los demás, solía llamarle Gitanillo, aludiendo a los gitanos de quienes sospechaban que le dejaron allí abandonado. El infeliz, al oír la voz de la negra, su protectora y su amiga, corría como una exhalación a ponerse a sus órdenes, teniendo especial cuidado en servirla, adivinando sus menores deseos y procurando siempre evitarle todo el trabajo posible, recompensándole ella con alguna golosina, que afianzaba más los lazos de afecto que les unían, y que, como es de suponer, no la comía solo el pobre abandonado, sino compartida con su querida Zae.

Una mañana, al abrir la cantina, se encontraron con que el rincón del cobertizo que servía de aposento al muchacho y a la perra, se había aumentado con nuevos huéspedes. Zae tenía cuatro perrillos que el pobre *Mastín el Rojo* acariciaba con el mayor afecto, demostrando vivamente su alegría.

Al verlos Quico, exclamó de mal humor:

-¡Pues no éramos bastantes! ¡Mira qué gracia de perra!

Y con el mayor coraje empezó a coger perrillos y a tirarlos a un barranco que había en las inmediaciones de la cantina y que a la sazón atravesaba un impetuoso torrente. Sólo uno quedaba, negro como la madre, cuando se presentó Ester, atraída por los lamentos del pobre muchacho, que imploraba de aquel implacable verdugo el perdón para sus pobres perros. Zae, por su parte, irritada y soberbia, echando fuego por los ojos, estaba ya dispuesta a

arrojarse sobre Quico en defensa del único hijo que le quedaba, y le hubiera despedazado sin la oportuna intervención de Ester, que llegó a tiempo de salvar la vida al último perrillo y de evitar a su marido algunos mordiscos de la enfurecida perra.

Enfadado el mulato por aquella agresión inesperada, quiso echarlos a todos de casa; pero Ester, que ya se había acostumbrado al muchacho y a la perra, que le hacían muy buen servicio, sin ocasionarle gasto alguno, no lo consistió. Efectivamente, no era fácil encontrar huéspedes más económicos, porque se alimentaban con los restos de la comida de sus amos, puesto en una vasija rota, en el rincón del cobertizo que les servía de lecho, y estos eran los únicos regalos que tenían.

Aquel infeliz muchacho, siempre resignado y humilde, no sabía pedir nada, ni exhalaba la menor queja; pero a todas horas se encontraba dispuesto a sacrificarse por Ester, librándola muchas veces de los golpes que le dirigía Quico cuando se enfadaba. Esto sucedía con frecuencia y entonces solían ir todos los chismes de la cantina sobre la cabeza de la negra, interponiéndose el pobre jorobado tan a tiempo que recibía los golpes por ella, pagando de este modo su deuda de gratitud.

Tan necesario llegó a ser en la casa *Mastín el Rojo*, que no sabían pasarse sin él, encargándole, según fue creciendo en bríos, de todos los trabajos más fuertes y penosos de la cantina. El perrillo que milagrosamente se salvó de perecer en el barranco, se hizo tan grande como su madre y le llamaron Bep, nombre que también aprendió a decir el muchacho, como igualmente el de Ester, su querida bienhechora, sin que pronunciase nunca otras palabras.

De esta manera corrió mucho tiempo, llegando el día a que nos hemos referido al principiar este capítulo, cuando el mulato, de una pedrada, le hizo rodar con el haz de leña, desde una áspera pendiente hasta el camino.

Cuando Ester le vio magullado, herido y cubierto de sangre, puso el grito en el cielo y hubiera abofeteado a los canallas que en tal estado le habían puesto, si no se hubieran apresurado a huir con la mayor presteza. La buena negra lavó las heridas del muchacho y le cuidó todo lo posible, no consintiendo que fuese por más leña hasta que estuvo completamente bien.

El primer día que volvió al monte fue acompañado de sus dos perros, que ya no quisieron dejarle un momento, siendo sus más ardientes defensores sin que nadie pudiera ofender al pobre huérfano ni aun en broma, sin creerse en peligro de muerte porque se arrojaban como leones los fieles animales en defensa de su amo.

En esto tuvo Quico doble ganancia, pues en lugar de un haz de leña llevaba tres. *Mastín el Rojo* cargaba a sus perros con una buena porción, que estos conducían orgullosamente, sin que él por su parte se eximiese del trabajo de llevar también el haz que le correspondía.

Si el pobre jorobado llegó a hacerse lugar con los dueños de la hostería, fue por su actividad, su mansedumbre y su paciencia sin límites. Con todo estaba conforme; no repugnaba los trabajos más rudos y jamás se le oyó pronunciar la más pequeña queja.

Así corrió mucho tiempo. Ni Ester ni Quico hubieran podido precisar los años que tenía el jorobado, pues ni lo sabían, ni el aspecto del chico lo demostraba. Acercábase, sin embargo, a los treinta años sin representarlos, porque su naturaleza, raquítica y enfermiza, no le dio nunca la forma de un hombre, sino la de un muchacho.

Era ya tan conocido en aquella comarca entre los trabajadores de las minas y en la ciudad, que cuando le veían llegar los vecinos o los esclavos, solían decir: “Ya está aquí el hijo de Ester y de Quico”, creyéndole verdaderamente hijo suyo.

Una tarde de invierno, al salir el relevo de una de las minas más cercanas a la casa de Quico, llamó el capataz al jorobado, que seguido de sus perros cruzaba por allí cargado con un grueso haz de espinas de palmero. La tempestad se cernía en el horizonte, y por efecto de las lluvias torrenciales de aquellos días, iba muy crecido y caudaloso el torrente que corría en el fondo de uno de los valles cercanos. Como el chico no hiciera caso de los que le llamaban, quiso un negro castigarle, y corriendo hacia donde estaba, cogió descuidada a la perra y la arrojó al arroyo; pero de una manera tan brutal, que la pobre Zae fue a estrellarse contra una roca y cayó muerta en las aguas, que arrastraron el cadáver rápidamente.

Dos horribles gritos de dolor resonaron a un tiempo. El uno lo lanzó el jorobado que, dejando caer de sus espaldas el haz de palmero, elevó las manos al cielo con muestras de desesperación, y el otro lo dio el cobarde asesino de la pobre perra, que se sintió de improviso cogido entre las garras de Bep, que lanzándose a él como un león, le clavó en un hombro sus agudos dientes.

Indudablemente hubiera sido despedazado sin la oportuna intervención de *Mastín el Rojo*, que a pesar de sus lágrimas y de su pena acudió a quitar al perro su presa. Lo consiguió con trabajo, y lejos de agradecerlo aquel bandido, quiso cebar su furia matándolos a los dos. Cogió un cordel y ató a Bep; después, entre la risa y algazara de aquellos feroces trabajadores, se apoderó de *Mastín el Rojo* y le colgó de un árbol, entreteniéndose en tirarle

piedras y dando grandes carcajadas cada vez que le alcanzaba alguna.

Las ramas del árbol se balanceaban a impulsos del pesado cuerpo, y aquellos malvados, presintiendo que iba a caer desde lo alto, decían con satánica risa, formando coro:

-¡A una! -¡A dos! -¡A tres! -¡que cae! -¡que no cae!

El pobre Bep aullaba lastimosamente al pie del árbol y se destrozaba queriendo romper las ligaduras que le oprimían, sin poderlo conseguir.

Las ramas crujieron, y desgajándose al fin, dieron en tierra con el cuerpo del infeliz muchacho, que fue a dar de cabeza entre unos peñascos.

Tres trabajadores, que aún tenían un resto de compasión, fueron a recoger el cuerpo del jorobado, que casi era un cadáver, y colocándole en unas ramas le llevaron a casa de Quico.

A la entrada de la cantina estaba Ester, y apenas percibió el fúnebre convoy, reconociendo al herido, se lanzó hacia ellos llamando al propio tiempo a su marido a grandes gritos.

-¡No te dije que le matarían! –exclamaba la pobre negra. –Ahora mismo vas a castigar a los infames que le han puesto en este estado. -¿Quién ha sido? ¡Vamos a ver! ¡decidme el nombre de los asesinos!

Y con los puños cerrados se dirigía a los conductores.

Pero todos se encogían de hombros, sin atreverse ninguno a denunciar al verdadero culpable.

Tendieron al infeliz jorobado en una hamaca que había suspendida entre dos palmeros, a la entrada de la hostería, prodigándole tonel mayor esmero, Ester y Quico, los auxilios necesarios y mil demostraciones de afecto.

Al cabo de un rato recobró el conocimiento, intentó levantarse; pero no hallándose con fuerzas para ello, tendió los brazos al cuello de Ester y murmuró a su oído entre sollozos:

-¡Ester! ¡Ester! -¡Bep! -¡Zae!

Eran las únicas palabras que sabía pronunciar.

Ester, que sabía su extremado cariño por los perros y no viéndolos a su lado, conoció al punto lo que quería decirle y obligó a su marido a que fuese a buscarlos e indagase si les había sucedido alguna desgracia, lo que era muy probable, no viéndolos con el jorobado de quien no se apartaban un momento.

El mulato marchó en seguida a cumplir los deseos de Ester y del infeliz muchacho, volviendo a poco y contando con vivos colores y lleno de indignación todo lo ocurrido: la muerte de Zae, que fue arrojada al torrente, y el suplicio que hicieron sufrir al pobre muchacho suspendiéndole con inaudita crueldad de las ramas de un árbol, lo que encolerizó al más alto punto a la buena Ester.

El hecho se lo refirieron a Quico con todos sus detalles; pero no le dijeron el nombre de los inicuos héroes que llevaron a cabo la hazaña, lo que hubiera sido difícil de averiguar entre más de doscientos que lo presenciaron, cuando todos estaban interesados en callarlo, por espíritu de compañerismo.

Ester desahogó su ira en amargas imprecaciones, y a fuerza de muchos cuidados consiguió que no muriese entonces *Mastín el Rojo*; pero ya desde aquel día empezó a decaer tan visiblemente, que a cada momento se creía verle exhalar el último suspiro.

Arrepentidos sin duda los causantes de su daño, iban muchas veces a verle y le llevaban plátanos y naranjas, expresivas atenciones que el infeliz agradecía con una

sonrisa. Aun cuando vio a sus asesinos entre los trabajadores que iban a verle, no les manifestó rencor ni con una mirada, ni con un gesto; paciente y sufrido, soportaba todos sus dolores con resignación angelical.

Su estado se agravaba por momentos: una mañana al levantarse Ester le encontró moribundo. Bep lanzaba aullidos lastimeros, y una porción de negros y mulatos que solían acudir temprano al *León de Oro* le rodeaban con vivo interés.

Ester comprendió a la primera ojeada que aquel pobre huérfano que había sido su esclavo durante tantos años, se disponía a abandonar la tierra donde había soportado con la dulzura de un ángel una existencia tan amarga y tan dolorosa.

Efectivamente, una palidez mortal cubría su rostro; sus ojos, grandes y profundos, se fijaban con lánguida y amorosa mirada en un punto del espacio, como si hubiera estado contemplando en éxtasis alguna celestial aparición. Varias veces Ester y los trabajadores se volvieron en aquella dirección y no vieron nada; pero el moribundo seguía persistente, tenaz y con el rostro cada vez más animado, contemplando el invisible objeto. Sus brazos se extendieron hacia el espacio, y con voz clara, dulce y serena, exclamó:

-¡Madre!... ¡Madre mía!... ¿Estoy ya perdonado?

Los circunstantes se miraron atónitos, escuchando con asombro y maravillados aquellas palabras y la voz dulcísima con que fueron pronunciadas, porque jamás habían oído hablar al pobre mudo.

Ester, llorando y embargada por la más viva emoción, cogió una mano del muchacho, que cubrió de besos y de lágrimas, y le dijo con tierno y maternal acento:

-¡Hijo mío! ¿Ves a tu madre?

-¡Sí! –exclamó el moribundo con claro y pausado acento. –En estos momentos supremos, cuando mi vida de expiación va a terminar, ha querido el Señor concederme la dicha de que vea a la madre de mi alma y de que recobre la palabra para decir mi nombre.

-¿Pues cómo te llamas?

-En esta existencia no tengo nombre ni padres; estos me abandonaron, como yo un día abandoné a los míos; ¡es la ley de compensación! ¡Ley de justicia, que debemos acatar en este mundo con la rodilla en tierra!

El nombre que me habéis puesto, ese es el mío. En la existencia anterior me llamé PAOLO ALFIERI... Mi madre me espera. ¡Adiós, Ester!... Te doy gracias por tus beneficios... algún día, cuando volvamos a encontrarnos, te mostraré mi gratitud y mi afecto...

Dichas estas palabras, durmiese dulcemente en los brazos de Ester; pero era el sueño eterno.

Instantáneamente, y en señal quizá de que estaba perdonado de sus culpas, la hamaca donde descansaba el cuerpo del que había sido en otra existencia Paolo Alfieri, se cubrió de blancas y olorosas flores, que caían del punto en el espacio donde la mirada del moribundo había estado fija hasta sus últimos momentos.

Ester, cuyos sentimientos religiosos rayaban en fanatismo, exclamó:

-¡De rodillas! ¡de rodillas! Esto es un milagro... ¡adoremos a Dios!

La multitud de trabajadores que presenciaron el hecho, se arrodillaron movidos de un secreto impulso de admiración, y en el mismo instante vieron una hermosa y blanca figura que bajando hacia la hamaca recogió el alma del jorobado y subió con ella al espacio, envuelta en radiante y vaporosa nube.

Aquellas flores que cubrían el cuerpo, fueron recogidas por Ester con el mayor cuidado y reputadas como flores benditas.

Se dio sepultura en el cementerio próximo al pobre cuerpo, que encerró en su existencia de expiación el espíritu de Alfieri.

Bep desapareció de la casa, y tres días más tarde se encontró su cadáver sobre la tumba de *Mastín el Rojo*.

ÍNDICE

Prefacio.....	2
Cuatro palabras al lector.....	10
CAPÍTULO I. –La familia de Pietro.....	12
“ II. –El huésped improvisado.....	18
“ III. –Los dos Jacobos.....	24
“ IV. –Historia de Paolo.....	34
“ V. –Regreso a la patria.....	47
“ VI. –Sonambulismo espontáneo.....	57
“ VII. –Despedida.....	67
“ VIII. –Muerte de Marietta.....	78
“ IX. –El regreso de “El Maltes”.....	88
“ X. –El capitán Alfieri.....	99
“ XI. –Un nuevo Pietro.....	109
“ XII. –El naufragio.....	118
“ XIII. –Locura.....	129
“ XIV. –Conclusión.....	140
EPÍLOGO. – Una nueva existencia.....	149